

Georges Bernard

BODAS OBSCENAS



SELECCIONES ERÓTICAS



Lectulandia

Cuando Nigel se casa con Clarissa, sabe ya que su flamante esposa no conoce lo que significan las inhibiciones. Incluso la ha visto participar en una alucinante escena incestuosa con su propio padre.

Cuando el padre de Clarissa decide casarla con Nigel, monta un interludio incestuoso para demostrar al joven pretendiente que su futura esposa tiene un temperamento fogoso y está totalmente desprovista de inhibiciones morales.

Lectulandia

Georges Bernard

Bodas obscenas

Selecciones eróticas Sileno - 0

ePub r1.0

Titivillus 10.01.2018

Título original: *Blue Velvet*
Georges Bernard, 1990

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

UNA escucha susurros en las casas: el de la seda, el de los pliegues de un vestido que se arrastra. Los rostros congelados en la neblina de un bordado delicado.

Esta mañana, en Brompton Road, se me acercó un hombre. Me siguió mientras yo caminaba y me dedicaba a contemplar los escaparates de las tiendas. Podía sentir su mirada posada sobre mí. Las hojas muertas revoloteaban alrededor de las puntas de mis botas.

El hombre llevaba un largo abrigo de color gris, de muy buena confección y paño excelente. Unos zapatos muy brillantes, un sombrero limpio y un rostro ordinario. Al mirarle directamente a la cara, pude darme cuenta de que en sus labios había una mueca burlona, que yo ignoré. Me quedé mirando fijamente el escaparate de una tienda. Percibí su mirada recorriéndome el cuerpo, observando mi abrigo, mi sombrero. Yo fijé la mía en una antigua porcelana china de color azul. Una cortante ráfaga de viento agitó las hojas muertas a mis pies. Los caballos trotaban por la calle y pasaban de largo, entremezclados con los vehículos a motor. El cielo era gris y había en el aire un olor a madera quemada. Entonces, el hombre me habló.

—Es usted una criatura maravillosa. Y, sin lugar a dudas, debe de estar casada.

No le dije nada. Ni siquiera me digné mirarle. Me dediqué a estudiar un gran jarrón que había expuesto en el escaparate. El hombre volvió a hablarme. Ahora, su voz no fue más que un débil susurro. Me giré hacia él y volví a observar aquella expresión burlona en sus labios.

—Llamaré a un policía —le dije.

—¿Está usted casada?

—Eso no es asunto suyo.

Me giré de nuevo hacia el escaparate. El dueño de la tienda se encontraba al otro lado, con unos ojos acuosos por detrás de unas gafas. Su rostro aparecía rodeado por antiguos objetos de porcelana china de color azul. Me aparté del hombre del abrigo gris y entré en la tienda.

El viejo dueño de la tienda me sonrió en cuanto me vio entrar y me preguntó con una gran amabilidad si me sentía interesada por algo en particular. Esbozó una tenue sonrisa gris. Tenía los ojos humedecidos y el rostro cubierto por una barba sin afeitarse. En ese mismo instante, pensé que sería mejor marcharme de allí, pero entonces recordé al hombre que me había abordado en plena calle. Así pues, le dije al viejo que me enseñara cualquier cosa.

El viejo y yo nos encontrábamos a solas. Había estanterías y vitrinas repletas de vieja porcelana china, platos, bandejas y tazas. En un rincón había un viejo reloj, y la pantalla de una lámpara aparecía cubierta de polvo. El viejo arrastró los pies al moverse.

—¿Qué prefiere, porcelana jaspeada, o de Derby, señora? Tengo cualquier cosa

que le pueda gustar. Me dediqué a contemplar lo que me ofrecía, entre los objetos de una vitrina repleta de horrible porcelana de Worcester. El viejo hablaba, balbuceando. De repente, se situó por detrás de mí. Su voz se convirtió en un gimoteo. Se me apretó contra el trasero y me susurró:

—Déjame que te lo chupe —me dijo.

Un niño se echó a reír en alguna parte. ¿Sonaba la risa fuera de la tienda? Pasé la mano por una de las bandejas de Worcester. El viejo se me apretó aún más contra el trasero.

—Está bien —asentí.

No llevaba puestas las bragas, así que no debía resultarle muy difícil hacerlo. Me dirigí hacia una silla cercana. Me levanté la falda, elevé una pierna y situé la bota sobre el asiento de la silla donde me había acomodado, dejando mi sexo totalmente al descubierto.

El viejo murmuró palabras que expresaban su placer, al mismo tiempo que se arrodillaba delante de mí. Observé su barba gris, sin afeitar, sentí sus cerdas contra mi piel y luego su boca y su lengua.

Desde donde me encontraba observaba el tráfico que circulaba por la calle, los simones, el brillante metal de los vehículos a motor nuevos. Me pregunté si el hombre que se me había acercado estaría todavía en la calle. Recordé sus labios, de expresión burlona.

Ahora, la barba del viejo me estaba irritando, mientras él seguía chupándome la fuente de placer. Removí las caderas y sentí la barba cada vez con más fuerza, y su gruesa lengua. Un momento más tarde, el viejo recibió el producto de mi orgasmo y mi licor se derramó abundante sobre su boca y su barbilla. Luego, él se levantó. Tenía todo el bigote húmedo.

Abandoné la tienda sin comprar nada, ni siquiera una huevera. No compré nada. Cerré la puerta tras de mí y salí de nuevo a Brompton Road. El hombre que me había abordado en la calle había desaparecido de la vista.

Durante el almuerzo, Nigel se limpia los labios antes de tomar un sorbo de vino.

—Los acuerdos con Arthur Hawley están listos. Esta misma mañana enviará un carruaje a buscarte.

La sirvienta trae una bandeja llena de fruta. ¿Lo ha oído? No me gusta que los sirvientes se entrometan en lo que no deben. Pienso en las miradas de las sirvientas. Y ésta es la nueva. Debería despedirla. Me vuelvo a mirar a Nigel.

—Preferiría no tener que ir.

—Ya hemos hablado de eso —replica con un fruncimiento del ceño.

—¿Tú quieres que vaya?

—Ahora lamento lo ocurrido —dice, encogiéndose de hombros—. No me gusta perder.

Creo que, de pequeño, Nigel debió de ser un muchacho resentido, lleno de pensamientos ocultos en una fría habitación vacía. A sus padres les encantaba el castigo.

Nigel ha alcanzado verdadero éxito como abogado. Por lo que dicen, es de lo más eficiente. Y siempre se necesitan hombres de éxito.

Pero no debo pensar en eso. Ahora tengo otras cosas en que pensar. En esta casa, por ejemplo; en lo engañosa que es. Tan bonita como parece por fuera, con la fachada pintada de estuco blanco, con su estrecho pórtico y la oscuridad que reina en el interior, como si hubiera oscuridad en el corazón. ¿Quién dirigirá esta casa? Las ventanas del comedor necesitan de nuevo una limpieza. Se lo diré a Biggs. Se lo tengo que decir a alguien.

Después del almuerzo, dejo a Nigel sentado en el saloncito. Tengo que recoger todo lo que he ido acumulando. Los fragmentos y objetos que representan todas mis pequeñas trivialidades. La sirvienta todavía no ha terminado de quitar el polvo. Me gusta que esta habitación esté bien ordenada y aseada. ¿Por qué Nigel no hace algo? En estos tiempos que corren, las sirvientas son tan estúpidas.

Hay ciertas cosas que están prohibidas. Siempre las hay. Son como ciertas reglas que preservan el orden en nuestras vidas.

Buxton, la doncella, me trae el té. Tiene las mejillas sonrosadas. Observo sus manos mientras me sirve el té. Tiene los dedos muy anchos.

—Ven aquí, muchacha.

Se me acerca y se detiene delante de mí. Observo una fina capa de humedad por encima de las cejas.

—¿Sí, señora?

Le toco una de las piernas. Deslizo la mano por las corvas, hacia arriba, por la parte trasera del muslo, hasta posarla sobre el trasero, palpándola a través de la tela gris.

Ella murmura algo inaudible. Pero no hace ademán de apartarse de mi mano. Cierra los ojos.

—¿Estás dormida, Buxton?

—No, señora.

—¿Llevas las bragas puestas?

—No, señora.

—Anda, levántate la falda.

Ella me obedece sin rechistar. Tiene hoyuelos en las rodillas, y a esa misma altura aparecen arrugas en sus medias de algodón negro. Levanto la mirada hacia sus blancos muslos, hacia su poblada pelambarrera. Sí, tiene mucho vello. Todo el monte lleno. Conozco bien esa maraña. Le hago que se dé la vuelta. Me enseña así el abultamiento de su trasero, con las nalgas blancas y llenas. Recorro con los dedos la profunda rajadura. Le hago cosquilleos en la abertura.

Ella se agita con voluptuosidad, y le tengo que ordenar que no se mueva. Le digo,

con voz firme, que no debe moverse mientras yo la toco. Ella tiembla mientras yo le palpo la carne a placer, con las dos manos, apretándole las nalgas. Luego, se las abro, y le digo que se incline hacia adelante. Ella así lo hace, al mismo tiempo que le abro las nalgas, por debajo de las cuales aparece la raja cubierta de vello, palpitante. Y, por encima, el orificio rosado de su ojete.

La sostengo así con las manos, sintiendo la carne femenina, llena de suavidad, percibiendo esa sensación de carne esponjosa entre mis dedos.

Hago que Buxton mueva las piernas. Ella se sostiene la falda en alto, y separa las piernas al mismo tiempo que permanece inclinada. Ahora hay espacio libre. Le meto una mano entre los muslos, y mis dedos se alojan en su nido. Percibo un temblor de sus piernas, un suave murmullo de su boca. Los labios son gruesos y ahora palpitan. Tiene un clítoris grande. Ya he jugueteado con él en otras ocasiones. Lo acaricio con los dedos, sosteniendo el botón palpitante entre las yemas.

La muchacha apenas si puede soportar el frotamiento. Emite un gemido apenas ahogado. El culo se estremece delante de mis propios ojos. Se remueve, apretándose más contra los dedos que la acarician.

—¿Te gusta, Buxton?

—Por favor, señora...

Luego, termina por correrse. Le hago que se dé la vuelta hacia mí. Tengo la mano mojada. La retiro y la levanto hacia ella, colocándole los dedos delante de la boca.

—Límpiala ahora, muchacha. Chúpame los dedos hasta dejarlos bien limpios.

Ella se introduce los dedos en la boca y me los chupa, uno a uno, absorbiendo el producto de su orgasmo. Evita mirarme a los ojos. Una vez que ha terminado, retiro la mano.

—¿Cuándo fue la última vez que te poseyó el señor Putnam, muchacha?

Aparece un rubor en sus mejillas y tiembla levemente antes de contestar.

—Ayer, señora.

—¿Te dio por el culo?

—Sí, señora.

Le digo que puede marcharse. ¿Se ha enfriado el té? Todavía tengo el olor de su coño sobre mis dedos.

Disfruto con la luz del sol que entra en mi dormitorio. No me gusta la oscuridad, ni las sombras. Yo siempre quiero poder ver.

¿Me sentiré perdida sin mis batines, sin mis encajes, sin toda la cretona adquirida con tanto esmero en Oxford Street? Qué tontería. Con qué facilidad nuestras certidumbres se transforman en inconvenientes.

Nigel está siempre tan seguro de las cosas. Es tan poco flexible. Su mente es como un ático sin ventanas. Me lo imagino poseyendo a Buxton. ¿Es eso algo que pueda imaginarse? Metiéndole el pequeño rabo por el culo. Cómo debe menear ella el

trasero, con los codos apoyados sobre una mesa, exponiendo todo su trasero, con la verga enchufada en el apretado orificio, tapándolo como un corcho. ¿Le gusta a él metérsela por ahí? ¿Le gusta oír el sonido de succión que le hace? Aquella primera vez me poseyó a mí en Wessex. Fue la primera violación. Buxton es una muchacha robusta. Seguramente, su verga debe alojarse en ella con facilidad. ¿Y las demás? ¿La cocinera? ¿Ha conocido ella esa verga en lo más profundo de sí misma?

Toda especulación es fraudulenta. Una se imagina cosas, sobre todo si se encuentra en una habitación llena de sombras. Pero no vale la pena prestarles tanta atención a los sirvientes. Ellos tienen sus propias inclinaciones. Risitas a media voz entre los olores procedentes de los anaqueles de la cocina.

Mi tío Gerald dijo en una ocasión que yo me reía demasiado. Y lo dijo mientras los dedos acariciaban mi sexo. Fue la primera vez que me corrí con sus dedos. Cuántos gemidos. Pasé de reír a gemir. Y cuánta diversión por parte suya, con los dedos bien metidos en la humedad, mientras yo le sostenía el grueso salchichón en la mano. Me gusta que sean bien gruesos. Y que palpiten, muy calentitos. Tengo los apetitos muy despiertos.

Vuelvo a pensar en Nigel, en lo que me ha dicho sobre Arthur Hawley, en la forma que ha perdido ante él. Intento apartar esos pensamientos de mi mente, sintiendo la cólera como una losa sobre mi pecho. Y, al mismo tiempo, tiemblo.

Ahora, él está en su habitación. Nigel está en su habitación, rodeado por todas sus comodidades. ¿Estará usando ahora a una de las sirvientas? Quizá lo esté haciendo, metiéndole el dedo gordo del pie por la raja.

Nunca estoy segura de saber a cuál de las sirvientas concede sus favores. ¿Se muestra constante en sus acosos?

Cuando están en la cocina, las chicas no hacen más que murmurar entre ellas.

¿Y qué hay de este matrimonio? Una tendría que saberlo. El matrimonio es un asunto de entradas líquidas, de murmullos y deslizamientos en lugares húmedos.

Nigel tiene sus amigos. Hombres de bigotes y patillas que charlan entre nubes de humo, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Calibro la intensidad de sus miradas al saludarlos en el salón. Disfrutamos de nuestras pequeñas veladas nocturnas. Ligeras y ociosas, mientras las sirvientas se mueven de un lado a otro. A veces, capto una mirada de impaciencia entre un esposo y su mujer.

Yo también tengo mis pequeños placeres. Una velada con mis damas en el Adelphi. La sensación del suave terciopelo sobre el cuello de mi vestido. Me gusta el jardín durante el verano. Una se siente tranquila en un jardín, bajo la sombra de un árbol. Toco la corteza. Bajo el calor del verano me gusta sentir el tacto del algodón sobre mis muslos.

En los meses de invierno Nigel duerme a menudo en mi cama, con sus dedos cosquilleándome el coño, como preludio de sudorosas palpitaciones en la oscuridad. Y siempre me encanta la fuerza del acto, la sensación de verle esforzarse en el guante de mi sexo. La fuerza de sus impulsos.

A veces, se escuchan risitas en los pasillos después de que Nigel haya estado conmigo. Él se incorpora, con el tallo todo húmedo, divertido por las sirvientas. Y mientras permanezco en la cama, contemplo el balanceo de sus atributos. Otra risita suave. Nigel se mueve, enseñándome sus costados blancos, el abulta miento de su trasero.

Una debe tener sus propias sirvientas. Son terribles muchachas que golpean las alfombras. A veces, tienen los ojos enrojecidos. ¿Se trata de tristeza, o es un producto del polvo de las alfombras? Observo sus rostros blanquecinos en las habitaciones de la buhardilla.

A Nigel le gustan mucho mis muslos. Me los toca a menudo. Es un tacto acariciador. Me pone la mano en el trasero por la noche, mientras tomamos una copa de jerez, después de cenar. Disfruto del calor en una habitación iluminada por el fuego de la chimenea. El rubor aparece sobre mis mejillas, y una humedad pegajosa se instala entre mis pechos.

Él tiene sus propias costumbres. Lleva los dedos a mis labios. Me mete su verga rosada en la boca, y sonrío ante el sonido apagado de mis chupeteos. Le gusta que me ponga medias de color gris, de exquisita seda gris, con un camisón blanco. Cuando me toquetea el culo, me sonrío. Lo veo por el espejo de mi dormitorio. Sus manos parecen moldear mi carne. Sus dedos repasan mis redondeces, se detienen ante mis tetas.

Tengo unas tetas bien llenas. Son como jugosas calabazas, con pezones arrogantes. Nigel sostiene su peso entre las manos, y tironea de mi carne, complacido.

Luego, sus manos bajan hacia el coño, que él llama «manguito». Es como un lugar donde se calienta las manos. Deja los dedos sobre la raja y tantea con ellos, mientras se va calentando. Dice que mi pelambreira es más prominente que otras que ha conocido.

Sus dedos siempre son acariciadores. Va tanteando los lugares secretos con las yemas. ¿Serán conscientes de ello las sirvientas? A veces, observo en sus miradas la expresión propia de quien lo sabe todo.

—¿Clarissa?

Nigel entra en el dormitorio. Le digo entonces lo de las ventanas.

—Tienes que hacerlas limpiar.

—Sí, querida —asiente con una sonrisa—. ¿Te sientes contenta ahora?

—No lo sé.

—Te echaré mucho de menos, Clarissa.

Estamos de pie, cerca de una de las ventanas. Me toma en sus brazos. Me besa en los labios. Me acaricia el trasero, las órbitas de mis tetas. Siento la presión de su mano.

Luego, se desabotona los pantalones y extrae su verga. El arma ya está tiesa y preparada, con el prepucio retirado para mostrar su glande rosado, la parte más hinchada. Qué firmeza muestra.

Me toma por los hombros y me empuja hacia abajo. Tengo que arrodillarme para chupársela. Me meto en la boca la ciruela de su órgano. Le saboreo el pene. Siento el calor, el suave deslizamiento. Me pregunto qué vestido me pondré mañana. Pienso en Brompton Road, en el hombre que me abordó. De pronto, Nigel emite un gemido, y todo su cuerpo tiembla al tiempo que se corre en mi boca. Yo acepto la rociada de su leche y mamo todo su calor.

¿Existen las corazonadas? Por la noche, de repente, abro los ojos. Una de las pequeñas lámparas eléctricas continúa encendida. ¿Está Nigel dormido en su habitación? A veces, la casa emite crujidos cuando el viento es fuerte. O se puede oír el sonido de un gemido. Esta casa es como una mujer vieja y cansada.

Salgo de mi dormitorio. Noto la alfombra del descansillo mullida bajo mis zapatillas y avanzo despacio, con sigilo. Desde las habitaciones de abajo llegan hasta mí unas voces apagadas. Son las risotadas de los sirvientes, y hasta percibo el olor a polvo viejo procedente de sus habitaciones. Entro en el despacho de Nigel, despacio, sigilosamente. Todavía brilla el fuego de la chimenea. Atizo los rescoldos sin hacer ruido y enciendo la lámpara que hay sobre la mesa.

El conserva en un cajón cerrado con llave lo que yo ando buscando. Pero la cerradura es vieja. He abierto ese mismo cajón en otras muchas ocasiones. Sólo necesito apalancar un poco con el instrumento que utiliza para limpiarse la pipa. El cajón se abre en seguida, sin necesidad de forzarlo mucho. Tomo la carpeta de cuero que encuentro en él y la sostengo entre las manos. La abro con cuidado. ¿Me están temblando los dedos?

La carpeta contiene una sola fotografía grande. Se ve en ella una parte de una habitación. Hay pesados cortinajes, y un instrumento musical de cuerda, quizá un laúd. Yo no sé nada sobre esas cosas. Siempre he dado por sentado que se trataba de un laúd. En primer plano se ve parte de un diván. Sobre él, hay una mujer reclinada, boca abajo, sosteniéndose el peso de su cuerpo sobre los codos y una rodilla. La otra rodilla cuelga sobre el borde del diván. Se le ve un brazo, con la mano sosteniéndose el cabello que le cae alrededor de la cara.

Esa cara está vuelta hacia la cámara, pero su expresión es como la de quien no mira nada en concreto y anda perdido en sus propios pensamientos. Muestra, más bien, unos ojos soñadores. Unos ojos bonitos en un rostro vacío. Tiene el trasero un poco levantado. No lleva ninguna prenda de ropa y todo su cuerpo está visible: las anchas caderas, la velluda entrada de su gruta, los labios cubiertos de vello.

Arrodillado por detrás de la mujer hay un hombre, del que sólo puede verse la mitad inferior de su cuerpo, hasta las caderas. Tiene los muslos fuertes. Apoya una mano sobre la grupa de la mujer. Muestra un órgano bastante grueso, unos huevos grandes y un escroto peludo. Ha empalado el agujero del culo de la mujer y tiene la mitad de la verga bien metida en los intestinos. El gran tamaño de la verga sobresale

por la puerta trasera de la dama.

Me llevo una mano al sexo y me noto los labios hinchados y la carne húmeda. Observo la unión de ambos, con la entrada posterior de ella totalmente llena, y contemplo una vez más los ojos vacíos de la mujer.

El hombre no es Nigel. Sé que no es Nigel. Conozco muy bien su cuerpo. No tiene esos huevos tan masivos, ni un escroto tan pendular a causa de su carga. Esta conjunción del hombre y la mujer, con su parte más rígida metida hasta las entrañas de ella. ¿Es éste Arthur Hawley?

Y vuelvo a mirar los ojos de la mujer. Esos ojos que parecen tan vacíos.

UN día, en lo más intenso del calor del verano, un caballero militar llegó a la casa de mi padre. Yo estaba mirando por la ventana cuando él descendió del carruaje. Su uniforme era espléndido, y lucía un amplio bigote. Más tarde, supe que se trataba del coronel Dawson, aunque no llegué a saber su nombre propio. O si lo supe, ya no lo recuerdo. El caso es que, según me enteré, mi padre había conocido a nuestro invitado en la India. El coronel Dawson había sido el comandante del regimiento en el que sirvió mi padre.

La casa de mi padre estaba rodeada por grandes olmos y hayas, y por cincuenta acres de suaves y ondulantes prados. La hiedra enmarcaba la entrada al porche, y al final del verano había que podarla para la temporada siguiente. En el segundo piso había cinco dormitorios. La servidumbre vivía en las habitaciones que había en la buhardilla.

Cuando llegó el coronel Dawson, mi madre se había marchado de visita a Surrey. Yo tenía por entonces dieciséis años. Me gustaba soñar despierta en los jardines, y la ausencia de mi madre me resultaba agradable. Tenía a mi padre para mí sola.

Mi padre parecía encantado con la compañía del coronel Dawson. Se pasaron mucho tiempo hablando sobre los tiempos de la India. Yo les escuchaba, siempre que me lo permitían. Me enteré así de los chismorreos, del rescate de viejos recuerdos. Mi padre había hablado a menudo de su regimiento, de sus aventuras en la India, del polvo que flotaba sobre los bazares.

Durante la cena, el coronel Dawson me sonrió. Me preguntó en qué clase de juegos me gustaba participar, y me dijo que era bonita.

—Realmente encantadora —añadió.

Luego, los hombres se dedicaron a hablar de vehículos a motor. El coronel afirmó que él prefería un buen caballo, y aseguró ser un hombre al que le gustaba sentir un sólido caballo bajo las piernas. Mi padre asintió con un gesto. Él tenía sus propios establos, así que cabalgarían juntos.

Yo tomaba un sorbo de vino, mientras les oía hablar, y me ruborizaba cada vez que el coronel Dawson me miraba.

A últimas horas de aquella misma noche, mi padre acudió a mi dormitorio, y se sentó al borde de la cama. Me dijo que en Londres estaba actuando el circo italiano y me preguntó si me gustaría verlo. Luego, me preguntó si me gustaba el coronel Dawson.

—¿Qué te ha parecido? —inquirió.

Le contesté que el coronel Dawson me parecía un hombre realmente impresionante.

—¿Hizo de verdad todas esas cosas de las que habéis estado hablando?

—Oh, sí.

Le dije a mi padre que algún día me encantaría hacer una visita a la India.

—Para ver los templos —añadí—. Me gustaría mucho ver los templos.

Él me sonrió y me acarició la mejilla. Dijo que quizá algún día viajaría a la India. A continuación, me comunicó que había decidido que me entregaría esa misma noche al coronel Dawson.

—Como si fuera una especie de bienvenida —añadió mi padre—. No estará aquí más que unos pocos días y le has parecido muy atractiva. Además, ya va siendo hora de que experimentes tu iniciación.

No dije nada. Pregunté qué haría el coronel Dawson, a lo que mi padre contestó que dejaría intacto mi sexo. Que sólo se apoderaría de mi trasero. Luego, añadió que me enviaría a la cocinera, la señora Creel, para que hablara conmigo.

—Tu madre no está en casa y supongo que sería sensato que hablaras con una mujer de experiencia.

Y tras decir esto abandonó la habitación. Permanecí sentada en la cama, pensando en el coronel Dawson, y en la señora Creel. En aquel entonces, yo no tenía ningún conocimiento de las cosas.

La señora Creel llegó al cabo de un rato. Tenía un rostro rubicundo y parecía divertida por la situación.

—No será nada espantoso que te la metan por detrás —me dijo—. Te diré lo que tienes que hacer, y estoy segura de que te resultará agradable.

Me estuvo gastando bromas. Me abrazó y me acarició la barbilla. Luego dijo que me prepararía, pero que para eso tenía que enseñarle el trasero, allí mismo, sobre la cama. Me arrodillé y me levanté las faldas, me quité las bragas y dejé el trasero al descubierto.

La señora Creel dijo que tenía un «pompis» precioso y me recorrió las nalgas con las manos. Luego me metió una mano en la horcajadura y posó los dedos sobre la raja. Me hizo cosquillas en los labios, y sentí uno de sus dedos sobre el ojete del culo.

—Tienes un ojete pequeño y bonito. Pero deja de temblar ya, muchacha. Esto sólo es el principio de tu vida como mujer.

Luego, sentí sus besos. Me besó las nalgas, con los labios húmedos sobre mi carne. Luego, me posó la boca sobre la raja y avanzó la lengua. ¿Fue su lengua húmeda lo que sentí? Me lamió todo el ojete del culo, haciéndome cosquillas.

Finalmente, se detuvo, y abrió el tarro que había traído consigo. Era el petrolato. Me dijo que debía meterme algo dentro, hasta la sortija que llevaba en el dedo. A continuación, procedió a untarme toda la entrada posterior.

Sentí sus dedos dentro del culo. Primero uno, y luego dos. Unos dedos que acariciaron mi interior, abriéndome cada vez más el agujero, que se expandía bajo los gruesos dedos de la cocinera.

Mientras actuaba, no dejaba de hablar. Dijo que, cuando llegara el momento, debía mantener relajado el agujero del culo, y abierto todo lo posible.

—Estoy segura de que te gustará —me aseguró—. Dios nos ha dado dos

agujeros, y éste nos produce más placer que el otro.

Y, tras decir esto, me besó el culo una vez más y se marchó.

Me resulta difícil ahora captar de nuevo el silencio en el que quedó sumido el dormitorio. Me puse un camisón de encaje blanco. Luego, salí del dormitorio y caminé por el largo pasillo, en dirección al dormitorio del coronel Dawson. Mi padre le había ofrecido la gran habitación de huéspedes que daba a la rosaeda. Yo hacía años que no entraba en ese dormitorio. Ahora, volvería a verlo y podría contemplar de nuevo los tapices normandos que colgaban de las paredes.

Llamé a la puerta y ésta se abrió. El coronel se había cambiado la ropa con la que había acudido a la cena, y ahora llevaba un batín de algodón blanco. Me sonrió y me invitó a entrar.

—Realmente encantadora —dijo.

Era lo mismo que me había dicho durante la cena. Yo sentí el rubor sobre mis mejillas, y el calor del dormitorio. Las ventanas daban a la rosaeda, pero permanecían cerradas. La atmósfera de la habitación estaba cargada, y olía a tabaco. Era un olor muy masculino. Mi cuerpo se estremeció.

Entonces, él se me acercó. Habló sobre mi padre, y luego sobre la India. Yo apenas si comprendía lo que decía. Me palpó los pechos, me los sostuvo a través del encaje del camisón. A continuación, hizo que me diera la vuelta. Me acarició el trasero, deslizando los dedos por las curvas, apretándome los pechos. Me interrogó acerca de la virginidad del agujero del culo, de mi entrada posterior, como él lo denominó. Le aseguré que nadie había penetrado por allí.

—Eso mismo es lo que habría jurado —asintió.

Me dijo que me arrodillara sobre la cama. Quería contemplar una vista completa de mi trasero.

Así lo hice, al tiempo que cerraba los ojos. Él se situó por detrás de mí y me levantó el camisón, dejando al descubierto toda mi parte posterior.

No pude oír un sonido, ni percibir movimiento alguno. Al cabo de un rato, exhaló un largo suspiro. Luego, sus dedos se movieron sobre mis nalgas, acariciándome los apretados labios de la entrada delantera, tal y como había hecho la señora Creel.

—Eres encantadora —dijo.

Me acarició la raja, mi lugar más íntimo, y me puso los dedos sobre ella, abriéndome los labios.

—Sólo quiero echar un buen vistazo, sólo un vistazo a tu virginidad.

Mi raja se abrió. Sentía los cosquilleos que me producían sus dedos. Volvió a exhalar otro suspiro. Luego, me acarició de nuevo el trasero, apretando las manos contra mi carne, casi estrujándola. Entonces, sentí algo en el agujero del culo. La punta de un dedo, que se movió, produciéndome un cosquilleo.

—Por lo que veo, ya te han aceitado —dijo—. Pequeña picaruela, ya te han aceitado.

Me obligó a confesar lo que me había hecho la señora Creel, a explicarle cómo

me había metido los dedos en el culo. Por lo visto, eso le divertía. Me pellizcó las nalgas, sin dejar de emitir pequeñas risitas.

Mientras tanto, yo debía permanecer en la cama, arrodillada, dejando el trasero al descubierto, con mi almeja virgen expuesta ante sus ojos. Empezó a hablar una vez más de la India, de las mujeres hindúes, de cómo había disfrutado con sus traseros, de los grandes conocimientos secretos que poseían, de cómo apretaban el culo una vez que la tenían dentro.

Mientras hablaba, no me tocó para nada. Luego, de repente, dejó de hablar y sus manos se posaron de nuevo sobre mí, volviendo a acariciarme el culo y la entrada posterior.

—Y ahora, quédate quieta —me advirtió—. Utilizaré primero el dedo gordo.

Me puse a temblar en cuanto sentí la penetración, el empuje hacia dentro de su dedo gordo. La apertura de mi anillo. Metió el dedo todo lo que pudo, hasta el fondo. Luego, me pidió que apretara el culo.

—Apriétame el dedo —dijo, y cuando yo lo hice así, emitió un chasquido con la lengua, y me abrió aún más el agujero—. Muy bien, así se hace.

Recordé lo que me había dicho la señora Creel acerca de permanecer relajada. Por lo visto, el coronel Dawson no lo quería así, sino que prefería un agujero apretado y tenso.

Después, se quitó el batín que llevaba puesto. Le oí moverse por detrás de mí y miré un poco a hurtadillas, por debajo del brazo. No pude ver más que la blancura de su cuerpo, su piel de un blanco lechoso. Entonces, sentí algo que se frotaba contra el ojete, el repentino calor de su carne contra mis nalgas. Su verga, su parte más masculina. No pude hacer otra cosa, sino imaginármela. Su arma, completamente extendida, estaba a punto de conquistarme.

—Quédate quieta ahora —me dijo—. Y trata de no hacer mucho ruido.

Y así fue como me poseyó. Apretó el glande contra el agujero del culo y luego presionó hacia adentro. Fue la primera entrada, la invasión de una gran fuerza en mi parte posterior. Desde atrás, llegó a mis oídos un gruñido. Se produjo un deslizamiento, y sus manos me sujetaron las nalgas con firmeza. Contuve la respiración y sentí como si algo terrible me llenara el pecho por completo. Por un momento, pensé que estaba a punto de ahogarme.

—Ahí lo tienes —dijo su voz desde atrás—. Ya lo tienes todo dentro, muchacha. Te la he metido hasta la base.

La cabeza me daba vueltas. No podía pensar en ninguna otra cosa que no fuera la sensación que me producía. Todo mi culo lleno. Era una sensación abrumadora. Entonces, él empezó a moverse, a deslizarse en mi interior, hacia fuera, dejándome como vacía, y luego de nuevo hacia dentro, hasta el fondo, al tiempo que emitía un gruñido. Poco a poco, el ritmo se fue incrementando. Pude oír el sonido que producía. El caliente deslizamiento adentro y afuera de mi interior. Y luego, de repente, llegó la rociada, la expulsión de su licor, la plena efusión de todo su placer.

Una vez que hubo terminado de correrse, me apartó y murmuró algo. Me dio unos golpecitos en las nalgas y dijo que ya podía marcharme. Hice un esfuerzo por recuperar la compostura y me apresuré a abandonar el dormitorio. Regresé a mi habitación sintiendo un enorme dolor en mis partes traseras.

Hay veces en que las ilusiones no se cumplen. Acababan de darme por el culo. ¿Qué importaba eso a mis ilusiones?

Al día siguiente, salí a cabalgar en compañía del coronel Dawson y de mi padre. No se hizo la menor alusión a lo que había ocurrido la noche anterior. Yo me convertí una vez más en la hija inocente. Pero ahora conservaba el recuerdo de aquella noche. La sensación producida por el órgano del coronel Dawson en mis entrañas. El deslizamiento de su verga en mi culo, y la forma en que se había corrido.

Le observé mientras cabalgábamos: su porte militar, la rigidez de su espalda, como la rigidez de su verga. Me pregunté si la sensación sería diferente en el otro lugar. Pero aquello no eran más que las cavilaciones de una joven inocente.

Me sentí incapaz de mirarle sin recordar lo ocurrido. Pero no recordaba haber visto nada ya que, de hecho, no le había visto. Mi conocimiento quedaba circunscrito al recuerdo de haber visto hacerlo a un semental. El balanceo del pene. Las pelotas llenas. Hubiera querido toquetear aquella cosa, sentirla entre mis dedos. Me agité sobre la silla al pensar en la parte más masculina del coronel Dawson entre mis nalgas.

Mi padre no me había interrogado durante el desayuno. No me había dicho nada. Le había entregado mi culo a su oficial en jefe y no había nada más que decir al respecto.

Nos detuvimos en el pueblo a tomar el té. Hacía un día excelente, y me pareció agradable estar en compañía de mi padre y de su invitado.

Los hombres se dedicaron a hablar de caballos, mientras yo observaba a la gente que deambulaba por la plaza del pueblo. Había por allí sirvientas que debían de tener la misma edad que yo, y me pregunté si ya les habrían dado por el culo. Las sirvientas siempre eran poseídas en cuanto mostraban las primeras señales de madurez. Eso fue, al menos, lo que me mi madre me había confiado en una ocasión.

Luego, mi padre me preguntó si la cabalgada me había parecido agradable. ¿Me las había arreglado bien con mi caballo? Le contesté que sí. Pero él ya conocía bien a mi caballo, así que no dejé de cavilar acerca de por qué me lo preguntaba.

El coronel Dawson preguntó algo sobre el pueblo y mi padre empezó a hablar de la gente y de la historia de su familia, mientras el coronel asentía y aprobaba lo que escuchaba. Finalmente, dijo que la vida podía alcanzar a veces sus ideales.

Al cabo de un rato volvimos a montar y regresamos de nuevo al valle. Era ya la media tarde y el calor era casi opresivo. Me pareció extraño que estuviéramos cabalgando a aquellas horas de la tarde. Mi padre siempre había comentado que era una tontería cabalgar a pleno sol.

Me sentí perdida en mis ensoñaciones. Cada vez que pasábamos junto a una casa

de campo, me preguntaba quién viviría allí. ¿Había olores ordinarios a cuero y a humo de leña?

Nos echamos a reír al divisar un conejo que se escabulló apresuradamente. Al llegar al borde de un bosque, mi padre dijo:

—Vamos a desmontar un rato.

Me ayudó a desmontar y me sonrió y acarició con suavidad una de mis mejillas. El coronel Dawson parecía distante y no nos miró. Entonces, mi padre se apartó y el coronel se acercó y me tomó de la mano.

—Vamos a explorar un poco —dijo.

Me sostuvo por la mano y me hizo caminar con él hacia el interior del bosque. Yo me volví a mirar a mi padre, que aún se había alejado más de nosotros. Se quedó junto a los caballos, en actitud de espera, mientras el coronel y yo nos internábamos entre las sombras del bosque.

—No tardaremos mucho —dijo el coronel.

Ya en lo más profundo del bosque, nos detuvimos. Me volví a mirar hacia atrás y comprobé que ya no se veía el lindero del bosque, ni a mi padre. Me encontraba a solas con el coronel Dawson.

Él se movió por detrás de mí y me cubrió los pechos con sus manos, atrayéndome hacia su cuerpo.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

Le dije que no y él se echó a reír. Dijo que las muchachas de mi edad se sentían a menudo demasiado temerosas. Me acarició el trasero y dijo que había estado observándolo mientras cabalgaba.

—Vamos, muchacha, quítate los pantalones de montar.

Me tenía apretada contra el tronco de un árbol, inclinada hacia adelante. Los pantalones ya habían caído hasta los tobillos y sus manos me acariciaban las costillas al descubierto. Luego, me metió un dedo por el anillo del ojete. Según comentó, aquello era su pomada. Su verga se apretaba contra mis nalgas, buscando la entrada posterior. Emitió un suspiro de satisfacción al llenarme esa entrada.

—Espléndido —exclamó—. Eres una muchacha espléndida. Y ahora, apriétame un poco. Sí, así está bien.

Empezó a moverse en mi interior. Yo, en cambio, permanecí quieta. No podía pensar en otra cosa que en aquella verga que entraba y salía en prolongados impulsos. Luego se corrió y pude sentir el líquido derramándose dentro de mí. Finalmente, se retiró. Me tocó el ojete del culo con un dedo. Emitió un chasquido y me frotó el agujero hasta que se cerró.

Cuando el coronel Dawson y yo regresamos a donde aguardaba mi padre, éste nos sonrió.

—¿Volvemos a montar y seguimos nuestro camino?

Ése fue el último momento en que me encontré a solas con el coronel Dawson. En cuanto llegamos a casa descubrimos que mi madre acababa de regresar de su viaje a

Surrey. Aquella noche, los cuatro cenamos juntos. Mi madre parecía sentirse complacida con la presencia del coronel Dawson, y habló de una prima suya que vivía en Delhi. En cuanto a mi padre, parecía perdido en sus propios pensamientos. Luego, ya en el salón, se habló de la próxima temporada y mi madre comentó que su viaje a Surrey había sido agotador.

Pasé una noche en la que no sucedió nada digno de mención. A la mañana siguiente, el coronel Dawson se marchó en un carruaje para tomar el tren que le conduciría a Londres.

—ESTÁ usted divina —dice el señor Hawley.

Acaba de entrar. Yo estoy sentada en el pequeño saloncito, a solas en esta silla, a solas en esta gran mansión de Sussex Gardens. Pienso en Nigel, y también en mi esposo. ¿Acaso tiemblo? Pero no, no quiero temblar bajo la mirada del señor Hawley.

Su aspecto es muy fornido: una figura alta, una expresión de determinación, con esos rasgos que impulsan a un hombre hacia el éxito. Y, en efecto, es un hombre de éxito. Está de pie junto a la chimenea, desplegando su pose robusta, con la barbilla ligeramente levantada, la boca firme, el bigote con las puntas hacia arriba, sin dejar de mirarme.

—Sí, es usted realmente exquisita. Sabía que sería algo digno de contemplar, pero esto es mucho más de lo que me esperaba.

¿Qué tengo que hacer? ¿Soy acaso una muchacha adolescente que debe sentirse alagada por estas lisonjas? Me sonrío y en sus labios aparece una mueca burlona. Sus ojos son grises, pero no muestran suavidad alguna. No, no hay ninguna suavidad en él. Aparto la mirada y la dirijo hacia un mapa de África que hay colgado de la pared. Un mapa viejo y amarillento colocado tras un cristal.

—En tal caso, me alegra haber superado sus expectativas.

Emite un chasquido de satisfacción con la lengua.

—¿Le ha parecido cómodo el carruaje?

—Sí.

—No debe mostrarse difícil, señora Denbigh. No le haremos pasar por situaciones difíciles.

A continuación, se pone a hablar del tiempo, y también de Nigel. Dice que yo debo aceptar las cosas tal y como son. La estancia es más bien pequeña, ni siquiera parece un verdadero salón, y está llena de objetos, de fotografías amarradas que cuelgan de las paredes, en las que se ve a hileras de escolares con cuellos blancos. Hay un gran sofá delante de la chimenea. Las cortinas están corridas. Son cortinas de tonos oscuros. Y también hay una mesa con sifones y vasos. En otra mesita cercana hay cajas de puros y cigarrillos.

Me lo imagino con la peluca que debe ponerse para actuar ante los tribunales, moviendo los dedos como tentáculos blancos al tiempo que expone sus argumentaciones y pretensiones. Me estudia como si yo fuera una prisionera. Su nueva prisionera.

—¿Le parece que la habitación está demasiado caliente, señora Denbigh?

—¿Qué?

—Le he preguntado si le parece que la habitación está quizá demasiado caliente.

—No lo sé.

—Quisiera que se desnudara. Quiero echarle un vistazo.

Yo permanezco sentada, como petrificada. ¿Se ha movido ligeramente la cortina? No se oye nada, excepto el tictac de un gran reloj de pared. El rostro del viejo reloj.

—¿Debo hacerlo?

—Sí, debe hacerlo —contesta tras una suave risita—. Estoy convencido de que su esposo ya se lo ha dicho así. Ya debe usted saber cuáles son las expectativas. Yo tengo las mías, y usted tendrá seguramente las suyas. Todos las tenemos, ¿no le parece?

En sus ojos hay una mirada exigente, pero la expresión de su rostro es reposada. Por lo visto, se trataba de un hombre acostumbrado a que le obedezcan. Ahora, tiene una mano metida en el bolsillo. Posiblemente, ahí es donde están sus expectativas.

Termino por levantarme. No tengo alternativa. No puedo hacer otra cosa más que levantarme. Muevo los dedos, me desabrocho los botones, abro los pequeños ganchos que ocultan mis intimidades. Las ropas caen a mis pies: el vestido, las enaguas, las bragas. No es una forma graciosa de desnudarse. Después de todo, estoy acostumbrada a la ayuda de una sirvienta.

Ahora, ya nada me cubre, excepto mis dedos. Evito la mirada de sus ojos. He quedado reducida a las medias y las botas. Las ligas me rodean los muslos. La piel se me calienta con el calor del fuego de la chimenea.

Contemplo el mapa amarillento de África. Permanezco de pie, desnuda, delante de este hombre. Uno de los abogados de Nigel.

El fuego cruje, y yo me estremezco al oírlo. ¿Se siente complacido el abogado?

El murmura algo incomprensible, al tiempo que camina a mi alrededor, mientras estudia mi figura.

—Es usted encantadora, realmente encantadora. Qué visión tan espléndida.

Siento el calor en mi rostro y los pechos me tiemblan ligeramente. Nigel dice que mis pezones son agresivos. Le gusta chupármelos. Le encanta chupar un buen pezón, grueso e hinchado, y sostenerlo entre los dientes.

El señor Hawley se sitúa de nuevo delante de mí, con un codo apoyado sobre la repisa de la chimenea y la mirada fija en mi pelambreira. Poseo un vello púbico abundante. Ése es mi nido secreto.

—Arrodílese sobre la alfombra —ordena—. Quisiera verla arrodillada.

¿Vuelvo a temblar al tiempo que me arrodillo? Lo hago sobre la alfombra, donde apoyo las botas y las rodillas. Él me dice lo que desea. Debo apoyar también los codos. Las rodillas y los codos, como una perra.

Luego, se sitúa por detrás de mí. Cierro los ojos. Mi trasero está al descubierto, lo mismo que mi sexo. Qué vulnerable se siente una mujer cuando se encuentra expuesta en esta posición. Los pechos me cuelgan. Tengo los pezones gruesos.

Al cabo de un rato, me ordena que me tumbe en el sofá, sobre la espalda, con una rodilla levantada y la bota apoyada encima de los cojines. La otra bota debo colocarla, cruzada, sobre la rodilla levantada. Debo mostrarle las partes esenciales. Él se dedica a contemplar mi lugar más secreto durante un rato, mi pelambreira. Pero no

me toca. Hasta ahora, no me ha tocado. Sólo lento las caricias de sus ojos, y sólo veo la burlona curvatura de sus labios.

Ahora, debo ponerme de nuevo en pie. Me tiemblan las redondeces. Siento los pechos pesados. Tengo la sensación de que hace demasiado calor. El fuego de la chimenea es fuerte y me abrasa.

—Tiene usted una piel maravillosa. ¿Era virgen cuando se casó con Nigel?

—¿Tengo que hablar de eso?

—Aquí puede usted hablar de todo, y debe mostrarse complaciente en todo. ¿Era virgen al casarse?

—Sí, desde luego.

—No, desde luego, señora Denbigh. No hay ninguna presuposición. Nunca hay que dar nada por supuesto. ¿Ha utilizado Nigel su trasero?

Me siento ruborizar. El rostro se me calienta y me tiemblan las manos.

—Sí.

El hombre sonrío.

—Tiene una forma encantadora de ruborizarse, y posee un trasero extraordinario. Debería hacer que se lo azotaran de vez en cuando. Eso terminaría por gustarle.

—Nunca me gustaría una cosa así.

—Ahora quiero que se levante.

Noto un estremecimiento, y tengo la sensación de que no seré capaz de soportarlo. Me levanto. Él me hace dar la vuelta y se sitúa de nuevo por detrás de mí. Se me acerca. Aprieta la tela de los pantalones contra mis piernas, contra mi culo. Y luego me toca con las manos. Es la primera vez que me ha tocado.

Se dedica a explorar las nalgas, una con cada mano, apretándome la carne con los dedos, pellizcándome. Me aparta las nalgas y vuelve a mirar. Luego me suelta y sus manos me acarician a lo largo de la cintura, subiendo, hasta apoderarse de mis tetas.

Las sostiene con las manos, como sopesándolas, por la parte baja. Siento la tela de sus mangas contra mi piel, y percibo un olor a tabaco. Sus manos me agarran las tetas con fuerza y noto su respiración junto a una oreja.

—Incline la espalda, apriete el culo contra mí.

Luego, me sostiene de ese modo, mientras yo aprieto el culo contra su regazo, sobre sus pantalones de seda. ¿Lleva pantalones de seda cuando actúa ante los tribunales? Sí, en efecto. Seda negra en las sesiones del tribunal.

No me permito ni un solo estremecimiento y permanezco como petrificada. No debo estremecerme. Sus dedos juguetean con mis pezones, tironeando de ellos, de mi carne. Cada pezón empieza a abultarse, apretado con suavidad entre los dedos. Y siento la presión sobre el culo, sobre mi coño. Le siento ahí, entre medio, con su protuberancia. A Nigel le gusta así. Suele levantarme el vestido y apretarse contra mí de ese modo, con el tejido presionando sobre mis muslos.

Luego, el señor Hawley se mueve. Hace que me gire un poco. Su parte delantera se aprieta contra mi costado. Me mete la mano en el culo, me aprieta la carne con los

dedos, calentándome el trasero con una mano, mientras que con la otra me aprieta el bajo vientre, y desciende hacia el coño, mi nido, mi lugar secreto. Sus dedos se abren paso entre medio y llegan a mi plenitud, a los labios de mi sexo. Y es entonces cuando me tiembla todo el cuerpo.

Me sostiene de ese modo, con toda la mano desplegada por delante, con un grueso dedo metido hasta el fondo entre los labios, en la raja, y la otra mano sosteniéndome el culo, con otro dedo metido dentro de la entrada posterior. Lanzo un gemido. Esto es una verdadera violación. Él mueve las manos, al tiempo que acaricia mis partes.

—¿Le parece agradable? —pregunta con un tono de voz entrecortado.

—Haga lo que quiera —le digo volviendo a estremecerme.

—Tiene usted un culo extraordinario. Y esto de aquí delante también. Está lleno de carne. ¿Posee un clítoris grande? ¿Le gusta que se lo chupen? ¿Se lo chupa Nigel?

—A veces lo hace.

Se inclina y me pasa la lengua a lo largo de la raja. Me gusta que me acaricien así el botón, y me estremezco.

—Me tiene cautiva.

—Supongo que podría expresarlo de ese modo, aunque me atrevería a decir que otros no estarían de acuerdo, sobre todo al darse cuenta de que las partes íntimas de la dama ya no están tan secas.

—La mente sigue estando cautiva.

—Ah, sí. Vuélvase, ¿quiere? Inclínese hacia adelante y muéstreme el culo.

Tengo que hacerlo. Me vuelvo y me inclino hacia adelante. Sus manos se posan sobre los globos de mis nalgas. Primero una y luego la otra, con los dedos entre medio. Luego me mete el dedo gordo, tiene que ser el dedo gordo, a juzgar por su tamaño. Me lo introduce por la entrada posterior, por el anillo, y me siento conquistada por ese dedo.

Me acaricia las entrañas, penetrándome hasta lo más profundo. Siento una presión deslizante, que casi no puedo soportar. Noto las rodillas débiles y un gran estremecimiento se apodera de mi cuerpo. Tengo el culo taponado y su dedo se mueve sin descanso, al tiempo que él emite chasquidos de placer. Ahora, su rostro se aprieta contra mi cabello y noto la respiración sobre la sien. Vuelve a chasquear la lengua al notar mis estremecimientos. Parece disfrutar con mi destrucción.

Entonces, me da un respiro. Retira el dedo. Tengo el culo ardiendo.

—Me temo que no ha practicado usted mucho. Eso es ridículo. Siéntese, por favor. Pediré que nos traigan el té.

El mayordomo tiene un rostro huesudo, así como las manos. Yo me he cubierto con el vestido. Pero, desde luego, él se da cuenta de lo que ocurre. Tengo los brazos al desnudo. ¿Puede verme las piernas? Se inclina hacia adelante, con la cintura rígida.

Su codo se pone rígido al tiempo que sirve el té. Observo los dedos huesudos, pero él no me mira, o quizá ya ha mirado antes. Quizá ya ha mirado y lo sabe todo. Quizá no soy más que una diversión ordinaria en esta casa.

Una vez que el mayordomo se ha marchado, el señor Hawley me sonríe.

—¿Se siente incómoda en presencia de Jepson?

—Estoy desnuda.

—Pero ahora se ha tapado. Tiene todos sus encantos suficientemente ocultos. Ande, tómese el té. Quítese ese vestido y tómese el té.

Contempla mis pechos, los pezones, mientras yo tomo el té a pequeños sorbos, en una taza de porcelana china de color azul, muy parecida a las que vi en el escaparate de la tienda de Brompton Road. Pienso en el hombre que me abordó en plena calle.

El fuego se está apagando, y el señor Hawley se levanta y lo atiza, colocando un nuevo tronco. El fuego chisporrotea y se aviva de nuevo. Cuando el señor Hawley regresa a mi lado observo que lleva los pantalones desabrochados y ha dejado la verga al descubierto. Tiene un glande enorme y rosado. Lo demás sigue todavía medio oculto.

—Chúpemela, por favor. Caliéntese la boca con un poco de té y luego me la chupa.

A Nigel le gusta que le haga lo mismo. ¿Se trata acaso de algo que ellos aprenden en la escuela? Me caliento la boca. Él me mete la robusta verga entre los labios. La ciruela. Le chupo la ciruela, con labios complacientes.

A tío Gerard le gustaba mucho que le cogiera por los huevos, al mismo tiempo que se la chupaba. Me decía que debía tirarle de las pelotas con suavidad, que le apretara el escroto y se lo re torciera un poco. ¿Tiene los huevos grandes el señor Hawley? ¿Son peludos? ¿Son sus huevos los que he contemplado en esa fotografía?

Me lleno la boca con su verga y él me la mete todavía más. La desliza hacia adelante, rozándola entre mis labios. Tiene una verga grande, gruesa, llena de fuerza. Mi boca es el recipiente adecuado que se adapta a ella. Me acaricia el cabello mientras usa mi boca y se mueve dentro de ella. Yo me pierdo, embelesada con su penetración.

—Tiene una boca deliciosa, señora Denbigh. Es casi perfecta, y me atrevería a decir que mucho más experimentada que su culo.

Tiene razón, desde luego. Me gusta chuparla, me encanta sentir una buena verga caliente entre los labios, el tallo que se desliza, la urgencia. Si pudiera sostenerle ahora los huevos. Le cogería los huevos para notar cómo se estremece.

Finalmente, se corre. Emite un gemido de advertencia. Siento un chorro caliente contra la lengua. Y luego otro, y otro. Su licor forma espuma sobre mi lengua.

Me lo trago, absorbiéndolo todo, y él me acaricia la cabeza mientras lo hago.

Jepson ha traído un paquete. ¿Ha observado la suavidad de mis labios, esta laxitud

que se apodera de mí después de haber extraído el licor de un pene? Una vez que se ha marchado, el señor Hawley abre el paquete y extrae un corsé de cintura.

—Y ahora, la voy a ayudar con esto —dice.

Antes de darme cuenta de lo que ocurre, me lo ha colocado, ajustado sobre la cintura, con los pechos desnudos por encima, y el culo al descubierto por detrás. Me aprieta los pechos, me acaricia el trasero. Mete un dedo entre los labios.

—Está usted espléndida —asegura—. Esto ha sido idea de Margaret y, desde luego, tiene toda la razón.

—¿Margaret? ¿Quién es Margaret?

Emite una risita y me da unas palmaditas en el trasero.

—Margaret es mi esposa.

UNA mañana del mes de junio, mi prima Gertrude llegó a la mansión de mi padre. Iba a pasar el verano con nosotros, mientras sus padres se iban de viaje a Baviera. A mí no me gustó Gertrude. Se sentía demasiado inclinada por los fantasmas, las hadas y las brujas. Contaba historias sobre castillos con fantasmas en Escocia, el tintineo de las armaduras en los fríos pasillos que daban al norte. Y mientras hablaba, mantenía unos ojos de expresión muy fría.

Un buen día, de repente, Gertrude me preguntó:

—¿Ya has sido poseída?

No tenía el menor deseo de contestar. Gertrude, al darse cuenta de mis reticencias, insistió en que hablara. Finalmente, le conté lo ocurrido con el coronel Dawson, cómo me había metido la verga por el trasero, cómo me había dado por el culo en el bosque. Gertrude se ocupó de sonsacarme todos mis recuerdos.

—No tienen por qué mostrarte evasiva —dijo—. Nunca es bueno ser evasiva. —Y tras un momento de silencio, añadió—: Desde luego, tuvo que haber sido algo agradable.

¿Acaso ella sabía algo al respecto? Pero no quiso decírmelo. Se limitó a dirigirme una débil sonrisa y a murmurar algo sobre ciertas noches pasadas en la casa de su padre en Londres. Por un momento, pensé acusarla ante sus propias evasivas, pero entonces ella añadió:

—El que sí me gusta es el chico de los establos.

¿A qué chico se refería? ¿Al de nuestros establos? Las caballerizas de la mansión de mi padre se hallaban atendidas por Lynch, el mozo de cuadras, y su hijo William. El muchacho apenas si era mayor que yo, aunque se trataba de un joven corpulento, con manos muy grandes.

—Se llama William —dije, y Gertrude asintió con un gesto—. ¿Huele a caballos?

—Sí, creo que sí.

Gertrude apartó la mirada y la fijó sobre la repisa de la chimenea, donde estaba la pequeña figurilla de Shiva que mi padre se había traído de la India.

—Tenemos nuestras diversiones —dijo Gertrude.

Promesas secretas en el mes de junio. No me gustaban los establos, ni el viejo mozo de cuadras, Lynch, con su rostro mugriento, la camisa gris, los dedos sucios. Pero Gertrude no quiso tolerar ninguna negativa por mi parte. A la tarde siguiente insistió en que saliéramos en busca de nuestro chico de los establos.

—En una de las cuadras —dijo—. Disfrutaremos de él en una de las cuadras.

Me sentí agradecida al comprobar que el viejo mozo se hallaba ausente. El joven se encontraba a solas en una cuadra vacía, con los zapatos cubiertos por briznas de heno. Levantó la cabeza para mirarnos, con la expresión de un mudo ternero.

—Te llamas Lynch —dijo Gertrude—, ¿verdad?

El muchacho se estremeció.

—Sí, señorita.

—Es un buen nombre para un chico de los establos. ¿Estás bien dotado, Lynch? Anda, bájate los pantalones y enséñanosla.

En la cuadra había un fuerte olor a caballo. Un rayo de luz parecía quemar el polvo, el heno, las sucias tablas de madera.

Lynch no hizo el menor movimiento. Al cabo de un rato movió la mano. Sus dedos manosearon la hebilla del cinturón y se bajó los pantalones, dejando al descubierto los calzoncillos, que también se bajó hasta las rodillas. ¿Era eso la risa de una joven? Creí haber escuchado la risa de una muchacha, pero ¿qué importaba eso ahora? El enorme instrumento del muchacho atraía toda nuestra atención.

—Dios santo, qué herramienta —exclamó Gertrude.

Y, en efecto, era toda una herramienta. Larga y gruesa, como el apéndice de un caballo, como si fuera el de uno de los sementales de nuestros establos. ¿Era lo adecuado para un muchacho de los establos? Y por debajo del tronco se veían unos huevos macizos. Dos enormes huevos en un saco rosado por debajo del carnoso cañón, todo ello rodeado por una abundante mata de vello oscuro.

¿Y qué ocurría con Lynch? ¿Qué era lo que pensaba? En sus ojos no se mostraba nada. Ahora, sólo se percibía en ellos un ligero brillo. Permanecía allí, mudo, sin moverse, con los brazos colgando a lo largo de los costados, con el miembro grueso y balanceándose. Entonces, el tronco se movió. Pareció retorcerse al tiempo que se endurecía lentamente y se ponía tieso. Gertrude murmuró algo. Yo no me atreví a decir nada. Me sentía como hipnotizada por el despertar de la carne del muchacho, por la tumescencia de su miembro. Su enorme verga se adelantó, extendiéndose como una serpiente, hasta que su parte masculina estuvo finalmente en total erección, señalando hacia arriba, palpitante y preparada.

Pero ¿preparada para qué? Gertrude se mofó.

—Parece la verga de un caballo —dijo, con el rostro iluminado por brillantes colores—. Date media vuelta, enséñanosla de lado.

Lynch se medio giró. ¿Se sentía orgulloso? Pero no, yo no pude observar ninguna señal de orgullo. No era más que un mozo de cuadras destinado a limpiar las botas sucias de barro de su padre. Un muchacho que ostentaba un enorme órgano en una cuadra maloliente.

—Cógetela ahora con la mano —siguió diciendo Gertrude—. Muéstranos cómo funciona, Lynch.

Durante un momento, el joven no hizo nada. Luego, movió la mano y los dedos se cerraron alrededor del espesor de su verga. Tenía los pantalones negros bajados hasta las rodillas y el enorme tronco rosado rodeado por completo por una de sus grandes manos. Movié un pie y apartó el heno con la punta de la bota.

Qué erección tan enorme mostraba. El robusto tronco de la verga se arqueaba hacia adelante, rosado y palpitante. Sostenía toda la raíz en la mano. Y entonces la

acarició. Fue apenas el inicio de una caricia. Los huevos estaban en consonancia con el tallo enhiesto. Eran como dos grandes pelotas que se balanceaban por debajo de su mano.

El puño se deslizó hacia adelante y atrás sobre la columna de carne rígida. Al tío Gerald le gustaba mucho que yo le hiciera eso mismo, a pesar de que mi pequeña mano apenas lograba rodear su gruesa verga. Y entonces, mientras contemplaba a Lynch, pensé en el tío Gerald y en el coronel Dawson. El muchacho se daba placer a sí mismo, a su maciza verga y sus huevos, a la carne blanca de su tronco. El extremo enrojecido del glande asomaba cada vez que se tiraba de la piel hacia atrás.

Poco a poco, el movimiento del puño fue cambiando de ritmo, para pasar de una suave caricia a un vigoroso bombeo. El joven tenía la boca abierta y la mandíbula caída, con la mirada fija en el bulto rosado de su pene palpitante. Yo contuve la respiración. Sabía muy bien cuál sería el resultado de sus movimientos: la proyección de su leche. Y yo lo vería.

Observé al mozo de cuerdas con la avidez de asistir a ese resultado final, con la mirada fija en aquella mano que cubría y descubría el robusto bulto. El puño bombeaba sin pausa alguna. ¿Se la apretaba al mismo tiempo que se la meneaba? Tío Gerald decía que la presión debía ser la adecuada, no más que la suficiente para sujetarla con cierta firmeza. «Siempre tienes que sujetarla con firmeza», decía. Y yo me echaba a reír al sentir su carne caliente en mi mano.

Entonces, Lynch emitió un sonido. Fue una especie de gruñido que pareció surgirle de la garganta. Y de repente levantó la cabeza. Hizo girar los ojos en sus órbitas y los cerró. El joven se la meneaba ahora frenéticamente. Y en ese preciso instante de la punta del glande surgió un chorro tras otro de leche blanca.

—Oh, míralo —exclamó Gertrude.

El muchacho se vio sacudido por un espasmo tras otro. El líquido se derramó, trazando una curva, sobre el heno que había a mis pies. La mano seguía meneándose con dureza. Luego, el movimiento se hizo más lento y los dedos aflojaron su presión y, tras haber arrojado su esencia, se cubrió el extremo de la verga. Experimentó un estremecimiento final de placer y los pies se movieron sobre el heno.

—Está cojeando —dijo entonces Gertrude—. Mira cómo está cojeando. ¿Cojeas, Lynch?

La verga se retorció.

—No lo sé, señorita —balbuceó.

—Ven aquí ahora. Ven y bésame los zapatos.

El muchacho avanzó hacia nosotras. Y, en efecto, parecía cojear, con los pantalones colgándole de las rodillas. Se acercó a ella, sin negarse. Tenía los ojos en blanco. Avanzó con su enorme herramienta como un palo enhiesto por delante, de cuya punta colgaba una gota de líquido. Aquella visión era algo extraordinario, como el órgano de un semental disponiéndose a montar a una yegua, palpitando al mismo

tiempo que se movía.

Se arrodilló a los pies de Gertrude, posando las rodillas blancas sobre la suciedad de la cuadra, disponiéndose a besarle los zapatos.

A besárselos y a chupárselos. Arrodillado a sus pies, inclinó la cabeza hacia adelante. Ella le hizo besar cada uno de sus zapatos y luego utilizó un pie para apartarlo de su lado.

—Tenemos que atarle las pelotas —dijo Gertrude.

Me estremecí. Volví a percibir el olor a caballo, el aroma caliente del heno y del estiércol. El suelo sucio de la cuadra.

Lynch tuvo que ponerse nuevamente de pie. Su verga volvía a estar como una barra de hierro, con el bulto delantero enrojecido e hinchado. ¿Se había puesto así debido al hecho de haberle besado los zapatos a Gertrude? Ella se quitó una de las cintas rosadas que llevaba en el cabello. Era una cinta larga destinada a confirmar la total obediencia del muchacho. Lynch tembló al verla. Gertrude se volvió, me miró y me tendió la cinta.

—Toma, cariño.

Yo permanecí muda, sin saber qué decir. Jamás se me había ocurrido hacer una cosa así. Sus hinchados huevos. Qué lista era Gertrude. Tomé la cinta, que aleteó entre mis dedos. La herramienta del joven volvió a palpitar con fuerza. Estaba tan enrojecida, casi tan rosada como la propia cinta. Y sus pelotas... Huevos hinchados en su saco colgante. La verga se levantó, como una columna palpitante, dejando totalmente al descubierto los huevos.

—Hazlo —dijo Gertrude—. Atale los huevos.

Adelanté la mano para tocarle. Era la primera vez que tocaba una verga desde lo del coronel Dawson y en aquella ocasión, desde luego, no había podido disfrutar mucho. El coronel Dawson había estado demasiado ocupado con mi culo, con la verga metida por completo en mi ano. Había tocado a menudo el pene del tío Gerald, que me permitía manosearlo a placer. Pero en aquel entonces yo aún era demasiado joven como para disfrutarla por completo. Y ahora estaba ante este muchacho, Lynch, el mozo de cuadras, erguido delante de mí, con los pantalones bajados hasta las rodillas y la verga y los huevos a la espera de que los tocara.

Primero, le rocé suavemente el escroto con las yemas de los dedos, que pasé por la arrugada piel. Los huevos quedaron claramente definidos. Luego dejé la mano por debajo, doblando los dedos, sopesándole las pelotas con las puntas de los dedos, levantándoselas. El joven se estremeció. Su herramienta no dejaba de palpitar y el licor que había derramado brillantaba la punta del bulto.

Volví a levantar el saco hinchado, dispuesta ahora para atarle los huevos. Rodeé el saco con la cinta rosada y le hice un bonito lazo. Los huevos se balanceaban entre mis dedos.

—Eso es encantador —dijo Gertrude.

Me apartó las manos de improviso. Tomó la cinta y la apretó más pidiéndole a

Lynch que retrocediera para mostrar sus huevos extendidos.

—Qué hinchados están —dijo Gertrude—. ¿Verdad que es muy agradable?

—Sí.

Gertrude hizo que se moviera y el bulto de su glande palpitó al ponerse en movimiento, con los huevos atados e hinchados, con el escroto rodeado por el lazo de una bonita cinta. Arrastró los pies, tironeando de los pantalones para poder avanzar. Tenía las nalgas blancas, y los huevos se balanceaban al caminar. Recordé los huevos del coronel Dawson golpeando contra mi sexo al tiempo que me daba por el culo.

Entonces, Gertrude le ordenó que se detuviera, y le dijo que regresara junto a ella. Cuando se hubo acercado lo suficiente, tiró de la cinta.

—Es tan grande —dijo Gertrude—. Nunca había visto una igual.

Le tocó con las puntas de los dedos, por debajo del grueso glande, haciéndole cosquillas a lo largo del tallo, que palpitaba aún más. Un gemido surgió de entre los labios del muchacho. La cinta estaba apretada sobre el extremo superior del hinchado saco.

—Me gusta —añadió Gertrude—. Me gusta mucho el tamaño que tiene, con este enorme champiñón en el extremo. Mira cómo se humedece. Tócalo, Clarissa. No tienes por qué mostrarte tímida.

No, no me sentía tímida. No dejaba de contemplar sus parles, la palpitación de la punta. Luego, la tomé con una mano y pase los dedos a lo largo del tallo, mientras Gertrude murmuraba. Percibí la sensación de aquella palpitación bajo mis dedos, sentí todo el placer que proporcionaba, mientras Lynch se estremecía bajo mis toqueteos. El macho temblaba, obediente, y su verga rosada no dejaba de palpar.

Volví a recorrer toda su longitud con las yemas de los dedos, hasta regresar al glande, al licor que aún había en su punta, al extremo esponjoso de su verga. Le pellizqué el bulto de la raíz. Le pellizqué mientras él gemía. Le pellizqué la punta para que saliera hasta la última gota.

Me pregunté si los sirvientes estarían haraganeando, si se dedicarían a contemplar el juego que estábamos practicando en esta cuadra. ¿Alguna de las sirvientas habría poseído a Lynch alguna vez? ¿Se habría inclinado para recibir la gran herramienta de este semental en su culo?

Gertrude mantenía una actitud muy compuesta, sin dejar de observar los atributos del muchacho, sus huevos, sus palpitaciones, la goteante punta de su verga.

—Ordéñalo —dijo Gertrude.

—¿Qué?

—He dicho que lo ordeñes, Clarissa.

Me estremecí. Le sostuve la verga sobre la palma de la mano con los dedos extendidos a lo largo del mástil, sintiendo el champiñón muy caliente sobre la muñeca. Los dedos se cerraron y rodearon la verga. Tiraron de la carne hacia atrás, y luego hacia adelante, y de nuevo hacia atrás.

Eso había formado parte de las enseñanzas del tío Gerald. Sabía cómo hacerlo. De

sus labios se escapó un sonido apagado. Mis dedos se cerraron sobre la verga con mayor firmeza y empecé a meneársela, sintiendo toda su fuerza, con el bulto delantero golpeándome contra la muñeca.

De repente, Gertrude se situó detrás de mí y deslizó las dos manos alrededor de mi cintura, apretándose contra mí, con el bajo vientre contra mi trasero y los labios junto a mi oreja.

—Anda, haz que se corra. Ordéñale los huevos.

El muchacho gimió. Tenía los ojos abultados y yo percibí el olor almizcleño que desprendían sus intimidades, y sentí sus hinchadas pelotas por debajo de mis nudillos. De pronto, Gertrude se apoderó de sus huevos. Lynch emitió un gemido, mientras los dedos de Gertrude le acariciaban los huevos, haciéndolos rodar entre sus manos.

—Se correrá dentro de un momento. Ahora ya no puede detenerse.

Lynch lanzó un grito, y yo continué meneándosela, cada vez con mayor fuerza, tirando de la carne hacia atrás y adelante. De pronto, un chorro se proyectó sobre mi muñeca, espeso y blanco, derramando su leche caliente. Apareció una espuma en la punta del bulto y un nuevo chorro. Sentía los labios de Gertrude junto a mi oreja, y el calor de su respiración.

—Sácasela toda, cariño. Ordéñale hasta que se quede seco.

Mis dedos siguieron moviéndose. Lynch volvió a gemir. Levantó el rostro hacia el techo y sus ojos rodaron en las órbitas. Luego, los cerró con fuerza. Tenía la boca abierta y floja. Un gran estremecimiento sacudió toda su estructura, mientras yo seguía meneándosela, sacándole hasta la última gota de esencia.

Finalmente, Gertrude me apartó a un lado. Ordenó a Lynch que se subiera los pantalones, y que saliera de la cuadra. Cuando nos quedamos a solas, ella me besó en la oreja y susurró:

—Ahora tienes el olor de su esperma.

Más tarde, ya en su habitación, Gertrude me enseñó su pelambreira, su carne humedecida.

—¿No quieres probarla? Sí, claro que quieres. Lo veo en la expresión de tu rostro.

Vacilé. Le dije que no lo haría, que nunca había hecho una cosa así, y que no iba a hacerlo ahora. Gertrude, sin embargo, no se dejó convencer. Me atrajo hacia ella con fuerza y me apretó la cara contra su bajo vientre.

—Tu boca —dijo—. Puedes pensar en Lynch si quieres, pero quiero tu boca.

Y ésa fue la primera vez que lo hice. Y el principio de la tormenta.

LA señora Hawley tiene ojos indiferentes, de color oscuro. Se sienta adoptando una posición muy recta. Es una mujer de actitudes fuertes, que lleva un vestido de té de suave seda, con una cinta de terciopelo negro. Se sienta cerca de una mesa, con un brazo levantado y la muñeca doblada, tocándose la barbilla con la punta de los dedos. En los dedos de la otra mano sostiene un pañuelo de encaje blanco. Es muy delicada con el encaje. Pero sus ojos siguen siendo indiferentes.

Cerca de ella está el señor Hawley, con un chaleco negro, el reloj de cadena y una expresión desanimada.

Yo estoy aparte. Me encuentro de pie en este pequeño salón de paredes blancas, de cojines floreados, donde hay un canapé que ahora permanece vacío. El fuego de la chimenea emite crujidos. ¿Es la luz del fuego lo que cae sobre mis pechos? Llevo puesto el corsé de cintura, de color azul, que me aprieta el estómago. Mis pechos están desnudos, igual que mi trasero. Y la pelambreira es prominente. Me siento avergonzada de mi vello, que aparece revuelto por debajo del corsé azul que me ciñe.

De repente, se abre la puerta y entra Jepson, con su rostro huesudo. Camina en silencio y trae un servicio de té. Deja la bandeja de plata sobre la mesa, con sus manos huesudas. El señor y la señora Hawley toman las tazas de porcelana azul en sus manos.

Jepson todavía no me ha mirado. En ese momento, se vuelve y me mira. Sus ojos se fijan en la caída de mis pechos. Y luego en mi coño. Se gira de nuevo. Cruza la habitación, sobre la alfombra y abandona la estancia. La puerta vuelve a cerrarse en silencio, con suavidad.

La señora Hawley sostiene la taza de té en alto.

—Sus pezones, Arthur. Creo que habría que colorearle de rojo los pezones. —Y tras un momento de silencio, añade—: Y llámala Clarissa. Debemos llamarla por su nombre.

El reloj de oro molido, situado en el centro de la repisa de la chimenea, deja oír un sonido delicado. Por encima hay una vieja pintura que representa a una mujer y un niño, en alguna parte del campo. El cielo está apagado en la distancia.

Dispongo de una pequeña habitación triangular. Hay una cómoda de madera de pino y unas pocas botellas de perfume, una pequeña cama blanca, un armario barnizado y un espejo. Desde la diminuta ventana se ve el jardín. ¿Conoceré este jardín cuando llegue el verano? El espejo parece retener la luz grisácea. Me pregunto quién ocupó esta habitación por última vez, de quién fueron los ojos que se miraron por última vez en el espejo.

Pienso en Nigel, en la casa, en las sirvientas, en sus diversiones. ¿Cómo se

divierte Nigel?

La señora Hawley tiene una piel blanca exquisita. Me pregunto cómo sería su niñez. ¿Se vistió de blanco para ir a St. Alban? Sus manos son tan delicadas. Y también los dedos.

Sólo hay una silla en la habitación y me gusta sentarme en ella, delante del espejo. Llevo el corsé azul. Mis pechos. Ahora largo los pezones pintados de rojo. La propia señora Hawley me trajo el colorete. El rojo tiñe las puntas de los pezones, y parece que así resaltan más. Ésas fueron las instrucciones de la señora Hawley. Ahora, abro las piernas para verme el coño. Mi fuente. En realidad, ella no lo ha mirado todavía. No se ha fijado aún en mi pelambreira. ¿Han estado otras mujeres aquí antes que yo? ¿Mirándose del mismo modo en este espejo? ¿Abriéndose las piernas como yo para mostrar otras intimidades? De la pared cuelga un grabado. Es una imagen del colegio Magdalen. ¿Por qué lo han colgado aquí?

Mi cuerpo se revela en el espejo. Una mujer con un corsé corto y los pezones enrojecidos y erectos.

Recuerdo el día en que Nigel y yo compramos aquel pequeño aparador en Tottenham Court Road. Estuvimos de acuerdo en que había que ponerlo en el vestíbulo. Dijo que podría guardar mi colección de postales en uno de sus cajones. Pero a la primavera siguiente descubrí que la colección había desaparecido. Nigel la había quitado de allí, y llenado el cajón con recuerdos de sus tiempos de escuela. Fotografías desvaídas de amigos. Dijo que le gustaba sacarlas cuando los amigos visitaban la casa, que resultaba divertido impresionarles de ese modo.

En cuanto a mis postales, las perdí. Ahora, ya casi ni las recuerdo. Todos aquellos bonitos grabados enviados desde el continente. ¿Terminaron en el fuego? Creo que, en efecto, fueron quemados. Doncellas del Rhin consumidas por las llamas.

—No me gustan las cursilerías —dice la señora Hawley—. Y tampoco el desorden.

Estamos cenando. La señora Hawley lleva un vestido de satén blanco, con un corsé de antiguo encaje por debajo de la suave piel blanca de su garganta. Un cinturón doblado de satén terminado en pequeñas rosas.

Por encima de la mesa, una inmensa lámpara con un grupo de bombillas eléctricas. Las sillas son de respaldo alto. Y también hay un aparador tallado.

Sigo teniendo los pechos al desnudo. Los pezones coloreados se extienden hacia adelante, ahora ya sin reticencias.

Los sirvientes se mueven a nuestro alrededor, en silencio. Ojos de expresión vacía y manos rudas. A veces, se percibe un murmullo. Pero jamás descubro una mirada dirigida hacia mis pechos.

Ahora, la señora Hawley habla de una reciente boda real. La princesa Margarita

de Connaught se ha casado con el futuro rey de Suecia. La princesa llevaba un vestido de novia festoneado de encaje irlandés. El señor Hawley dice que ese tema le aburre, que ya ha oído hablar suficiente de esa boda a lo largo del verano. Luego, añade que no le gustan las murmuraciones sordas de las gentes de las clases inferiores en el East End. La señora Hawley le reprende.

—No seas terrible, Arthur. —Luego habla de una obra de teatro que se representa en Drury Lane—. He oído decir que es divina —dice, dirigiéndome una sonrisa—. Vendrás con nosotros, Clarissa.

Hablamos de mis viajes por Italia. Pienso en Nápoles, en los últimos días que pasé con mi padre, mientras voy dándole vueltas a los guisantes que hay sobre el plato. ¿Me tiemblan quizá los pechos?

Ahora, el señor Hawley me mira. Su mirada se detiene directamente sobre mis pezones, con las puntas coloreadas de rojo. Mis pechos se hinchan sobre el borde del corsé. La fruta temblorosa de mis pechos.

Nigel y yo nos casamos en Dorchester porque a mi padre le pareció que la iglesia de Stockbridge era demasiado pequeña. Según él, yo debía tener una boda adecuada. Dijo que recordaría con mucho orgullo el día de mi boda.

—Te entregaré a Nigel —dijo—. Porque tú quieres ser entregada, ¿verdad?

Le dije que no amaba a Nigel, pero él se limitó a asentir con la cabeza y dijo que eso no importaba.

—Nigel te enseñará cómo son las cosas.

En el salón, la señora Hawley se toca los rizos que le caen por una sien. Dobla la muñeca, con una actitud lánguida. La luz del fuego se refleja en el blanco satén, a la altura de su codo. El señor Hawley está sentado en un gran sillón. Tiene las manos plegadas sobre el estómago y los dedos de la mano izquierda cubren la mano derecha.

—El fuego se está apagando —dice la señora Hawley.

Hace sonar una campanilla y en seguida aparece una de las doncellas. Le dice a la muchacha que atice el fuego. La joven trae dos pequeños leños y se inclina ante el fuego. Luego, me dirige una mirada hacia mis pechos desnudos y los pezones coloreados de rojo. Percibo el fugaz rubor de la sirvienta. Trato de recordar su nombre, pero no lo sé. Finalmente, se marcha. El fuego cruje y siento su calor sobre mis pechos desnudos.

—Acércate a mi lado —dice la señora Hawley—. Bésame las botas, Clarissa.

Lleva puestas unas exquisitas botas de piel de cabritilla. Me acerco a ella y me arrodillo. Empiezo a besarle las botas, dejando colgar las tetas, notando el peso de su caída. Pongo los labios sobre la suave piel gris. Las botas tienen unos botones blancos.

Primero le beso un pie, y luego el otro. Ella juguetea conmigo. Me aprieta una bota contra la boca. Ahora, debo lamerle los botones. Luego, tengo que subir, por

encima de la bota, sobre la seda de sus medias. Extiende la pierna hacia mí y sigo subiéndolo por la pantorrilla, sintiendo la textura rugosa de la seda sobre mi lengua. Aprieto la boca contra la redondez de la pantorrilla.

Se ha subido el vestido, dejando al descubierto las rodillas, cubiertas por la brillante seda. Luego, un poco más, exponiendo la piel blanquecina de sus muslos, las ligas y, más arriba, la tela blanca de sus bragas.

—Adelante —me dice.

¿Hay un tono divertido en su voz? Le beso los muslos y siento el calor de su piel, como si fuera de marfil. Le chupo la carne blanca y ya percibo el aroma de su intimidad, de su fuente de placer. Aprieto la boca sobre el lino de las bragas, que acaricio con la punta de la nariz. Emite un murmullo. Le doy un cálido beso a través de las bragas y ella se agita. Me toca la cabeza. Tiene unas pequeñas tijeras entre los dedos.

—Córtame las bragas —me dice.

Me tiemblan los dedos en el momento de tomar las tijeras. Paso los dedos por los mangos, observo por un instante las puntas metálicas, y las aplico sobre el lino de las bragas, desgarrándolo y apartando la tela al mismo tiempo. Su coño queda expuesto. Por detrás de la tela desgarrada, aparece la oscuridad. Los rizos oscuros quedan por fin al descubierto, y la pelambrea oscura se abulta a través de la raja. Me estremezco ante el aroma de su coño, y ella se agita de nuevo.

—Y ahora un beso —dice, tomando las tijeras.

El primer beso. El primer toque de mis labios sobre los rizos íntimos. Noto el calor de su lugar más secreto, el cosquilleo que me producen los pelos sobre los labios. La oscura gruta se va desplegando poco a poco, como una trinchera húmeda, con un estremecimiento de la carne. Extiendo la lengua hacia ella, dirigiéndola hacia el vértice, hacia la perla rosada, que se expone agresiva.

—Sí, así —dice.

Me pierdo por completo entre su carne, que chupo con rapidez, humedeciéndola con mi lengua, y siento el flujo de sus jugos a través de mis dientes. Un estremecimiento le recorre la carne. Me sostiene la cabeza con sus manos, dirigiéndome la cara hacia su centro, dejándome la boca en el mismo centro, dejándome sentir el temblor de su carne sobre mi boca.

Y entonces se corre. Una vez que ha terminado de correrse, me aparta, me empuja por los hombros con una de sus botas.

—Qué ávida eres —dice.

Y luego se echa a reír, mientras yo caigo sobre la alfombra.

—Ella es la que manda en la casa —dice Jepson.

Está en mi habitación, con la mirada fija en mis pechos, en mis pezones pintados. Extiende hacia ellos una mano huesuda, unos dedos largos, y la mano se cierra sobre mi pecho izquierdo, por debajo, levantándolo.

—No debe hacer eso —le digo.

Su pecho emite un sonido y luego sonrío burlescamente.

—¿Se ha aprovechado ya de tu boca?

No hago el menor movimiento. Estoy de pie, delante de él, sin moverme, con una teta en su mano.

—No debe hacer eso —repito.

Pero él no me hace el menor caso. Los dedos me retuercen con suavidad el pezón. Luego, se abre los pantalones y deja al descubierto su órgano. Es un pene enorme. Un gran mástil palpitante, con el glande rosado e hinchado. Me empuja por los hombros, obligándome a descender. Abro los labios al llegar a su altura, y me la meto toda en la boca. Tiene la carne caliente y no deja de murmurar. Él mismo se mueve entrando y saliendo de mi boca, mientras me sostiene por la barbilla con ambas manos. Entonces me retiro, me aparto de su órgano monstruoso.

—Yo no soy una de sus doncellas.

Él se echa a reír. Tiene los ojos brillantes en su rostro huesudo. Los dedos se cierran con firmeza alrededor de la verga y al cabo de un momento se corre, lanzando su licor a chorros, su efusión, sobre mis tetas. Las gotas de un blanco perla resbalan sobre mis pechos.

—Eres más bonita que la última que estuvo aquí —dice.

No siento ninguna atadura con nadie ni con nada. Estoy tumbada sobre mi cama y ahora me encuentro a solas, aislada en mi pequeña habitación triangular, perdida entre los recuerdos y las sombras, pensando en los atributos masculinos de Jepson, en mi subyugación a un criado.

La luz de gas parpadea y las sombras bailotean sobre las paredes. Entonces, por mi mente cruza un recuerdo de la señora Hawley, de sus muslos blancos, de su aroma. Pienso en la rigidez de mis pezones durante la cena. Me toco los pezones, y el sexo, el vello de mi sexo. Me meto los dedos y, una vez más, pienso en ese primer beso, en mi boca apretada contra su fuente de placer.

Creo que a la señora Hawley le divierte el hecho de que yo no haya sido criada en Londres. Dice que la gente del campo es a menudo pintoresca.

—Demasiada leche fresca —dice, mirándome para comprobar si he sufrido los efectos de una niñez en el campo.

Pero yo he vivido en Londres desde que me casé con Nigel. Y siempre en la misma casa. Una casa muy parecida a ésta, aunque quizá no tan grande. Aquí observo ciertas cosas que me son familiares. Pero luego me doy la vuelta y todo me parece extraño.

Por la mañana, noto un olor a lilas. Procede del dormitorio de la señora Hawley. Medias de seda dispuestas sobre el respaldo de una silla. Sombreros y plumas

desparramados sobre una mesa de tocador. Cojines de terciopelo rojo arrojados sobre un sofá. La señora Hawley está tumbada en la cama, vuelta de lado para mirarme, con los labios abiertos en una sonrisa silenciosa. El señor Hawley está acostado junto a ella, más alejado de mí, con los brazos cruzados por debajo de la cabeza. ¿Ha pasado la noche en esta habitación? Me pregunto si lo ha hecho así. Me pregunto cuáles serán sus intimidades conyugales.

Estoy desnuda, de pie junto a la cama, esperando. Toda desnuda: las tetas, el vientre, el coño.

Ahora, ella me hace gestos para que me acerque. Me toca los muslos, el culo. Me coloca la palma de la mano sobre el trasero y luego sobre el coño. Después, los dedos suben por el vientre, recorriendo todo mi vello, tironeando de mis rizos. Me toca los labios, y yo separo las piernas ampliamente para exponerle mis intimidades. Encuentra el clítoris y me mete un dedo en la raja, hasta el nudillo, mientras con el otro me frota con suavidad el centro de mi placer.

—¿Verdad que es agradable? —pregunta con una expresión burlona en sus ojos—. ¿Es agradable, Clarissa?

Me estremezco mientras ella se burla, sintiendo el cosquilleo que me producen sus dedos. Y ella sigue burlándose de mí, hasta que me corro sobre sus dedos.

Después, el señor Hawley deja su herramienta al descubierto, su rígida masculinidad, el oscuro bulto. Me dice que monte sobre él. Subo a la cama y abro ampliamente los muslos, montando a horcajadas sobre la parte enhiesta de su cuerpo blanco, mientras él no aparta la mirada de mi coño. Sus dedos sostienen la verga mientras yo desciendo sobre ella, hasta metérmela en la gruta. Me agarra las tetas, retorciéndome con suavidad las puntas de los pezones, mientras yo recibo toda su verga en lo más profundo.

La señora Hawley nos observa con ojos burlones, sin perderse detalle. Me toca el trasero y mueve la mano a lo largo de la cadera y de las nalgas, mientras yo subo y bajo sobre el mástil, y vuelvo a subir y a bajar.

Recuerdo la primera vez que lo hice así con Nigel. Acudió a mi habitación después de una cena, para poseerme en mi propia cama. Me pidió que le montara. Hasta entonces, nunca lo habíamos hecho de ese modo. Yo me mostré tímida, extraña, sin estar muy segura de saber qué se esperaba de mí. Pero me sentí tan terriblemente excitada que mis jugos fluyeron con profusión sobre sus partes masculinas. Cómo se divirtió él con mi inocencia.

¿Y la señora Hawley? ¿Lo hace ella también? ¿Se monta como yo lo hago sobre la verga del señor Hawley? ¿Se sienta sobre su vientre para ir moviendo su gruta sobre el instrumento masculino?

¿O quizá entrega sus favores a Jepson? A su enorme órgano. Mi cuerpo tiembla sólo de imaginarlo. Todo aquel tamaño de su órgano metido hasta el fondo en el coño de ella.

Mis jugos se derraman sobre la parte atrapada del señor Hawley, sobre sus

huevos. Él le dice algo a la señora Hawley, pero no logro oírlo bien. Tiemblo de placer y ellos observan mis temblores. Ahora, la señora Hawley vuelve a acariciarme, esta vez en los pechos, en los pezones. Sus dedos me los retuercen con suavidad. Luego me acaricia el culo, por entre las nalgas. Acerca su mano al anillo, a la entrada posterior y emite un chasquido con la lengua al tiempo que me introduce un dedo, sin dejar de observar la expresión de mi rostro. Una vez dentro, el dedo se dedica a explorar.

Lanzo un gemido mientras cabalgo sobre el señor Hawley. Tengo metido el dedo hasta en las entrañas. Ya puedo ver el jardín desde donde estoy. Observo los árboles a través de la ventana, la luz de la mañana. La luz gris de la mañana que ilumina el jardín, al otro lado de la ventana. Ahora, oigo el crujido de la cama. El dedo metido en mi culo se muestra insistente, y yo me siento conquistada por esa insistencia, y por esa mirada burlona de sus ojos.

El señor Hawley emite un sonido y se arquea hacia arriba al tiempo que se corre, derramando su efusión en mi gruta, dejándome su licor caliente dentro del coño. Me estremezco mientras sigo menándome sobre su ardiente chorro.

Un verano, Nigel me llevó a Venecia. Recuerdo el Piazzale Roma. Por la noche, me folló en el balcón de nuestra habitación. Primero por delante, y luego me dio por el culo. Las luces iluminaban la escena por debajo de nosotros. Oíamos voces, mientras mi cuerpo se arqueaba sobre su barra de hierro, con mi entrada posterior apretándose sobre la verga de Nigel. Emití un gemido y allá abajo, un hombre levantó la mirada. Era un marinero italiano.

—¿Le sucede algo *signorina*?

Fue Nigel quien contesto. Dijo algo que no comprendí. El marinero se echó a reír, se dio media vuelta y se reunió con sus amigos. Yo no podía pensar en nada que no fuera la presión que sentía dentro del culo, la dilatación de mi rosa, el grueso y ardiente pene de Nigel, y el parpadeo de las lámparas del Piazzale Roma.

Otra vez Jepson. Me viola la boca. La lluvia golpea contra los cristales de las ventanas, y su órgano golpea contra mis labios. Termino por abrirlos. Me abro por completo y le rodeo la verga palpitante con los dedos, sintiendo la ardiente pulsación de su carne, de su masculinidad.

Todo parece estar más allá de mí misma.

6

—VAMOS a tener una fiesta de fin de semana —me dijo un día mi madre—. Agasajaremos a nuestros amigos de la ciudad.

Por «ciudad» se estaba refiriendo a Dorchester. A mi madre no le gustaba Stockbridge. Y le disgustaban los amigos campesinos de mi padre. Así pues, todos los invitados serían de Dorchester. La excitación de mi madre aumentó visiblemente a medida que se acercaba el fin de semana. Mostraba el rostro arrebolado, mientras se ocupaba de montones de cosas.

Mi madre era una mujer de movimientos rápidos e impulsivos que iba como una exhalación de una habitación a otra, con su pesada pechuga por delante. Le encantaban las fiestas, y odiaba la soledad. Adoraba ser el centro de atención. Siempre regañaba a mi padre por no haberse establecido en Londres, y sufría con resquemor su exilio de la sociedad londinense. Aquella gente del campo le parecía tan aburrida. Ni siquiera sabían cómo vestirse. Mostraban tan poco interés por la moda. A mi madre le gustaban los hombres elegantes. Disfrutaba con las atenciones de los hombres bien engalanados, sobre todo cuando las miradas se posaban sobre su pechuga.

A mí me encantaba la perspectiva de una fiesta de fin de semana. Era cierto que la vida en el campo podía llegar a ser muy aburrida, y me sentía en una época llena de anhelos. No sabía con exactitud qué era lo que anhelaba, pero el anhelo estaba allí de todas formas.

Nadie me había tocado desde la visita del coronel Dawson, ya que el interludio con Lynch, el mozo de las cuadras, y con mi prima Gertrude no tuvo el menor significado para mí. Los sirvientes no contaban, como tampoco contaban las risitas escondidas, en la cama de una prima. Me faltaba la necesaria conexión con un hombre, la fuerza de una buena verga, los meneos.

Había estado pensando en eso últimamente. Por la noche, tumbada en la cama, despierta, pensaba en ello, en el grosor de la verga del coronel Dawson metida en mi culo, en sus manos acariciándome el coño, en aquellos movimientos rápidos mientras me daba por el culo en el bosque. Me abandonaba a mis recuerdos, y aquellos momentos ardientes todavía giraban en mi cabeza. Deseaba volver a experimentar lo mismo, el flujo caliente de la excitación en el momento de ser poseída. Sufría ante la ausencia de las atenciones masculinas. De vez en cuando, me masturbaba en mi habitación. Momentos secretos pasados en mi cama, con la mente desbocada. Y hasta pensaba a menudo en Lynch, el mozo de las cuadras, y en la enorme herramienta que poseía. Y cada vez que pensaba en ella, me estremecía.

Un día, poco antes de la fiesta de fin de semana que organizaba mi madre, pensé en salir a cabalgar. Me vestí para la ocasión, a primeras horas de la tarde. La casa parecía estar tranquila y no se percibía en ella más que el silencio y algún que otro

murmullo de la servidumbre. Una de las doncellas estaba quitando el polvo en el vestíbulo, como siempre, cuando bajé la amplia escalera. Abandoné la casa por la puerta principal y emprendí el largo camino que llevaba a los establos. ¿Me estarían mirando los criados a través de las ventanas? Quizá lo estuvieran haciendo, con sus rostros pálidos apretados contra los cristales.

Los establos parecían desiertos. No vi a nadie por los alrededores, ni al viejo Lynch ni a su hijo. Hice un esfuerzo por reprimir la desilusión. Los buscaría, los encontraría durmiendo y haría que me pidieran disculpas. Caminé con rapidez por el camino que se extiende a lo largo de la hilera de cuadras.

En ese momento oí un gemido procedente de alguna parte, delante de donde me encontraba, desde una de las cuadras. El sonido se dejó oír de nuevo. Era el gemido de una mujer. Me estremecí y los latidos del corazón se aceleraron a causa de la excitación. Conocía muy bien ese gemido. Ya tenía edad suficiente para saber cuál era su significado. Era una de las sirvientas a la que estarían follando en una de las cuadras. Y el hombre sería Lynch, el joven. De eso no me cabía la menor duda. Quise verlo. Los observaría a hurtadillas. La sangre me hervía ante la idea de verlos en secreto.

No tardé en encontrar la cuadra y me moví en silencio hacia el espacio adyacente, mirando a través de una grieta entre dos tablas sucias.

Sí, allí estaban. Santo Dios, sí. Era Lynch, el mozo de cuadras, pero no estaba con una criada. Era mi madre la que gemía, la que ahora volvió a producir el mismo sonido, el gemido de una mujer que siente la bendición de una buena penetración. Ella estaba inclinada, cubierta por Lynch con las pelotas al aire.

El corazón me latía con fuerza. Me sentí anonadada. Mi madre volvió a gemir, bien sostenida por el muchacho, que parecía un semental, con su grueso órgano. Mi madre permanecía inclinada, con el trasero curvado hacia arriba, saliendo al encuentro del mástil deslizante y enorme, mostrando los globos blancos de su trasero, recibiendo la verga en su gruta. Pude ver cómo la follaba, cómo le abría su sexo, mientras ella se arqueaba hacia la herramienta.

—Adelante —dijo ella—. He dicho que adelante.

La verga abandonó el coño, saliendo de él gruesa y húmeda. Un gran estremecimiento recorrió el cuerpo de mi madre. Luego, el grueso glande se elevó y se situó ante la entrada trasera. Mi madre volvió a gemir al tiempo que él le daba por el culo.

—¡Oh, santo Dios! Sigue, sigue, métemela bien adentro —rogó ella, abriendo el ojete del culo.

Y él siguió metiéndosela. Empujó hacia adelante, sin piedad, hasta que los huevos se apretaron contra las nalgas. Luego, se mantuvo allí dentro, con la verga metida hasta el fondo de sus entrañas. Los dos temblaban de placer. Me pregunté si ésa era la primera vez que lo hacían.

Luego, Lynch se retiró, deslizando hacia afuera la verga húmeda, sacándola del

culo casi por completo, antes de volvérsela a meter hasta el fondo, apretándose de nuevo contra las nalgas. Y mi madre gimió al sentir la nueva penetración. Y luego volvió a gemir cuando él la retiró otra vez.

Ahora, los movimientos habían adquirido un ritmo propio. La parte más gruesa de la verga, seguía dentro del culo, deslizándose adentro y afuera con suavidad. Hasta que el muchacho emitió un gemido de placer. Abrió la boca y gimió. Y volvió a gemir al tiempo que se corría dentro del culo. Mi madre lanzó un grito, y agitó el culo sobre su embestida. El muchacho agarró con firmeza la carne de sus caderas, apretando la carne blanca con los dedos. Le brillaban los huevos.

Finalmente, salió, apartando el órgano palpitante del culo, al tiempo que su licor rezumaba del ojete completamente abierto y mi madre seguía gimiendo ante el abandono.

Haciendo un esfuerzo, salí del trance en que me hallaba. Me aparté de allí. Abandoné tambaleante los establos, volviendo al sol de la tarde, al brillo de la luz, a la casa. Un pájaro echó a volar, abandonando un árbol para dirigirse hacia el cielo abierto. Intenté no pensar en lo que acababa de ver. Me habría desmoronado si hubiera pensado en ello, dejándome caer sobre la hierba del prado.

Más tarde, en mi habitación, me arrojé sobre la cama. Pensé en mi madre en los establos, montada por Lynch. Qué estimulante había sido lo que había visto, la visión de su parte más masculina metida primero en el sexo, y luego en el culo de mi madre. El recuerdo de aquella verga enhiesta. Los meneos. Me sentí celosa y decidí que tendría a Lynch para mí sola. Dejaría que su raíz me llenara por completo. ¿Lo habrían hecho con anterioridad? ¿Se habría apretado alguna otra vez el gran culo de mi madre contra las pelotas de Lynch?

Me desnudé dejándome llevar por un impulso y contemplé el reflejo de mi cuerpo sobre el espejo. Me llevé una mano al bajo vientre alojando los dedos en mi nido. Sentí un gran calor en el rostro mientras me acariciaba el sexo, el clítoris, y me corrí sobre los dedos, sin dejar de pensar en mi madre, en su culo abierto ante la herramienta del mozo de cuerdas. Mis dedos quedaron empapados.

Finalmente, llegó la fiesta de fin de semana organizada por mi madre. Llegaron muchos carruajes procedentes de Dorchester, que subieron por el camino que conducía a la entrada principal de la casa. Sobre el prado se sirvió champaña y capones. Había presentes hombres de importancia, acompañados por sus atildadas esposas. Allí había gente a la que no había visto en muchos años, y otros a los que ni siquiera conocía. ¿Les parecía yo bonita? ¿Me seguían considerando como una niña?

Yo no era ni lo uno ni lo otro. Mi culo había sido horadado por la verga del coronel Dawson, pero mi coño permanecía intacto todavía. No era más que una muchacha delgada, estremecida por las incertidumbres. Nunca me sentía segura de las cosas. Algunas de las mujeres me parecían tan etéreas. Me dije a mí misma que yo nunca sería como ninguna de ellas.

Ese día dediqué una atención especial a mi ropa, y estuve probándomela, ayudada

por una doncella, hasta sentirme preparada para mi presentación pública, pero antes de hacerlo me dediqué a observar a mi madre, que actuaba como anfitriona. Su porte era verdaderamente regio. Cómo la envidiaba. Parecía ejercer un control perfecto sobre las cosas.

Pero de mi mente no se apartaba el recuerdo de ella y del mozo de cuadras. Seguía viendo a Lynch dándole por el culo, con su grueso órgano entrando y medio saliendo por el ojete. Ahora, en cambio, ella parecía tan bien compuesta, con su encantador vestido de fiesta. Aquellos momentos de los que había sido testigo en el establo parecían completamente irreales.

Poco después, bajé al salón. Mi madre me presentó a un amigo suyo, el doctor Fargo, de Dorchester. Un hombre sonriente, con bigotes grises. Su mirada se posó sobre mis pechos.

—Qué joven tan encantadora —dijo.

Mi madre nos dejó a solas, y él me estuvo contando historias de sus viajes por Marruecos. Me habló de los velos que cubrían el rostro de las mujeres. Yo dirigí la mirada hacia la parte delantera de sus pantalones, hacia sus intimidades invisibles. Y volví a pensar en mamá y el mozo de cuadras, en Lynch sobre ella, con su grueso órgano. Y luego pensé en el coronel Dawson y en su verga metida en mi culo, que se abría para recibirla.

—Parece sumida en pensamientos muy profundos —comentó el doctor Fargo.

Más tarde, aquella noche, le permití que me acompañara al comedor, y le pasé la mano por el brazo, dejándola allí mientras él murmuraba junto a la oreja algo sobre la belleza de mis hombros desnudos.

¿Era bonito mi vestido? El comedor estaba lleno de pechugas empolvadas bajo la luz amarillenta de las lámparas. Mamá estaba radiante, siempre sonriente, con la carne marfileña de los brazos captando la luz de las lámparas.

Me senté junto al doctor Fargo y escuché la cháchara de los invitados. No dejaba de observar la hinchazón de las pechugas. Mi padre hablaba continuamente, con el rostro rubicundo. El doctor Fargo se volvió para hablar con una dama sentada a su derecha, al tiempo que posaba una mano sobre mi muslo. ¿Estaba pensando acaso en poseerme? Por un momento, me pregunté cómo sería eso. Su verga penetrando por mi lugar más íntimo. Cómo sería su herramienta. Una siempre tiene que pensar en eso. Después de todo, la del mozo de cuadras era tan enorme.

El doctor Fargo se volvió de nuevo hacia mí y me susurró algo junto a la oreja, al tiempo que me apretaba el muslo.

—No debe hacerme daño —le dije.

—Querida muchacha —dijo él chasqueando la lengua—, jamás me atrevería a hacérselo.

—Pues sus dedos me hacen daño.

Se echó a reír y se inclinó hacia mí, murmurando:

—¿Tiene usted edad para eso, querida?

En ese momento, una de las doncellas estaba junto a mi codo, sirviéndome la sopa.

—No lo sé —dije—. Supongo que sí.

Escuché entonces la voz de mi madre. Estaba hablando de Dorchester. ¿Cómo sería la próxima temporada? Me pareció una tontería ponerse a hablar de Dorchester de ese modo, como si Dorchester fuera Londres. Qué estupidez. Mamá y sus estupideces. Aparentaba adorar la existencia que llevaba en el campo, y jamás permitiría que nadie se imaginara lo mucho que anhelaba otras cosas.

Después de la cena, me dirigí a mi habitación. Me sentía aburrida con la velada, y ahora disfruté con mi aislamiento. Me situé delante del espejo, con la mirada fija en mi reflejo. Me burlé de mis propias incertidumbres. Entonces, escuché un sonido en la habitación contigua. Quizá se tratara de dos de los invitados. Sentí un repentino ramalazo de desconfianza, y pensé que sería mejor escuchar con atención.

Eran un hombre y una mujer, cuyas voces sonaban con claridad. ¿Lograría hallarme a solas alguna vez? Les oí hablar. La mujer se echó a reír. Su voz era mucho más clara que la de su compañero. Apreté la oreja contra la pared. ¿Se estaban besando? Me imaginé que así era, boca contra boca, con los rostros arrebolados por el vino, quizá con las manos de él posadas sobre los pechos de ella, mientras los dedos de la mujer jugueteaban con los pantalones del hombre. Sentí verdaderas ansias de ver lo que estaban haciendo, de disfrutar del placer de observarlos a escondidas. Qué sola me sentía.

Me aparté de la pared y regresé ante el espejo. Por un momento, consideré de nuevo mi propia imagen, y la pregunta del doctor Fargo volvió a resonar en mi cabeza: «¿Tiene usted edad para eso, querida?».

En ese momento, alguien llamó a la puerta de mi habitación. Dije en alta voz que podía entrar y la puerta se abrió. Mi padre entró en el dormitorio.

—¿Por qué estás a solas? —preguntó. Mostraba el rubor del vino en el rostro. Cerró la puerta y me sonrió. Se me acercó y me acarició la mejilla—. El doctor Fargo te echa de menos.

—No me gusta ese hombre.

—Pues yo creía que te gustaba —replicó mi padre echándose a reír.

—No dice la verdad. Creo que no sabe nada sobre Marruecos, y mucho menos sobre las mujeres de Marruecos.

—¿Acaso lo sabes tú? —preguntó mi padre, divertido—. ¿Qué sabes tú de esas cosas? Eres demasiado bonita como para saberlo. —Volvió a acariciarme la mejilla, y me la frotó con uno de los dedos, con el que me recorrió la barbilla, bajando luego por el cuello, deslizando la yema del dedo—. Esta noche, todas las miradas han sido para ti.

—¿Soy bonita, padre?

—Desde luego que lo eres.

—Pues yo no estoy segura de serlo.

—Yo te lo aseguro.

—Me gustaría vivir en Londres.

—Quizá vivas allí algún día.

Su mirada se posó sobre mis pechos. ¿Me ruboricé al darme cuenta? Temía preguntarle qué le parecía mi vestido. Temía el brillo de sus ojos. Entonces, me habló del coronel Dawson.

—¿Representa un recuerdo agradable para ti?

Le dije que sí, que pensaba a menudo en el coronel Dawson. Me di media vuelta mientras hablábamos. No quería que mi padre viera la expresión de mis ojos. Recordé a mi madre y a Lynch en los establos. ¿Estaba mi padre enterado de eso? Pensé que sí, que lo sabía, que era consciente de que a mamá se la follaban en una sucia cuadra.

—Me gusta mucho tu vestido —dijo—. Ahora ya eres toda una mujer, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —admití.

—Ya no eres una muchachita, sino toda una mujer. Y me atrevería a decir que tienes los pensamientos propios de una mujer madura.

—Sí, así es.

Se me acercó. Me puso una mano sobre un brazo y la otra sobre un hombro, y, al girarme hacia él, me besó. Fue un beso pleno sobre los labios, un beso ardiente. ¿Lancé un gemido? Creo que sí. Él me acarició. Me apretó la espalda con las manos y las bajó hacia el trasero. Luego, volvió a levantarlas hacia mis pechos. Sus dedos me acariciaron a través del vestido. Descendió otra vez las manos hacia el trasero y me apretó las dos nalgas.

—Desnúdate Clarissa. ¿Quieres que llame a una sirvienta?

No, no quería a una sirvienta, y así se lo dije. Hice lo que me había pedido. Mis dedos se movieron, nerviosos, y dejé caer el vestido y las enaguas al suelo, quedándome desnuda ante él.

Mi padre se me acercó. Me acarició las tetas y sus dedos tironearon de mis pezones, jugueteando con ellos. Luego, hizo que me diera media vuelta y me acarició el trasero.

—Extraordinario —dijo.

Yo tenía entonces casi dieciocho años y mi carne era joven. Me acarició las nalgas y los dedos me hicieron cosquillas en la raja. Me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—Vamos sobre la cama, Clarissa —dijo—. Date prisa.

Me tumbé de espaldas y abrí los muslos. Él metió la cara entre la carne de los muslos y me chupó el coño con la lengua, mordisqueándomelo con los labios, haciéndome sentir todo su bigote. Yo gemí bajo los lamidos de su lengua. Gertrude me había hecho lo mismo, me había chupado mi lugar más ardiente, hasta meterme la lengua en el coño, pero no con tanta insistencia, ni con la fuerza de mi padre, ni haciéndome sentir el cosquilleo de su bigote, ni los firmes lengüetazos que me daba sobre el vello.

Me estremecí y él me levantó las piernas, colocándoselas sobre los hombros, sosteniéndomelas así mientras seguía chupándome todo el coño, metiéndome la lengua en la raja abierta todo lo que podía, apretando la cara contra mi sexo. Luego empezó a descender, hacia la rosa de mi culo, hacia el ojete. Sentía el cosquilleo de su lengua, el bigote rozándome los labios del coño.

Hizo que me diera la vuelta, que me pusiera de rodillas y me inclinara, ofreciéndole el culo y el coño. Mi padre me sostuvo por las nalgas. Sentía sus dedos tocándome, y volví a sentir la lengua lamiéndome el culo, mi entrada posterior.

—Sí, Clarissa, así es como son las cosas.

Las manos me sostuvieron con firmeza y el glande se acercó a mi ojete abierto. Me penetró y sentí todo el calor de su verga en mi culo. Gemí al sentir el roce, gemí mientras él me daba por el culo con su lanza. Me la metía toda, hasta el fondo, mientras emitía sonidos de placer. La tenía toda dentro de mi culo.

Pensé en mi madre, en su entrega a Lynch, tal y como yo me estaba entregando ahora a mi padre, a su instrumento paterno, mientras oía sus gemidos, hasta que al final sentí su chorro ardiente llenándome el culo. Emitió un grito y se dejó caer sobre mi espalda. Mi rosa le apretó la verga con fuerza.

Ahora era yo el que me lo follaba. Y disfruté haciéndolo.

UNA termina por conocer el ritmo propio de una casa, los momentos ociosos, los murmullos en los pasillos. En la casa de los Hawley reina un ambiente de éxito social. Se escucha la voz de la señora Hawley, y sus ojos están en todas partes. Dedicar una hora al día a controlar su reino, antes de salir para visitar a sus amigas. Los sirvientes se apresuran de una habitación a otra, como pequeños ratones grises. «Los espejos deben despedir destellos», dice. Ella no demuestra más que desprecio por las sirvientas jóvenes, de las que afirma que no tienen ni una pizca de cerebro.

—Pero ¿qué puede esperarse de ellas? —pregunta—. En estos tiempos que corren, la servidumbre no es precisamente de lo mejor de su clase.

Elige su ropa. A la señora Hawley le gusta ir vestida a la moda, con sedas y encajes de París.

—¿Cómo es posible que los franceses sepan tanto de estas cosas? —pregunta—. No hay en todo Londres una sola modista que sea capaz de confeccionar un vestido así. Resulta extraño, ¿no te parece?

También le gustan las joyas y las preciosas cajas pequeñas. Recuerdos de esmalte traídos de veranos pasados en Baden-Baden. Madreperlas y granates traídos desde Biarritz. Repasa con los dedos los peines y cepillos desparramados sobre la mesa del tocador.

Los Hawley son muy diferentes en cuanto a temperamento y comportamiento exterior. Supongo que podría decirse lo mismo de Nigel y de mí. Una siempre se pregunta qué es lo que estará viendo el otro. A veces, al señor Hawley parece divertirse la inteligencia de su esposa, el rápido sarcasmo que sabe demostrar. Pero un momento más tarde ella cae en uno de sus silencios, y el señor Hawley vuelve toda su atención al periódico.

Ahora, no puedo mirarla sin recordar lo que hay oculto. La piel blanca de sus hombros, sus pechos, la pelambreira oscura, los labios llenos enmarcados por el rostro arrogante, con esos ojos implacables, siempre controlándolo todo. Y, sin embargo, allá abajo también hay una gruta de labios llenos, húmedos y hambrientos.

Ella es de las hambrientas. Ellos tienen sus intimidades y, a veces, yo comparto su cama. Una se acostumbra a distinguir los momentos divertidos, los cosquilleos ociosos, los dedos que penetran por lugares secretos. A ella le gusta que la monten por la mañana, tenerlo alojado en su coño mientras levanta los muslos. Yo le he sostenido los huevos mientras él se la follaba. Esos huevos que se balancean al mismo tiempo que ella gime.

Es ella la que ejerce su dominio sobre mí. El señor Hawley no muestra más que deferencia en presencia de ella, como si recordara lo que hace con las manos, con esos dedos que se posesionan de la piel blanca de su trasero. A la luz de la mañana descubro a menudo la mirada de ella posada sobre mí. Esa mirada de desdén cuando

él la monta y se la folla. Tiene al animal masculino completamente entrenado. Él se monta entre sus muslos, para derramar su esencia, para ofrecerle su tributo.

A veces, por la noche, la señora Hawley habla de su padre, del viejo cementerio de Highgate donde yace enterrado. Visita la tumba una vez al año, en el aniversario de su muerte. Ahora habla de los viajes que hizo. Les gustaba ir de un lado al otro del continente.

—Adorábamos Baden-Baden —dice la señora Hawley.

¿Se regocijaron juntos en su habitación? Me imagino a la señor Hawley y a su padre. ¿Se ruborizaba ella durante una noche ardiente en Baden-Baden?

Mi padre y yo no viajamos mucho, pero sí que viajé con Nigel. Antes, Nigel y yo raras veces nos separábamos. Recuerdo aquel mes en que él viajó a Madrid. Mi prima Gertrude acudió a quedarse conmigo en nuestra casa, en Queensdale Road. Había transcurrido ya bastante tiempo desde nuestros juegos íntimos en Wessex. Gertrude aparentó no recordar nada de todo aquello. Puso los ojos en blanco cuando mencioné a Lynch, el mozo de cuerdas. Pero, por la noche, yo acudía a su cama, y ella aceptaba mis besos. Nigel se divirtió cuando regresó de Madrid. Gertrude permaneció con nosotros durante otro par de semanas.

Una noche, Nigel acudió a la cama de Gertrude, ocupando mi lugar. A la mañana siguiente comentó que Gertrude era lista. Gertrude se enojó y se negó a mirarme a la cara.

En mi habitación hay un espejo largo. Me aprieto contra el cristal. Los labios, los pechos, el vientre, me abrazo a mí misma y caliento el cristal, con el cuerpo recorrido por temblores.

Esta mañana me encontraba de pie ante la ventana de mi habitación, contemplando los jardines de Sussex, los tejados inclinados, las chimeneas. ¿Hay otras ventanas como la mía? Quizá las haya. Quizá haya también rostros entre las sombras de otras habitaciones. A la señora Hawley no le gusta que me asome por las ventanas. Dice que debemos conservar nuestras intimidades. Y me lo dice en susurros, haciéndome sentir su respiración caliente contra la oreja, al tiempo que desciende la mano sobre mi trasero, con los dedos curvados.

Pienso mucho en Nigel. Pienso en nuestra casa, y en cómo he venido a parar aquí, a esta pequeña habitación en los jardines de Sussex. Tengo las medias extendidas sobre el respaldo de una silla, y ese corsé de color azul que tanto gusta a los Hawley. Pienso en lo bien que se lo pasan cuando me acarician el trasero, en cómo me aprietan la carne con los dedos. La señora Hawley tiene unas manos tan exquisitas. Me sostiene la carne con firmeza al tiempo que me la acaricia.

Lo más terrible de todo es no poder seguir disfrutando del provincialismo de mi

casa, de nuestra casa, aunque, en realidad, es la casa de Nigel. Después de todo, Nigel continúa allí. Él está allí y yo estoy aquí. ¿Se divierte? Sí, supongo que sí. Nigel no es hombre capaz de pasar mucho tiempo sin diversiones. Después de varios años de matrimonio, una aprende a conocer a su marido. Seguro que Nigel se lo estará pasando bien, en las habitaciones, en los pasillos, en todos los lugares habituales.

Siempre estoy sola. Incluso en una habitación llena de gente. Y mantengo mi aislamiento. Ése es mi propio reino. Ahí es donde impongo los edictos y doy los permisos propios, segura tras el foso que me separa de los demás. Y no quiero cruzar al otro lado. La señora Hawley dice que estoy muy distante, que parezco siempre muy preocupada. Le gusta pellizcarme los pezones. A menudo, Nigel hacía lo mismo. Ellos querrían que yo bajara el puente levadizo, que cruzara el foso y rompiera mi aislamiento.

Por la tarde, estoy sentada junto a la señora Hawley en un simón. Vamos de visita. —Qué silenciosa estás —dice ella—. Deberías hablar conmigo, Clarissa.

El caballo trota, bajando por Oxford Street, y yo me pregunto si mi vida volverá a ser alguna vez ordinaria. O quizá los aspectos ordinarios de la vida no sean más que ilusiones engañosas. Llegamos a Eaton Square, ante una mansión imponente, con altas ventanas a ambos lados del pórtico.

—Te encantará la señora —dice ella.

La señora de la casa es lady Aldershaw. Sonríe, pero no me estrecha la mano. Hay una expresión de altivez en su porte, en su rostro. Una especie de dignidad imperial. Tiene el busto de una persona noble, mostrando la curvatura de los hombros, el gracioso cuello, los pálidos ojos azules y los pendientes de oro. Hay orgullo en su sonrisa.

—Vayamos al salón, Margaret. Tenemos una nueva pintura de Bronzino.

El vestíbulo es enorme. Parece como si fuera todo un acre lleno de mármol blanco.

Ya en el salón, el sol parece quemar las figurillas, los espejos y las borlas doradas. Es una estancia lo bastante grande como para interpretar música de cámara. Hay divanes, cojines de terciopelo, alfombras turcas.

Lady Aldershaw parece sentirse regocijada con mi presencia. Habla con la señora Hawley, pero no deja de mirarme a mí, con una expresión divertida en los ojos.

Se sirve el té. Yo sostengo la taza sobre una rodilla. Lady Aldershaw tiene la tetera situada junto a su codo. Habla sobre Ascot. Mira a la doncella y le dice que ya puede marcharse.

—Quédate fuera —dice lady Aldershaw. Luego, me mira y dice que tengo un rostro bonito—. Aunque me atrevería a decir que eso ya lo sabe —añade.

Qué imperiosa se muestra. Qué blanca es la piel de su cuello, y qué azules son sus ojos. No digo nada. Me limito a tomar el té a pequeños sorbos. Observo el juego de la luz del sol sobre la manija de una pequeña campanilla de bronce.

Después, lady Aldershaw habla acerca de la falta de disciplina que parece reinar

últimamente entre ciertas jóvenes.

—No me refiero a las clases inferiores —dice—, sino a las hijas de mis amigos. Algunas de esas jóvenes son terribles. ¿O es que quizá me estoy haciendo vieja? ¿Crees que me estoy haciendo vieja, Margaret?

—Ni usted ni yo —replica la señora Hawley.

Lady Aldershaw se echa a reír. Habla de la próxima fiesta que se celebrará en la mansión campestre de los Aldershaw.

—Los amigos de Henry me aburren, y siempre invito a la gente suficiente como para que me resulten menos tóxicos. ¿Querrás venir, Margaret?

—Sí, desde luego.

—Y ahora, permíteme preguntarte acerca de Clarissa. ¿Qué clase de hombre es su marido?

Se ponen a hablar de Nigel. Luego, hablan de mí, como si yo no estuviera presente. De los acuerdos establecidos por Nigel, de mi presencia en la casa de los Hawley, de mi familia. A mí, sin embargo, no me preguntan nada. Es la señora Hawley la que aporta todas las respuestas a las preguntas de lady Aldershaw. Yo me dedico a contemplar un grupo de figurillas. Jóvenes de porcelana pintada, rodeadas de cisnes. Un grupo de amantes en un bosque. Luego, observo un pequeño reloj de oro con una base afiligranada, sobre el que cae la luz del sol. Vuelvo a tomar un sorbo de té. Preferiría estar en cualquier otra parte, pero no estoy en ninguna otra parte. La señora Hawley continúa hablando. Ahora habla de mi corsé azul, de la textura de mi carne. Lady Aldershaw se muestra regocijada.

—¿Y qué dice Arthur de todo esto?

—Él también se pasa su tiempo con ella.

—No esperaré otra cosa. ¿Lo notas aturdido?

—A veces sí.

Lady Aldershaw se echa a reír.

—Eso concuerda, Margaret. ¿Y qué me dices de ti? ¿También te sientes aturdida?

La señora Hawley lo revela todo, cada una de mis sumisiones, la forma inteligente que tengo de comportarme. Casi no puedo escucharla. Siento hasta los latidos de mi corazón, que golpean con fuerza.

—A ella le gusta el placer —dice la señora Hawley.

Lady Aldershaw me mira y sonrío. En sus ojos hay conocimiento, y regocijo.

—Bien, voy a verla ahora —dice finalmente—. Deja que le eche un vistazo.

De modo que ya hemos llegado a eso. La señora Hawley me ordena que me desnude. Al principio, aparento no comprender, y me tiemblan las extremidades. Luego, me niego. Digo que eso es imposible, que no lo permitiré, que no quiero saber nada de eso. Yo misma percibo el ruego que hay en mi voz.

Pero tengo miedo. De repente, este enorme salón parece haberse cerrado sobre mí. La señora Hawley insiste. El tono de su voz es imperioso. Observo la firmeza de sus labios. No está dispuesta a soportar mi desobediencia. Me lo ordena una vez más.

Esta vez, no digo nada, no hago nada. Permanezco sentada, como congelada, rodeando la taza de té con las manos.

—Por lo que veo, se niega —dice lady Aldershaw.

—Ordene que lo hagan —dice la señora Hawley.

Se llama a dos sirvientas y se les dice que me desnuden. Hay una expresión apagada en los ojos de ambas. Me retiran la taza de té. Me obligan a incorporarme. Ahora, la luz del sol ha pasado ya sobre las figurillas, y es el reloj de oro el que parece estar encendido.

Tiemblo al tiempo que trato de mantener mi postura. Siento las manos de las sirvientas, ocupadas en desnudarme. Todas las manos de las sirvientas son iguales. Veo mi propia imagen reflejada en uno de los espejos del salón. Mi rostro, mi cuello y mis hombros. Me quitan el vestido, y después las enaguas. Los pechos quedan al descubierto, ante el espejo, y finalmente quedo desnuda por completo delante de ellas. Observo sus ojos, los ojos de lady Aldershaw y de la señora Hawley; los ojos de las sirvientas. Ojos de mujeres que todavía permanecen vestidas.

Se despide a las sirvientas, que se deslizan fuera del salón y desaparecen, cerrando la puerta. La señora Hawley le dice algo a lady Aldershaw. Yo no quiero ni mirarlas. Me quedo contemplando mi propia imagen reflejada en el espejo. Pero entonces, la señora Hawley me habla. Debo volverme hacia ella, debo afrontarlas, con mis pechos y mi vello al descubierto. Lady Aldershaw parece sentirse muy a gusto.

—Es realmente agradecida. —Vuelvo a mirar hacia el espejo, a la plenitud de mis pechos—. No me gustan a menos que resulte agradable mirarlas —dice lady Aldershaw—. Dile que me muestre el trasero.

Tengo que volver a moverme, hacia adelante, para situarme ante ellas. Luego, me doy la vuelta y me inclino para mostrarles el culo. Es mi acto de sumisión, las redondeces de mi sumisión. Las mujeres murmuran por detrás de mí.

¿Qué posición puede adoptarse en una situación así? ¿Tengo las piernas demasiado separadas? La alfombra turca me hace cosquillas en los pies. Entonces noto una mano. Es la mano de lady Aldershaw. Conozco bien el tacto de la mano de la señora Hawley, por eso lo sé.

Lady Aldershaw se ha levantado por detrás de mí. Hace que me ponga erecta y, todavía detrás de mí, me rodea el pecho derecho con una mano. Me sostiene el pecho y se mueve hacia mi costado derecho, con el peso de la teta descansando sobre su mano, tironeándome del pezón con los dedos. El pezón se endurece entre sus dedos. Ella lo hace rodar, y lo pellizca.

—Tiene las tetas de una campesina. Creo que me va a gustar.

Luego posa la mano izquierda sobre la parte inferior de la espalda y palpa las hinchazones del trasero. Noto la palma de su mano, que se cierra sobre mi carne, apretándome y estrujándome cada nalga.

—No debes moverte para nada —dice.

Sus dedos se deslizan entre mis redondeces, y llegan a la raja, al lugar secreto, por donde se mueven con insistencia. Se echa a reír con suavidad y me produce cosquilleos en el agujero del culo. Al ver que me estremezco ante los cosquilleos, comenta:

—Qué fácil es manejarla.

Sí, qué fácil. Tengo los ojos cerrados. No quiero mirar. Mi cuerpo tiembla entre sus dos manos. Ella se burla, y yo percibo la burla en su voz.

—Es encantadora —dice lady Aldershaw con una sonrisa—. Y todavía está bastante fresca. Es casi perfecta. ¿Eres casi perfecta, Clarissa?

Por toda respuesta, mi cuerpo se estremece. Ella me sostiene con firmeza, con una mano soportando el globo de una teta y la otra apretada sobre el culo. Ahora, me mete el dedo en el ojete, y yo me siento como atrapada entre las dos manos.

—Dime lo que te parece —dice.

—¿El qué?

—Esto —añade moviendo el dedo en mi interior, con insistencia.

—Por favor, no puedo...

—¿Tu esposo? Nigel, se llama Nigel, ¿verdad? ¿Te ha poseído por aquí? ¿Te ha parecido agradable? Casi diría que sí. Estás muy bien constituida para eso. Eres esponjosa, ¿verdad? Déjanos a solas, Margaret. Deja que pase un rato con ella. Estoy segura de que podrás encontrar algún favor a cambio. Dios santo, qué piel tan encantadora tiene. Es toda una pieza.

La señora Hawley se marcha. Yo le observo la espalda cuando ella se aleja, y me quedo a solas, abandonada entre las manos de lady Aldershaw.

—¿Te parece que Margaret es hermosa?

—No lo sé. Sí, creo que sí.

—¿Y yo? —pregunta con una risita—. ¿Me encuentras atractiva, Clarissa?

—Sí —contesto, estremeciéndome entre sus manos.

—Creo que así es.

Me suelta. Se aleja y toma asiento en un cómodo sillón. Se sube la falda del vestido. Yo permanezco de pie, mirando, como transfigurada, mientras ella deja al descubierto las piernas y los muslos. Tiene unos muslos blancos por encima de las medias, con unos pálidos rizos dorados en la juntura de los muslos. Un coñito pequeño del que se ve perfectamente la raja. Al levantar una pierna, lo veo por completo.

—Ven, acércate —dice.

Avanzo hacia ella. Me arrodillo, con la alfombra turca por debajo de mis rodillas desnudas. Ella sostiene una pierna en alto, con la rodilla doblada. Observo la prolongada ondulación del muslo, hasta llegar a su lugar secreto, cubierto apenas por un vello dorado. Y su coño.

El sillón está tapizado de seda a rayas, de colores marrón y crema. Me pregunto de cuántas cosas habrá sido testigo este sillón. Los sonidos de la sumisión en un salón

iluminado por la luz del sol.

Al principio, la olisqueo a lo largo de la parte interior de los muslos, sobre el mármol blanco de la piel, por encima de las medias. Luego, me acerco a su feminidad. A la señora Hawley siempre le divierte la forma que tengo de olisquearla. Ella no comprende nada de eso, pero primero tengo que oler, antes de chupar.

La piel blanca y pálida, los muslos abiertos de lady Aldershaw, que murmura algo. Finalmente, extendiendo la lengua y le doy varios lengüetazos, embebida por su aroma. No lo hago directamente sobre la raja. Evito eso por el momento. Anhele chupársela, pero lo evito. Ella emite un sonido de placer.

—Oh, qué lista eres. Quieres volverme loca, ¿eh? Anda, continúa, querida. Tengo ganas de que me lo chupes.

La beso, aplicando delicadamente los labios contra la pelambarrera dorada y luego sobre su boca, hasta que finalmente le paso la lengua a lo largo de la raja, arriba y abajo, con la boca abierta. Ella emite un suspiro de placer, se relaja, abandonándose a mi lengua y el coño se abre por completo, mostrando sus paredes rosadas, sus pétalos húmedos, con la flor totalmente abierta, anhelando la caricia de mis labios.

Vuelvo a chupárselo, aplicando la lengua sobre la humedad del coño, entreteniéndome sobre el pequeño botón del clítoris. Ella se agita al sentir los lamidos sobre el rosado clítoris. Murmura algo. Mi lengua se mueve con velocidad, lamiéndole la joya de forma continua y firme, mientras ella no deja de gemir. Me agarra de la cabeza y se aprieta el sexo contra mi boca, hasta verter sus efusiones, hasta vaciar su fuente, mientras yo sigo lamiéndola.

Nada es mío. Me siento privada de todo. Me encuentro sola, sentada sobre un diván rojo. Mis enaguas son demasiado delgadas, y siento frío en los brazos. No hay nada delante de mí. Nada en esta habitación.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta el señor Hawley—. ¿Qué le ha parecido lady Aldershaw?

Se acomoda en el alféizar de una ventana, mientras yo estoy de pie delante de él. Tiene la mano metida por debajo de mi vestido, con la palma apretándome el trasero. Yo tiemblo al sentir el tacto de la mano.

—Es muy hermosa.

El señor Hawley se echa a reír.

—Sí, lo es. Te ha poseído, ¿verdad? Las posee a todas. Hasta lo hizo en cierta ocasión con Margaret, ¿te lo imaginas?

No, no puedo imaginármelo, no con la señora Hawley. Esa imagen es imposible. La señora Hawley prestando su homenaje a la fuente.

—No, no me lo imagino —le digo.

—¿Qué fue lo que te hizo?

—Fue más bien lo que yo le hice a ella. Me poseyó dos veces. La segunda fue mucho más completa. Se corrió en mi boca, cuando sus jugos ya estaban más maduros. Dijo que nunca sentía tanto placer con un hombre, que siempre le parecían demasiado apagados.

El señor Hawley me acaricia los muslos. ¿Le gusta el tacto de mi carne? Recuerdo los muslos de lady Aldershaw, de un color blanco lechoso y tan suaves al tacto como el mármol. Y el aroma de su piel. No volvió a tocarme después de la primera vez, cuando me sostuvo una teta y el culo con las manos. Esas manos tan suaves.

Ahora son las manos del señor Hawley las que me tocan, me acarician los muslos, me hace cosquillas en la raja, me mete los dedos por entre los labios. No tengo más remedio que rendirme a esos dedos. Estoy indefensa ante ellos. Se me abre el coño, mi lugar ardiente. A Nigel le encanta tocarme en momentos extraños. ¿Dónde estará Nigel ahora? ¿Estará desordenada la casa?

En ese momento entra una sirvienta trayendo el té. Yo quiero apartarme, pero el señor Hawley se apresura a retenerme, con los dedos todavía dentro del coño. Estoy convencida de que la muchacha se ha dado cuenta. Ella evita mirarme a los ojos. Qué horrible es. Los dedos, la forma en que me toca. Una vez que la sirvienta ha llenado las tazas de té y se vuelve para marcharse, él le dice que se quede.

—Todavía no, Finch.

De modo que ése es su nombre. Ella se sonroja. ¿Qué edad podrá tener? ¿Dieciséis? ¿La ha poseído él alguna vez? Me imagino el instrumento del señor Hawley penetrando en la carne tierna de la joven.

Los dedos se retiran de mi fuente. Luego, hace que me incline sobre el asiento de la ventana y le dice a la sirvienta que me descubra el trasero.

—No lo permitiré —me opongo.

—Claro que sí, Clarissa.

—No con la sirvienta.

—Tienes más orgullo del necesario —dice él echándose a reír—. Adelante, Finch.

Qué horrible es. Las manos de una criada. ¿Habría hecho esto mismo con anterioridad? ¿Descubrir el trasero de otra mujer en esta casa?

Me descubre, me desnuda, deja al descubierto los globos de mis nalgas. El señor Hawley murmura algo. Sus manos vuelven a acariciar mis curvas. ¿Está hablando con la sirvienta? Quisiera morirme. Entonces, oigo la voz de la sirvienta. Es un sonido quejumbroso. Vuelvo la cabeza para mirar y observo al señor Hawley metiéndole mano. Yo dispongo de una de sus manos, y ella de la otra, y parece sentirse embelesada con la actividad de esa mano.

Cierro los ojos para no ver. Siento los fuertes latidos de mi corazón, y sus dedos vuelven a penetrar en mi coño, logrando mi más completa sumisión.

—Tócala —le dice a Finch.

Le ordena a la sirvienta que me toque el trasero al descubierto. La muchacha puede verlo todo. Me siento conquistada.

Percibo el tacto de sus dedos. El señor Hawley ha retirado la mano y los dedos vacilantes de la criada revolotean sobre mi trasero, sobre el coño, por entre los labios. Son dedos temblorosos. Los dedos de una mujer no son en modo alguno como los de un hombre. No hay arrogancia en ellos.

Luego, me hace cosquillas en el ojete del culo, en mi entrada posterior. ¿Le divierte hacerme esto? Yo, en su lugar, no me habría divertido, sino que me habría sentido asustada.

—¿Qué te parece? —le pregunta el señor Hawley a Finch.

—Por favor, señor...

—¿Qué te parece? —insiste.

—¿El qué, señor?

Él emite una ligera risita.

—Ese lugar del que se está ocupando tu dedo. La entrada posterior de la dama.

La muchacha emite un sonido gorgoteante, como si se le hubieran atragantado las palabras. Yo no quiero mirar. Sólo siento el dedo, que me ha penetrado hasta las entrañas.

—Ensánchalo —dice el señor Hawley.

A continuación, habla de follársela furiosamente. Es evidente que ya lo ha hecho en alguna otra ocasión. Probablemente, también le ha dado por el culo. Pienso en su verga hinchada metida entre los globos del trasero de la joven.

—¿Te gusta, Finch? —vuelve a preguntar.

—Por favor, señor...

—Tienes que admitirlo.

—A veces hace daño.

—Eso también te gusta. Es lo que indica la medida de tu servicio. Y ahora, prepara bien a la dama. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Me van a preparar, y lo va a hacer una sirvienta llamada Finch, con sus manos, con su boca. Mi cuerpo tiembla ahora bajo sus besos, bajo el contacto de sus labios.

Luego, me mete los labios entre los globos y siento la humedad de su boca, y la respiración caliente sobre el ojete. Aquella bailarina española me hizo lo mismo. Me sopló su respiración caliente sobre el ojete del culo, hasta que estuve a punto de desvanecerme.

Siento el tacto de su boca, de sus labios recorriéndome la pelambreira. Con qué habilidad maneja los labios y la lengua. Seguramente, ya lo ha hecho en otras ocasiones. Sabe muy bien lo que debe hacer.

—Espléndido —dice el señor Hawley.

La lengua de la criada es como una serpiente inquisitiva, como algo que se retuerce buscando penetrarme, mientras yo gimo ante el serpenteo de ese instrumento húmedo.

Finalmente, el señor Hawley aparta a la sirvienta. Ahora, sitúa la verga delante del agujero del culo, y el arma me produce cosquilleos en la entrada. Presiona sobre mi portal posterior e irrumpe en él, abriéndome del todo con su presión. Su órgano se desliza hacia las profundidades, y él emite un chasquido con la lengua.

—Ahí lo tienes, Clarissa.

Me está dando por el culo, que ahora tengo abierto y lleno, mientras el señor Hawley me embiste hasta que su vientre choca contra mi trasero. ¿Está la sirvienta todavía ahí? ¿Continúa Finch observando la verga que se desliza dentro de mi culo? Qué terrible resulta verse humillada de ese modo ante los ojos de una sirvienta.

—Chúpaselo —dice el señor Hawley.

—¿Qué ha dicho, señor?

—Que le chupes el coño, estúpida.

Hay tensión en su voz. Con su instrumento completamente metido en mi culo, le ordena a la criada que se ocupe de mi parte delantera.

Ella se inclina para cumplir con la tarea. Mete la cabeza por debajo de mi vientre y aplica la boca sobre mi fuente. La abre y deja salir la lengua al tiempo que la verga del hombre se desliza adentro y afuera de mi culo. Me están dando por el culo y me están chupando el coño al mismo tiempo, con los labios de una joven sirvienta sobre mi clítoris.

—Eso es —dice el señor Hawley—. Así está bien, Clarissa. Tienes un culo espléndido. Y también te gusta que te den por el culo. Puedes intentar ocultarlo todo lo que quieras, pero te gusta que te la metan por detrás, ¿verdad? Te gusta hacer de todo. Te ha gustado hacérselo a lady Aldershaw. Apostaría a que ella te va a mantener muy ocupada próximamente. ¿Te excita esa idea? ¡Dios santo, cómo me la aprietas!

Me siento conquistada, perdida. Se corre dentro de mis intestinos y yo gimo al notar su chorro, la humedad, la lengua de la sirvienta. Tengo el rostro apoyado sobre el asiento de la ventana, con los ojos en blanco, y gimo al mismo tiempo que los ojos me ruedan en las órbitas.

ME encontraba de viaje en un tren con destino a Londres, en compañía de mi padre. Ocupábamos un compartimiento privado, y estábamos sentados el uno frente al otro, cerca de la ventanilla. De vez en cuando, mi padre me dirigía una sonrisa.

Sostenía un periódico entre las manos, pero en los momentos más inesperados bajaba el periódico y me sonreía. Después, cuando volvía a levantar el periódico, yo miraba de nuevo por la ventanilla. El tren traqueteaba con suavidad, y las ruedas daban pequeños golpes secos bajo nosotros.

Me agradaba la sensación de hallarme a solas con mi padre. Parecía un hombre tan distinguido. Su porte militar siempre resultaba evidente para los demás.

Ante su presencia, una siempre tenía la impresión de que el mundo se hallaba perfectamente ordenado, de que no podía ocurrir nada que no hubiera sido previsto. A veces, mi madre regañaba a mi padre por su insistencia en el cumplimiento de los horarios y los planes. Él iniciaba cada día con un programa, y lo terminaba con la formulación de un nuevo programa para el día siguiente.

Una vez más, bajó el periódico y me miró. Me preguntó si me sentía cómoda, si disfrutaba del paisaje, de aquellos amplios campos que se extendían ante nosotros. Los prados ante los que pasábamos parecían infinitos. Le dije que el paisaje parecía un tanto monótono.

Comenté que, en mi opinión, resultaba extraño que Inglaterra fuera una isla. Mi padre asintió con un gesto y afirmó que se trataba de la isla más importante de todo el mundo. Una isla destinada a gobernar y regir a los demás. Añadió que algún día yo viajaría al extranjero.

—Cuando uno se encuentra en el extranjero, lo más importante de todo consiste en no olvidar nunca cuáles son sus verdaderos orígenes.

Luego, volvió a levantar el periódico y yo me dediqué a contemplar de nuevo el paisaje que pasaba ante la ventanilla.

Llevaba un traje chaqueta, unos guantes de cabritilla y un sombrero de terciopelo negro. Pensé en nuestra casa, en Stock bridge. ¿Estaría mamá divirtiéndose con Lynch, el mozo de cuerdas? ¿O quizá sentía envidia de este viaje que yo había emprendido con mi padre? Por un momento, pensé que me gustaría darle envidia.

Entonces, mi padre volvió a bajar el periódico, aunque esta vez lo plegó y lo dejó a un lado, sobre el asiento.

—Anda, ven y siéntate a mi lado —dijo—. Contemplaremos juntos cómo van pasando las granjas.

Me incorporé y me senté a su lado. Ahora, los dos estábamos situados de espaldas a la marcha del tren, observando el paisaje que se alejaba, en silencio. Al cabo de un rato, mi padre me tomó de la mano, la sostuvo durante un momento y luego me la llevó hacia su regazo.

Le toqué. Las puntas de los dedos tocaron sus pantalones, palpando vacilantes hasta encontrar el órgano allí atrapado. Por encima de la tela, con suavidad, presioné la mano sobre la hinchazón que ya se le notaba, su parte más rígida, su instrumento paternal.

—Sí —me dijo.

Le desabroché los botones y al cabo de un momento ya sostenía en la mano su gruesa verga, sin tocarle ninguna otra parte de su carne. La corona de la polla mostraba un rojo brillante de impaciencia.

Me preguntó si me gustaba su órgano, y le contesté que sí.

—Me gusta verlo bien tieso —le dije.

Tieso y duro, con la carne palpitando bajo mi contacto. Le acaricié el mástil y le pasé los dedos alrededor, mientras el tren seguía su marcha, las granjas se iban perdiendo en la distancia, y las ruedas continuaban produciendo pequeños ruidos secos bajo nosotros.

Entonces, mi padre me tocó la barbilla.

—Tienes que metértelo en la boca —me dijo—. Debes aprender a chuparla.

Nunca lo había hecho hasta entonces, con nadie. Pero deseaba hacerlo. Deseaba meterme el bulto entre los labios, probar el sabor de su semen. Gertrude ya me había hablado de lo agradable que era sentir un tallo de carne caliente sobre la lengua. Pero me sentía vacilar. Al darse cuenta de mis vacilaciones, papá me miró y asintió.

—Tienes que hacerlo —dijo.

Incliné la cabeza y absorbí su órgano, metiéndome su cálida parte masculina en la boca. Sentí el calor de su carne y la suavidad del champiñón entre mis labios.

Mi padre murmuró algo incoherente mientras yo seguía chupándosela. Intenté que mis labios actuaran siguiendo el mismo ritmo del tren en movimiento. Luego, un gemido de placer se escapó de su garganta. Se corría. Fue una efusión abundante, que yo absorbí con avidez. Su esencia paternal se derramó sobre mi lengua.

Una vez que llegamos a Londres, nos alojamos en el Savoy. Mi padre y yo ocupamos habitaciones conectadas. La sirvienta que habíamos traído con nosotros se sintió bastante asustada por el ajetreo del hotel y tuve que reprenderla, lo que no dejó de regocijar a mi padre.

—No debes asustar a la pobre criatura.

Por la noche, nos vestimos para bajar a cenar. Papá dijo que llegaría alguien que cenaría con nosotros.

—Se llama Nigel Denbigh. Estoy seguro de que te parecerá un hombre interesante.

Tal y como había dicho, el señor Denbigh se nos unió para cenar. Era un hombre joven y esbelto que habló mucho de la vida que llevaba en Londres, de los clubes a los que pertenecía, las cenas a las que asistía en casas elegantes. Me pareció que tenía un rostro agradable. El hombre parecía sentirse muy satisfecho consigo mismo, como

si estuviera lleno de satisfacciones secretas.

El señor Denbigh me miró con frecuencia. Observó mi rostro, mis brazos y me hizo ser muy consciente de la plenitud de mis pechos. Por un momento, pensé que mis pechos eran demasiado prominentes, que mi escote era excesivamente atrevido. No había esperado que el señor Denbigh fuera mucho más joven que mi padre.

—Tienes que llamarme Nigel —dijo el señor Denbigh, envolviéndome con una sonrisa y volviendo a posar su mirada sobre mis pechos.

Mi padre y Nigel discutieron de política mientras comían el pescado. Hablaron sobre las noticias procedentes de Vladivostok y Marruecos, sobre el estruendo de los molinos de Manchester. A continuación, el tema de conversación se centró en las mujeres, y sobre todo en las chicas de París y Roma. Mi padre aseguró que prefería a las mujeres con temperamento septentrional, añadiendo que, en su opinión, llevaban las cosas con mayor civilidad. Aseguró haber conocido a varias mujeres meridionales y que siempre le habían parecido hallarse al borde de una u otra crisis de nervios.

—Es algo perturbador —dijo mi padre—. Pero, en cualquier caso, este pescado está bueno, ¿verdad? Nunca había probado uno tan bueno.

Los dos hombres se mostraron de acuerdo en que las jóvenes inglesas eran elegantes, bien educadas y formadas.

—Sustanciales a la larga —dijo mi padre—. Y me atrevería a decir que eso es todo lo que cuenta.

Nigel parecía aprobar mi aspecto. Me sonreía cada vez que se encontraban nuestras miradas. Yo no dije nada, permanecí en silencio y me limité a comer el pescado. Me pareció bueno. Desde luego, era bastante mejor que el que comíamos a menudo en Stockbridge.

—¿Tiene ella alguna diversión? —preguntó Nigel.

Tardé un momento en darme cuenta de que la pregunta se refería a mí. Mi padre pareció perplejo.

—¿Diversiones?

—¿Qué es lo que hace en casa? ¿A qué se dedica Clarissa en su tiempo libre?

Los dos hombres se volvieron a mirarme. Yo dije que no hacía nada que pudiera considerarse como excitante. Añadí que me gustaban los caballos, y hablé de montar caballos en los establos de mi padre.

—Eso está muy bien —asintió Nigel—. Una mujer debe saber cómo montar a caballo.

Una vez hubo terminado la cena, Nigel nos acompañó. Tomaría una copa de vino con nosotros, en nuestras habitaciones. Yo me colgué del brazo de mi padre cuando abandonamos el comedor.

Ya en nuestras habitaciones, papá llamó a un mozo para que encendiera la chimenea. Me pareció que hacía demasiado calor para encenderla, pero no dije nada. Me limité a tomar el vino a pequeños sorbos, en silencio.

Mi padre se puso a hablar de Wessex y Nigel comentó que conocía un buen club

en Dorchester, del que citó el nombre. Como mi padre también lo conocía, estuvieron hablando de eso durante un buen rato. Luego, Nigel se volvió a mirarme y preguntó si me importaría que fumaran. Me ruboricé. Me pareció muy galante por su parte que lo hubiera preguntado. Le contesté que no me importaría en absoluto. Estaba sentada a cierta distancia del fuego de la chimenea, y observé a los dos hombres, que encendieron sendos puros.

Nigel parecía más experto, más mundano que mi propio padre, como si se sintiera más seguro de sus propias actitudes. Hablaba con mucho mayor aplomo. En esos momentos, me pareció un hombre distinguido. Sus ropas no hacían sino añadir sustancia a su aspecto general, ya que su corte era casi perfecto y a la última moda.

Entonces, mi padre se levantó y se me acercó. Se sentó a mi lado y me habló tranquilamente, en voz baja. Dijo que ahora debía retirarme a mi habitación y desnudarme, y que dejara abierta la puerta que conectaba las dos habitaciones.

—Permanece a la vista —añadió.

En ese momento, sentí el calor del fuego sobre mi rostro. No dije nada y, por un momento, estuve contemplando las llamas de la chimenea. Luego, pregunté si los dos verían cómo me desnudaba. Mi padre asintió y dijo que así sería.

—Debes permanecer a la vista —insistió.

Me pregunté qué hora sería. ¿Eran ya más de las diez? Entonces, me regañé mentalmente. No tenía el menor motivo para preocuparme por la hora. El tiempo no importaba cuando una se encontraba en una habitación caliente. En una habitación como ésta, el tiempo no era más que algo tímido.

Nigel no dejaba de mirarme. Me volví. No deseaba encontrarme con su mirada. Papá dijo que llamaría a la doncella.

—Ella te ayudará —dijo—. Y ahora vete, Clarissa. La doncella acudirá dentro de poco.

Le obedecí. Me levanté y abandoné su habitación, entrando en la mía a través de la puerta que las conectaba, y que dejé abierta, tal y como me había dicho. Ni siquiera la miré, pero sé que la dejé abierta. Me encontré en mi propia habitación, sabiendo que mi padre y Nigel se hallaban en la otra, sin dejar de mirarme. Casi podía sentir sus ojos sobre mi cuerpo.

Al cabo de un rato acudió la doncella, la muchacha a la que habíamos traído desde Stockbridge. Me ayudó a desvestirme. Sus dedos actuaron sobre los botones y las hebillas de mi vestido, que terminó por quitar. De vez en cuando, dirigía miradas a hurtadillas hacia la habitación contigua, a través de la puerta abierta. Vio a mi padre y a Nigel, pero no dijo nada.

Luego, oí el sonido de una conversación. Mi padre y Nigel hablaban. Sus voces no llegaban hasta mí con claridad y no pude comprender lo que decían. La sirvienta también habló. Murmuró sus palabras formales mientras me desnudaba.

Olí el humo del tabaco, de los puros. Papá y Nigel seguían fumando. Yo no quería mirar en su dirección, aunque me los imaginaba en la otra habitación, sosteniendo los

puros mientras me observaban. Volví a oírles hablar, con voces apagadas. Mi padre dijo algo, y Nigel se echó a reír. La doncella tironeó del vestido y lo recogió en cuanto cayó a mis pies.

Una vez que me lo hubo quitado, despedí a la sirvienta. Ella pareció no saber qué hacer. Yo todavía llevaba puestas las enaguas, los zapatos y las medias.

—Ya es suficiente —le dije—. Regresa a tu habitación.

Me miró con ojos de ternera asustada. Luego, se volvió y abandonó la habitación.

Cerró la puerta tras ella y me quedé a solas, de pie, cerca de la cama, a la vista de los dos hombres que estaban en la otra habitación, y bien calentada por el fuego que también habían encendido en la mía. Permanecí de ese modo, inmóvil, sin hacer el menor movimiento. ¿Acaso tenía miedo de moverme? Desplacé una mano a lo largo de un muslo, sólo para demostrarme que era capaz de moverme.

No miré hacia ellos en el momento de quitarme las enaguas. Sentí el calor del fuego sobre la piel, los hombros, los pechos y el vientre. Me quité las medias, que sujetaba con ligas de color rosado, cada una de ellas con un pequeño lazo. Luego, medio me giré hacia la puerta abierta. Mostré las curvas de mi carne, las caderas y los muslos. A continuación, me giré de nuevo para mostrarles el trasero. Papá decía que le encantaba mi trasero. Lo decía desde aquella primera vez que lo había probado. Me pregunté si Nigel pensaría lo mismo. ¿Era cierto que le parecía bonita?

Oí el descorchar de una botella. Los hombres volvían a beber. Entonces oí sus voces con claridad.

—Está bien configurada —dijo Nigel.

Mi padre emitió una risita de asentimiento. Me giré de nuevo a medias, para mostrar las tetas de perfil, el vientre, la pelambreira del coño. Mi padre me había comentado que le gustaban mucho los matorrales espesos. Me pregunté si Nigel pensaría lo mismo al respecto.

Ahora, sus voces no me llegaban con claridad. Giré la cabeza y miré hacia la puerta de conexión, pero no vi nada. La habitación de mi padre estaba vacía. Se habían marchado.

Sentí de nuevo el calor del fuego sobre la piel, sobre las curvas de mi cuerpo.

Me cubrí los pechos, sosteniéndolos en las manos, pellizcándome los pezones entre los dedos. Me di media vuelta. No quería seguir mirando hacia la puerta abierta. No hubiera querido permitir que me miraran. Actuaría como si la puerta estuviera cerrada. Me acerqué al fuego sosteniéndome los pechos con las manos y disfruté del calor sobre la piel.

Entonces apareció mi padre. Nigel se había marchado y mi padre acudió a mi habitación para hablar.

Hablamos de nuestros planes en Londres, de los lugares que podríamos visitar. Dijo que hablaría con un amigo del Parlamento y que podríamos visitarlo. Tomaríamos té con fresas en la terraza del Parlamento que da al río.

Me tocó. Me puso la mano sobre el brazo. Luego, sus dedos avanzaron hacia los

pechos y la mano se cerró sobre uno de ellos. Los dedos acariciaron el pezón y lo estrujaron con suavidad.

—Dime lo que piensas de Nigel.

Le dije que me parecía un hombre agradable, que me había producido la impresión de ser bastante capaz de hacer cosas. Mi padre asintió.

—La buena crianza es algo glorioso. Se trata de algo sutil, pero sólido y que lo impregna todo.

—¿He sido yo bien criada?

Se echó a reír ante la pregunta. Sin decir nada, se situó detrás de mí y me sostuvo los pechos con las manos, apretándose contra mi trasero.

—Sí —contestó al fin—, yo diría que sí.

Se trataba de un juego, un juego al que habíamos jugado desde hacía algún tiempo. Su vientre apretado contra mi trasero. Notaba el bulto de su aparato entre las nalgas. Me froté el culo contra él, balanceándome de un lado a otro sobre su parte más masculina.

—Creo que has bebido demasiado —le dije.

Pero él quería hablar de Nigel Denbigh. Dijo que Nigel era un abogado importante.

—Un hombre de posición —afirmó y añadió que sería un excelente esposo para mí, y que debía considerar esa idea—. Le has parecido bonita —dijo y tras un momento de silencio añadió que Nigel era un hombre digno de admiración—. Quiere tenerte por esposa, y creo que eso sería lo mejor. Sí, sin lugar a dudas, creo que es una idea excelente. Tienes que casarte con el señor Denbigh.

Los leños del fuego crepitaron. Mi padre se apretó con mayor firmeza contra mi trasero y sus dedos se apoderaron de mis pezones.

—¿De veras, padre?

—Sí, cariño. Será un esposo excelente.

Dijo que yo debía disponer de una casa decente en Londres, que mi futuro quedaría asegurado de ese modo, y que en el futuro me sentiría agradecida por haber aceptado.

Al principio, yo me sentí dubitativa. Se trataba de una idea tan novedosa. Nigel y yo apenas habíamos hablado. Al mencionárselo, mi padre se echó a reír. Dijo que ya habría tiempo más que suficiente para eso. Desde luego, ambos dispondríamos de mucho tiempo. Insistió en que aceptara su idea. Y, al hacerlo, apretó aún más su herramienta contra mi culo.

¿Era un deber que yo debía cumplir? ¿Tenía que casarme forzosamente con Nigel Denbigh? Mi padre me contestó que sí, que tenía ese deber que cumplir, conmigo misma y con mi familia. Añadió que sería una tontería por mi parte el negarme a ello.

—Tienes que estar de acuerdo —dijo.

Y, finalmente, estuve de acuerdo. Y al decirlo apreté y froté el culo contra su verga, respondiendo a su propia presión y aceptando casarme con Nigel Denbigh.

Mi padre quedó complacido. A la mañana siguiente, le envió una carta a Nigel. Esa misma noche volveríamos a cenar juntos. En esta ocasión acudimos a un lugar alegre en Mayfair. Papá pidió champaña y brindamos por el próximo compromiso. Yo me sentí como una mujer madura, aunque me ruboricé cuando mi padre se dedicó a alabar mis encantos ante Nigel.

—Es una joven maravillosa —dijo.

Como era habitual en él, Nigel pareció sentirse muy complacido con la situación, y me miró con ojos de expresión amable. A mí me lo parecieron así.

Tal y como habíamos hecho la noche anterior, regresamos a nuestras habitaciones después de cenar. Papá y Nigel continuaron bebiendo. Se dedicaron a hablar de criquet, un tema que a mí me aburría y por el que no sentía el menor interés. De los chicos que jugaban al criquet, de las chicas que jugaban al criquet. Yo nunca había sido buena jugadora.

Papá me llamó a su lado y me deslizó un brazo alrededor de la cintura. Me besó en la mejilla y le dijo a Nigel que yo era una buena amazona sobre un caballo. A continuación, murmuró algo relativo a la obediencia. Yo aparenté no haber oído sus palabras y permanecí inmóvil, mientras papá seguía acariciándome, con una mano sobre mis hombros. Luego, dejó a un lado la copa de vino que estaba tomando y empleó las dos manos para cubrir mis pechos, mientras Nigel observaba.

—Oh, sí —asintió Nigel—. Es una mujer encantadora.

Yo no miré a Nigel, sino que aparté la mirada, mientras mi padre me sostenía las tetas con las manos y me las levantaba para inspeccionarlas.

Luego, me soltó. Se apartó, se levantó y se acomodó en un diván, diciéndome que acudiera a su lado.

—Nigel nos verá —dijo al tiempo que abría las piernas y me llamaba.

Acudí a su lado. Me había dejado las tetas al descubierto, por encima del escote. Mis ojos evitaron la mirada de Nigel. Me acerqué a mi padre y me arrodillé delante de sus piernas abiertas. Ahora, su parte masculina había quedado al descubierto, enhiesta.

Le chupé el glande. Ni siquiera pensé en la presencia de Nigel, Me llené la boca con la carne de mi padre.

Las rodillas frotaban sobre la alfombra. Recordé el tren, la verga de mi padre entre mis labios, el suave traqueteo del tren mientras yo se la chupaba a su mismo ritmo.

Ahora, no me di ninguna prisa. Se la chupé relamiéndome. Mi boca se abalanzaba sobre la verga y se retiraba, para volver a caer sobre ella. En silencio, sin hacer el menor ruido. Se la chupaba sin producir ningún sonido. Sentía como si aquella verga paternal me alimentara. Sostenía su grueso tallo entre los labios, que descendían sobre él y luego se elevaban, en el más completo silencio. Luego, finalmente, se oyó un ruido. El ruido de mi chupeteo húmedo. Sólo ese ruido húmedo perturbando el

silencio que reinaba en la habitación.

Me balanceé con suavidad, apoyada en la alfombra, sobre las rodillas. Mi boca se llenaba con el tallo duro de mi padre.

Nigel volvía a fumar. Percibí el olor del humo de tabaco, de su puro habano.

La habitación pareció oscurecerse. ¿Estábamos todavía en la misma habitación? Yo no podía pensar en otra cosa que no fuera en el pene que me metía en la boca, y que chupaba con deleite.

Entonces, mi padre me tomó por la cabeza y la apartó de su verga, haciendo que me detuviera. Dijo que tenía que desnudarme, y que él mismo me ayudaría a hacerlo.

—Representaré el papel de la doncella —añadió.

Me estremecí al contacto de las manos de mi padre. El vestido cayó a mis pies, y luego las enaguas. Mi padre sonrió al contemplar mis bonitas medias azules. Le dijo algo a Nigel, pero el sonido de su voz fue tan vago que no comprendí nada de lo que dijo. Los dedos de mi padre me hicieron cosquillas, me apretaron las tetas, y luego el culo.

—Sobre la cama —se limitó a decir.

Él mismo me llevó hasta la cama, mientras Nigel seguía observándonos. Hizo que me inclinara y que levantara el culo, y su gruesa verga penetró por mi entrada posterior.

Ellos hablaban, pero yo no comprendía sus palabras, apenas si las oía. Eran como voces apagadas. La colcha de la cama olía a polvo. Dirigí la mirada hacia la pared y la fijé en los retorcidos candelabros.

Mi padre se movía sin prisas, con la verga metida en mi culo, deslizándose hasta lo más profundo de mis entrañas, mientras Nigel observaba cómo me daba por el culo.

Entonces, oí voces procedentes del otro lado de las ventanas, las voces de la gente que pasaba por la calle.

Ahora, mi padre me penetró con movimientos más vigorosos. Su fuerza me presionaba dentro de la entrada posterior. Las manos me sostenían con firmeza por las caderas.

Sentí entonces como si algo me hirviera en el sexo. Los huevos de mi padre chocaban sonoramente contra mis nalgas. Finalmente, emitió un gemido y se estremeció, lleno de placer. Nigel murmuró algo que no pude comprender.

Yo no me moví. Me incliné aún más sobre la cama y escuché las voces procedentes del exterior.

LA señora Hawley se ocupa de atenderme.

—Tu lengua —dice—. En la misma punta de la lengua.

Dice que necesito recibir ciertas explicaciones, que no debo contentarme con simples suposiciones. Y mientras lo dice vuelve a asumir su pose anterior, desnuda sobre el diván, con los muslos muy abiertos. Unos muslos blancos muy abiertos, como las alas de un pájaro, mostrándome todo el coño, el abundante matorral de sus rizos oscuros, los labios de un rojo oscuro, casi purpúreo, el clítoris tan fuerte que tiene.

Debo tocárselo con la lengua, sólo con la lengua, apenas con la punta, sin tocar nada más, metiendo la cabeza entre los muslos abiertos, rodeada por la piel lechosa de esos muslos, aplicando la punta de la lengua sobre su clítoris.

No tengo remedio. En los pasillos, evito las miradas de la servidumbre. Cada día espero mi nuevo encuentro, ya sea con el señor Hawley o con la señora Hawley.

Creo que prefiero a Margaret. Es mucho más decidida. Hay verdadero fuego en sus ojos, como si estuvieran a punto de encenderse.

Disfrutamos de nuestros meneos apasionados, de nuestros estremecimientos en habitaciones lujosas y silenciosas. Siento el toque de las puntas de sus dedos en los lugares más secretos. Ella disfruta haciendo que me corra. Dice que, cuando eso sucede, parezco beatificada.

—Como si estuvieras en el cielo —añade.

Aprieta su boca sobre la mía, labios contra labios, y la dulzura está llena de humedad.

De vez en cuando, quiere que se la folie un macho, y entonces llama al señor Hawley, con una expresión salvaje en sus ojos, como un atisbo de sueños desenfrenados.

El señor Hawley muestra el ardor en su rostro. Su polla saluda obediente, bajo la mirada atenta de ella. Yo les observo, mientras la señora Hawley la toma, metiéndosela hasta la garganta, absorbiendo en la boca todo el aparato, que convierte por un momento en su único destino, como la esposa victoriosa que recoge los restos, produciendo un sonoro y tórrido chupeteo de su verga rosada.

Mientras tanto, yo le acaricio los huevos, que palpitan, y los labios abiertos del coño de ella. Observo la magia de ver cómo se abren y se dilatan. Qué irresistibles me parecen, de qué forma tan lograda se apodera ella de él.

Le sostengo los huevos con ambas manos, él gime, y ella recibe su chorro mientras yo le aprieto las pelotas y ella le aprieta los labios sobre la verga, para absorber en la boca hasta la última gota de su semen.

Después, ella lo despide, como si fuera un intruso. Me sonrío y me ofrece su boca,

que chupo con fruición, llenándome los labios con la efusión de semen del señor Hawley.

Hay verdaderos portentos en esta habitación, en este gran salón: las amarillentas luces eléctricas de los apliques situados a lo largo de las paredes de color crema. Los amigos de lady Aldershaw. Todas las mujeres aparecen suntuosamente ataviadas, y los hombres van vestidos de esmoquin. Sus rostros aparecen rubicundos, con los labios curvados por debajo de los poblados bigotes. Los ojos me miran. Siempre los ojos. Tanto los hombres como las mujeres.

Son miradas interrogantes, expectantes, burlonas en su intimidad inquisitiva. Quisieran poseer mis secretos. Quisieran desvelarme por completo, aquí mismo, donde estoy, de pie junto a la señor Hawley, mi guardiana. Ella es mi guardiana, y no el señor Hawley. Es Margaret quien lo gobierna todo. Su voz suena acariciadora junto a mi oreja.

—¿No te sientes encantada? —me susurra—. Todo el mundo parece adorarte.

Tiemblo ligeramente. Esas miradas que me dirigen no son de adoración. No hay ninguna adoración en esos ojos.

¿Se trata de una fiesta? Sí, es una fiesta. Pero también hay algo más. Los invitados parecen estar seguros de las cosas, mientras que yo no me siento segura de nada.

Alguien habla de Venecia, de Malamocco y Torcello, de una cena en la gran laguna.

—Demasiado exquisito para los italianos.

Lady Aldershaw se echa a reír y su mirada se posa sobre mí. Yo recuerdo la piel blanca de sus muslos.

Un hombre de aspecto gordinflón habla de Ascot. Tiene una voz ronca y profunda. Las cabezas se vuelven hacia él, para oír hablar de Ascot. La mujer que está a su lado sonrío. Tiene un rostro pálido y una gran pechuga. Alguien le susurra algo junto a la oreja. Ella se sonroja y sonrío. Toca al hombre gordinflón, se aprieta contra él, dirige los dedos hacia su parte delantera, hacia su ojo de buey.

—Bueno, adelante entonces —dice alguien.

La mujer vuelve a ruborizarse, y su cuerpo se estremece. De repente, se agacha, se sitúa de rodillas delante del hombre gordinflón, que sigue hablando de Ascot, imperturbable, y le desabrocha los botones de la bragueta. Él se toca el bigote y la bragueta queda abierta. La dama introduce los dedos por la abertura para extraer los colgantes, su parte masculina, tomando la carne rosada entre los dedos.

La señora Hawley me da un ligero codazo, me pasa un brazo por la cintura y me susurra junto a la oreja:

—¿Verdad que es agradable?

—Yo no les conozco.

—Pues deberías saber quiénes son, querida. Se trata de lord Belfield y de su lady Nina.

El nombre de Nina resulta engañoso. No se trata de un diminutivo, y mucho menos con esos pechos plétóricos. Ahora, ella le ha extraído sus partes y le rodea la carne con los dedos, dejando adivinar sus intenciones.

—Adelante —dice alguien.

—Parece que él está un poco frío.

Dispuesto para que lady Nina lo caliente. Ella adelanta el rostro, la boca. Le chupa el glande, se coloca el colgajo entre los labios abiertos. Él emite un chasquido con la lengua y le toca la barbilla, le acaricia los rizos de las sienes.

—Buena chica —le dice.

Se oye un murmullo entre los presentes. A mí me gustaría tomar más champaña. Observo el chupeteo, mientras la señora Hawley me acaricia el trasero, sin dejar de contemplar lo que hace lady Nina, la constante devoción de su boca. Los demás emiten risitas contenidas y de vez en cuando se oye una risa más fuerte. Todos beben champaña.

Ahora, parecen apretarse más unos contra otros. La señora Hawley se aprieta contra mi culo. A nuestro lado, un hombre alto se aprieta contra la mujer que está situada delante, refregándose contra ella, colocando las manos sobre el corpiño, buscándole las tetas, que deja al descubierto por encima del vestido, llenándose con ellas cada mano, cubriendo la carne blanca. Ella emite una risita y se arrebujá en los brazos del hombre, que sigue llenándose las manos con sus tetas.

Todos ellos se conocen entre sí, y también esta habitación. Sí, todos ellos la conocen muy bien. Aparecen expresiones lánguidas en sus ojos, mientras los labios de lady Nina siguen deslizándose sobre la verga, observados por los demás.

Meneo el trasero contra la mano de la señora Hawley, sobre sus dedos cosquilleantes. El hombre que está a mi lado le murmura algo al oído de su dama. Los dedos le pellizcan los pezones. Lord Belfield emite un sonido. Su polla se ha puesto tiesa y gorda. Es una polla gruesa que se hincha aún más entre los labios de lady Nina, que introduce los dedos en la bragueta para apoderarse de sus huevos, estrujándolos con suavidad, al tiempo que balancea las caderas, metiéndose y sacándose la polla de la boca.

—Adelante, George —dice alguien.

Hay gestos de asentimiento entre los presentes. Se producen meneos y apretones, y se desabrochan los botones. Caen al suelo las chaquetas y los vestidos. La gente se va desnudando con languidez. Ahora, todas las tetas están al descubierto, y los vestidos cuelgan a los pies. Las manos de la señora Hawley han dejado mis propios pechos al descubierto. Cerca de nosotras, una mujer de cabello oscuro se ocupa de dos hombres al mismo tiempo, cada uno de los cuales le chupa un pezón. Dos hombres dedicados a chuparle las pequeñas tetas, con las manos metidas por debajo del vestido que todavía no se ha quitado, levantándose, mostrando los muslos,

metiéndose entre ellos, introduciendo los dedos en sus intimidades. La mujer boquea, con los labios abiertos, mostrando los dientes blancos.

Sí, a mí también me gustaría eso. Siento envidia. Me gustaría tener a dos hombres a mi disposición, sus bocas y sus dedos, sus estremecimientos.

Lord Belfield está gimiendo y tiene las mandíbulas abiertas.

—¡Oh, querida, sí!

Su polla es enorme. Gruesa en su protuberancia desde el rostro de lady Nina, que la rodea con los labios, con la boca absorbente que la chupa. Ahora, él apoya las manos sobre la cabeza de ella, metiéndosela más adentro.

—¡Dios santo!

Se balancea hacia adelante y atrás, empujando luego hasta el fondo. Las mejillas de lady Nina se hinchan y emite un sonido gorgoteante procedente de la garganta, hasta donde se ha deslizado el órgano.

Después, una pareja se acerca a ellos, un hombre y una mujer. El hombre le levanta las tetas a lady Nina, tras sacárselas del vestido. La mujer se inclina para chuparle un pezón, mientras sus dedos se apoderan de la carne blanca del pecho de lady Nina, que gime sobre la verga que le llena la boca por completo. La mujer le mete la mano por debajo del vestido, entre los muslos, mientras lady Nina sigue chupando con fruición la hinchada verga. Lord Belfield vuelve a gemir.

—¡Oh, santo Dios! —exclama moviendo las caderas.

Se corre. El espasmo final conmociona toda su estructura, la polla hinchada, y arroja todo su semen caliente en la boca de lady Nina, que se traga el licor sin dejar de chupar, agarrándole los huevos con las manos, ordeñándolo, extrayéndole la desesperada leche. El hombre vuelve a gemir y experimenta un estremecimiento final.

¿Cómo voy a saber yo lo que quieren decir? Me encuentro tumbada sobre esta mesa. Me han quitado todas las ropas, en esta habitación cubierta con un papel marrón, entre estas paredes decoradas con fotografías manchadas, con todos esos rostros sin sangre aprisionados en los viejos marcos. Ahora se abren las puertas y giro la cabeza para mirar. Veo al señor y a la señora Hawley, a lady Aldershaw, a lord y a lady Belfield, y a un caballero desconocido.

Se acercan a la mesa. Me rodean. Todas las miradas observan mi completa desnudez.

—Qué bonita es —dice lady Aldershaw—. ¿Verdad que eres bonita, Clarissa? Dulce y pequeña Clarissa.

—Ya no soy una niña —protestó.

Lady Aldershaw se echa a reír.

—Desde luego que no lo eres. En absoluto.

—Pues claro que no —confirma lady Nina.

Lord Belfield emite un sonido. Me toca un muslo. La mano avanza a lo largo del muslo, hasta la cadera. Tiene unos dedos gruesos, que se detienen sobre el vientre. Luego, continúan subiendo, hasta las tetas. Los dedos me rodean el contorno de los pechos antes de apoderarse de ellos, de los pezones. Las gruesas puntas de los dedos. Mueve los labios por debajo del bigote; son unos labios rosados. Tiene los ojos pesados y le brilla la frente.

—Desde luego, está muy bien formada —admite.

Lady Aldershaw emite una risita.

—Querido George, ¿acaso no te lo había dicho?

—Sí, en efecto, así me lo dijiste.

Lady Aldershaw me dirige una sonrisa, y me indica con un gesto al hombre a quien no conozco. Un hombre delgado, cargado de espaldas, que tiene la mirada fija en mi cuerpo. Me dicen que es Bertram Allonby, el conde de Greyswood. Lady Aldershaw asiente con un gesto.

—Pensé que podrías entretenerle.

¿Entretenerle? ¿Cómo? Evito los ojos del conde, esos vacíos ojos azules. Me revuelvo sobre la mesa. No estoy atada. Pero sí, me siento atada por compromisos secretos. ¿Conocen ellos cuáles son mis compromisos? Qué ridículo me parece hallarme rodeada de todas estas personas que retiran los labios, mostrando sus dientes de marfil, con los ojos transfigurados, sin dejar de observar mi desnudez, los muslos, el vientre, las tetas. El conde de Greyswood tiene una nariz afilada. Se inclina sobre mí y me inspecciona detenidamente, con sus ojos azules. Lleva una corbata blanca y tiene los labios muy finos. Unos labios delgados y apretados en un rostro huesudo.

—Levanta las piernas.

La voz pertenece a la señora Hawley. Me obligan a levantar las rodillas para ser inspeccionada, para poder observar mejor mis intimidades. Escucho murmullos. Las miradas se fijan en mi sexo, en mi rosa, en mi plenitud. Luego, los dedos empiezan a tocar. Primero en los labios, en el clítoris, luego en la raja, cosquilleantes, penetrándome, entrando y saliendo en osadas exploraciones, entre risitas.

Lord Belfield se aclara la garganta antes de hablar.

—Creo que yo voy a probar. Sí, creo que lo haré.

Me sostienen las rodillas y hacen que me dé media vuelta y me coloque boca abajo, sobre los pechos, exponiendo el culo. Luego, noto una presión sobre el ojete. Es su verga, ese órgano que poco antes había observado metido en la boca de lady Nina, y que ahora me penetra por el culo. Su señoría gruñe de satisfacción. Está completamente enfrascado en sus esfuerzos, en abrirse paso, en dilatarme la entrada posterior. Ya tengo su verga dentro del culo, sintiendo toda su gordura y rigidez.

—Se lo absorbe bien —comenta lady Aldershaw.

Lord Belfield se agita, tira hacia adelante y hacia atrás, con las manos apoyadas sobre mis muslos. Su rostro está rubicundo y mueve continuamente los labios, emitiendo bufidos.

—Está buena, realmente buena.

Y finalmente llega su bendición; recibo su bendición en forma de un chorro que me llena las entrañas, mientras él mueve las caderas. El tamaño de su verga disminuye con rapidez tras la efusión, y sale de mi culo con un suave lamento.

—Y ahora Bertie —dice lady Aldershaw—. Te toca a ti, mi querido Bertie.

Es el conde de Greyswood. Cierro los ojos. No quiero mirar. Se la saca, dejando al descubierto la aristocrática polla. Presiona al entrar en el culo y me la mete. Me está dando por el culo todo un conde, y lo hace con cierto vigor. Sí, el conde de Greyswood muestra cierto vigor. Me penetra con fuertes embestidas por la entrada posterior, hasta que emite un sordo gruñido de placer, una vez aliviada ya su carga, humedeciéndome la rosa con su licor.

—Querido Bernard —dice lady Aldershaw.

Abro los ojos. Ella tiene el rostro arbolado y muestra los dientes. Las joyas relucen en su cuello y mueve las manos. Me toca los muslos, el sexo. Luego, me penetra en el ano con el dedo índice, ardiéndome, probando la humedad de mi interior, las efusiones previas de los hombres.

—Hazlo tú también —dice ella a lady Nina, a la sonrojada lady Belfield.

El dedo de lady Aldershaw sale de mi culo y en seguida lo penetra el dedo de la Belfield, entre risitas, con una brillante expresión de satisfacción en su rostro.

—¿Le gusta chupar? —pregunta—. Me encantaría que me lo chupara.

Todos ellos producen sonidos de aprobación. Me apartan de la mesa y hacen que me recline sobre la alfombra, con el rostro hacia arriba. Lady Belfield me mira directamente a la cara, con su propia cara enrojecida, con su vestido de satén. Se lleva las manos al vestido y se lo levanta, descubriendo las piernas, envueltas en medias de color marrón, mostrándome los muslos. No lleva bragas. Observo el coño otoñal en la juntura de los muslos. Se sitúa a horcajadas sobre mi cuerpo, moviéndose hacia adelante, con las rodillas muy abiertas, espatarrada, y su matorral desciende sobre mi boca al mismo tiempo que no deja de reír. Aposenta toda su pelambreira sobre mi nariz, la boca, la barbilla, cubriéndome. Sigue riéndose y se agita al tiempo que me cubre.

—Me gusta —dice—. Me gusta mucho.

Y yo le chupo el coño a Lady Belfield, mientras ella se agita sobre mi boca, hasta que finalmente se corre encima de mi cara.

Luego, la señora Hawley es extendida sobre la alfombra, en una repentina y febril excitación. Le levantan las rodillas y acercan su oscuro coño a mi boca. La lamo los muslos y olisqueo ese sexo que me es tan familiar. Algunos ríen. Me pasan una mano por debajo de la cabeza y me la aprietan contra el coño, hasta que mi rostro queda pegado a la raja abierta, mientras mi lengua se mueve, abalanzándose sobre el coño, sobre el clítoris.

Después, el señor Hawley se sitúa por detrás de mí.

—Adelante, Arthur.

Tiene las manos sobre mi culo y me frota la polla entre los labios del coño, empujando, abriéndose paso dentro de mi sexo.

—Adelante, muchacho —dice alguien.

Y el señor Hawley sigue adelante. Sus huevos chocan contra mi culo, mientras yo le chupo el coño a su esposa, que se corre sobre mi boca, permitiéndome disfrutar de su sabor en mis labios, mientras todos los demás nos observan, aplauden y ríen.

Estoy sentada, a solas, en un banco del jardín de los Hawley. La hierba es amarronada, amarillenta, y ha quedado estropeada por el frío. Los árboles están secos. Desde donde estoy hasta la casa no hay más que terreno baldío, y entre mí misma y el pasado sólo queda un abismo de ignorancia.

MI madre se sintió muy feliz cuando se anunció mi compromiso matrimonial con Nigel. Insistió en celebrar la boda por todo lo alto. Dijo que debíamos invitar a mis primas, tíos y tías, y a todas las personas notables que pudieran ser adecuadas.

—Estarán todos presentes —me aseguró—. Y habrá baile, claro está.

Mamá afirmó que mi matrimonio con Nigel Denbigh sería una unión maravillosa.

—Estas cosas son difíciles en estos tiempos que corren. La gente parece muy frívola hoy en día. ¿Será acaso por los vehículos a motor? No sé lo que es. Pero lo importante es que él tiene grandes ingresos, ¿verdad? No me cabe la menor duda de que pronto comprenderás la importancia de ese detalle.

Luego, siguió hablando acerca de cómo encontraría algún día el lugar que me correspondía entre la sociedad londinense. Después de todo, Nigel había hablado acerca de sus aspiraciones políticas. Mamá hablaba de lo agradable que sería para ella tener una hija y un yerno ilustres.

—Eso son las consecuencias —aseveró—. Cada acto de la vida de una tiene sus propias consecuencias.

Estaba sentada en su sillón favorito, cerca de la ventana, con los ojos saltando de una parte a otra de la habitación, al tiempo que hablaba de Nigel, de Londres y de lo feliz que yo me sentiría en la capital.

—Tendrás una casa muy elegante. Te envidio, querida. Si al menos lograra hacer comprender a tu padre la importancia de pasar una temporada en Londres.

Papá no estaba presente en ese momento, pero sí estaba Hilda Gurney, una amiga de mamá. Pensé que la señora Gurney se había puesto demasiado colorete en las mejillas. Sonreía continuamente y parecía sentirse cautivada por todo lo que decía mi madre.

Yo me sentía muy insegura acerca de todo. Deseaba alejarme de Wessex, pero ¿era una casa en Londres lo que deseaba realmente? Y todo este jaleo relacionado con mi compromiso con Nigel. No veía razón alguna para ello, como no fuera una ocasión para irritar a diversos parientes, que llegarían de lugares cercanos y lejanos y tendrían que escuchar la cháchara de mamá sobre mi boda con Nigel Denbigh, el nieto del almirante Denbigh, el ahora ya fallecido embajador ante el reino de España.

No quería que toda esa gente a la que no había visto desde hacía muchos años me mirara tan fijamente. Pero, desde luego, todos me mirarían. Una no puede impedir que miren, con los ojos tratando de descubrir los secretos. Busqué el espejo, intentando confirmar en él que era lo bastante bonita como para que me miraran. Qué zafia puede llegar a ser la gente. Y yo sentía miedo de su rudeza. Entonces, me dije a mí misma que ya no era una niña, que me sentiría mucho más feliz en Londres. Me gustaba el campo, pero sería más feliz en Londres, así que ya podían venir todos a Stockbridge, que vinieran a verme.

Mamá anduvo muy ocupada con la selección, los arreglos y las invitaciones. Organizaba las reuniones en el salón, y emitía edictos y pronunciamientos que eran ley. Por la noche, la cena se convertía en una ceremonia en la que abundaban los chismorreos sobre tal o cual prima del campo. Mamá insistió en que no toleraría la presencia en casa de ninguno de los parientes pobres de papá.

—Esa gente de Bristol —dijo con desprecio—. Ninguno de ellos me agrada. No quiero tener a esa gente en mi casa.

Tenía los ojos brillantes y hasta mostraba un atisbo de locura en la mirada.

La lista de invitados fue aumentando poco a poco. Mamá aseguraba que llegaría gente incluso de Edimburgo. Los rumores sobre la boda se extendieron por todo Stockbridge, y me convertí en el centro de atención de mis amigas. Era la primera de ellas que contraía matrimonio y todas me miraban con envidia y me hacían hablar de mis vestidos y mis sombreros.

Cada tarde me encontraba en medio de un grupo de jovencitas sonrientes y excitadas, que hablaban de bodas, y que aseguraban, entre susurros, que ya conocían el sabor de las atenciones masculinas.

Se me ocurrió pensar que volvería a ver a la prima Gertrude. Llegaría de Londres, envuelta en una nube de complacencia y, sin lugar a dudas, encontraría alguna forma de burlarse de mí. Recordé sus burlas, nuestros momentos de intimidad.

Un día me encontraba sentada en la biblioteca, en compañía de mi padre. A veces, él me permitía sentarme cerca mientras se dedicaba a leer sus periódicos. En cuanto se presentó la oportunidad, le hablé de mi próxima boda, de las incertidumbres que sentía con respecto a la vida en Londres.

Papá trató de tranquilizarme, y me habló de la alta estima en que tenía a Nigel. Serenó mis ánimos con su tono de voz. Dijo que encontraría un esposo adecuado en Nigel Denbigh, y me acarició la mano. Me imaginé en el papel de señora Denbigh, me imaginé la casa que ocuparía en Londres. Papá me acarició la muñeca y me dijo que fuera a mi habitación.

—Yo acudiré dentro de un momento.

Así lo hice, y poco después mi padre llamó a la puerta de mi dormitorio, entró y cerró tras de sí. Se me acercó.

—¿Nos divertimos un poco? —preguntó, acariciándome la mejilla, el cuello, el hombro.

Sus dedos bailotearon sobre el cuello y se deslizaron sobre los pechos, apoderándose de ellos a través del vestido.

No tardó en hacer que me inclinara, con las rodillas apoyadas sobre la cama. Me estremecí, anhelante por recibirle, con el rostro apoyado sobre los brazos cruzados y el trasero levantado. El culo quedó en seguida al descubierto, en cuanto me levantó la falda y las enaguas. Noté el tacto de sus dedos.

—Vamos a tener un verano muy caluroso —comentó—. Aquí, en Wessex, el tiempo será caliente.

Me hizo cosquillas en el nido, sobre el matorral de vello, y luego en el ojete del culo. Yo me meneaba al contacto de sus dedos, de sus lentos cosquilleos.

Al cabo de un rato, volvió su atención a mi coño, que me abrió con los dedos, metiéndolos dentro, con la yema de uno de ellos sobre el clítoris, haciéndolo girar con suavidad. Emití un sonido. Giré la cabeza, abrí la boca y volví a gemir, justo en el momento de correrme, de derramar mis jugos sobre sus dedos, de estremecerme sobre ellos.

Papá me besó y me susurró junto a la oreja:

—¿Piensas mucho en Nigel?

Se había dejado la polla al descubierto y al volverme hacia él contemplé aquella palpitante raíz. Se la toqué, rodeándola con los dedos. Se la acaricié, tirando de la piel hacia adelante y atrás, descubriendo y ocultando la punta enrojecida. Entonces, se corrió, derramando su líquido sobre mi cama.

Sí, pensaba mucho en Nigel, en mi futuro esposo. A la semana siguiente acudió de visita a casa de mi padre.

Nos dedicamos a pasear por los prados, cogidos de la mano, riendo. Yo disfrutaba con sus aires de importancia. Parecía sentirse rodeado por la atmósfera londinense. Me habló de sus negocios, de sus amigos, y finalmente de las mujeres a las que había conocido, asegurándome que yo era la más guapa de todas. Me ruboricé. Me estremecí sólo de pensar en sus hazañas amorosas, en las damas de Londres a las que había conocido. Dijo que pasaríamos una luna de miel maravillosa y me sostuvo de la mano al decirme:

—Seremos felices, Clarissa, porque tú me amas, ¿verdad? Sí, claro que me amas.

Luego me habló de sus viajes. Me parecía un hombre tan mundano. Yo era muy consciente de mi propia timidez. Tenía tantas cosas que aprender. Nigel prometió que nos iríamos de luna de miel a Italia, y dijo que tenía que contemplar las estatuas y los tejados de Florencia. En aquel entonces, mientras paseábamos por los prados, sentí verdadero orgullo por mi compromiso y mi próxima boda.

Nos besamos debajo de un árbol, tiernamente, como dos enamorados. Nigel posó sus labios sobre los míos y me pasó un brazo por la cintura, y yo me eché a temblar bajo el hechizo de sus besos. Nigel notó mis temblores y se echó a reír, diciendo que eso le regocijaba.

—Qué delicada eres.

Traté de recuperar una sensación de tranquilidad que no sentía en aquel momento. ¿Encontraría un verdadero disfrute en el matrimonio? ¿Disfrutaría de la respetabilidad de una casa elegante en Londres?

En la casa de mi padre no había sino excitación. Se aproximaban las festividades de mi boda. Las sirvientas no dejaban de mirarme, en los pasillos, en el vestíbulo, en la escalera. Me pasaba mucho tiempo delante del espejo, girándome a derecha e izquierda para valorar mi aspecto desde todos los ángulos. En cierta ocasión lo hice así desnuda, después del baño. Contemplé las tetas y el trasero reflejados en el espejo.

El matorral de vello. El coño.

Las risitas de las sirvientas me resultaban fastidiosas. Siempre andaban encontrando pretextos para entrar en mi habitación y perturbar mis sueños. ¿De cuántas sirvientas podría disponer en Londres? Me imaginé a las doncellas en la casa de Nigel. Me imaginé a Nigel llevándome hasta su cama. ¿Haría que me inclinara? ¿Me follaría así, mientras estaba inclinada? ¿Me metería la verga, gruesa y firme, con fuertes embestidas? Me imaginé su polla dentro de mi coño, o metida en el culo. Pensé entonces en mi madre y en el mozo de cuabras, en Lynch, el joven. Recordé de nuevo los gemidos de mi madre, moviéndose frenéticamente en su agitación. Y recordé a Nigel contemplándonos a mi padre y a mí, aquella noche, en Londres.

Me ruboricé al recordarlo. Nigel haciendo girar el puro entre los dedos, mientras nos observaba, y mi padre lanzando gruñidos mientras me daba por el culo, saboreando la justicia de su posesión.

Por la noche, éramos cuatro a cenar: mamá, papá, Nigel y yo misma. Había velas encendidas sobre la mesa y las sombras bailoteaban sobre las paredes. Mamá parecía sentirse de muy buen humor. Regañó a una de las sirvientas y luego se echó a reír ante algo que dijo Nigel. Papá se dedicaba a tomar su vino. Sonreía cada vez que me miraba. Finalmente habló, dirigiéndose primero a Nigel y luego a mi madre.

—Iremos a Henley —le interrumpió mamá—. Quiero ver los barcos en Henley.

La mirada de Nigel se posó sobre mí. A mamá pareció gustarle mucho Nigel. Esa noche, ella tenía los hombros al descubierto, mostrando su amplia pechuga por encima del escote.

Al cabo de un rato de charla intrascendente, se pusieron a hablar del matrimonio y de los deberes de una esposa. Pero mamá los regañó:

—Eso en el salón, caballeros.

Papá la miró, con expresión divertida.

—Hay otras habitaciones mucho más interesantes, querida. No me gustan los salones.

—Entonces, en el despacho.

—En los dormitorios, querida.

—No, no en los dormitorios.

Se echaron a reír. Hablaron de la felicidad conyugal. Mamá dijo que, entre sus conocidas, pocas mujeres se sentían felices con lo que les había tocado en suerte. ¿Sería feliz Clarissa? ¿Sería yo feliz? Bromearon acerca de mi futura felicidad, expresando sus bromas en susurros y murmullos. ¿Acaso era yo demasiado joven como para comprender aquellas cosas? Se echaron a reír al observar mi confusión.

—Lo aprenderás todo —me aseguró mi padre.

Mamá me sonrió y asintió con un gesto, tomó un sorbo de vino y volvió a asentir, y dijo que desearía que el día del baile llegara con rapidez.

Pocos días más tarde llegó mi prima Gertrude. Descubrí que me sentía feliz de volver a verla. Pasamos varias horas hablando en el jardín. Yo conservaba el recuerdo

del mozo de cuadras, de Gertrude, de yo misma y Lynch. A Gertrude le extrañó la incertidumbre que sentía con respecto al matrimonio.

—Ya verás cómo te resulta agradable —me dijo con una sonrisa.

Preguntó si le parecía bonita, y habló de un pretendiente, asegurándome que no tardaría en casarse. Dijo que su futuro esposo aportaría unos ingresos decentes y que tenía la intención de comprarse muchas joyas.

—Perlas, muchas perlas —dijo—. Adoro las perlas.

Pensé que Gertrude parecía sentirse feliz ante aquella perspectiva y ella me interrogó con respecto a Lynch. ¿Seguía trabajando en los establos? ¿Me había divertido con él durante todos aquellos meses transcurridos? Dijo que debía contárselo todo y terminé por revelarle la escena que había visto a hurtadillas entre mi madre y el mozo de cuadras. Gertrude echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír.

—Bueno, eso no es nada sorprendente.

Luego me pidió que le contara todo lo que supiera sobre Nigel. Sin embargo, me negué a contarle lo que había hecho con mi padre delante de Nigel. Gertrude me escuchó con atención y luego me besó y me abrazó.

—He pensado mucho en ti.

Me acarició los pechos y el trasero, deslizó la mano por debajo del vestido y exploró mi raja con los dedos.

—¿Quieres correrte?

Sí, claro que quería correrme. Me estremecí mientras los dedos de Gertrude acariciaban mi lugar secreto. Ella me sonreía al hacerlo, con una sonrisa soñadora, sin dejar de observar los temblores de mi cuerpo.

Más tarde, nos fuimos a mi habitación y allí quiso empezar de nuevo. En esta ocasión me hizo quedar de pie delante de ella y me metió la mano entre los muslos. De repente, se abrió la puerta y entró una de las sirvientas. Gertrude se apresuró a sostenerme con firmeza.

—No debes moverte ahora —susurró.

Yo no miré a la sirvienta, evité sus ojos. No quería mirarla. Cómo odiaba a aquella criada, tan descarada, abriendo las puertas de ese modo, sin avisar. Finalmente, la criada se marchó y Gertrude no dejó de reír suavemente al tiempo que me hacía correr otra vez. Después, tuve que chuparle los dedos. No quiso soltarme hasta que no le hubiera chupado bien los dedos.

Tío Gerald llegó el día antes del baile. Habían transcurrido tantos años desde la última vez que le vi. Qué alegre era. Dijo que se sentía muy feliz de verme. Pensé en mi niñez, en los momentos que habíamos pasado juntos. ¿Me ruboricé? Tío Gerald sonrió al posar su alegre mirada sobre mí. Se humedeció los labios al mirarme.

Yo conservaba los recuerdos de su pene caliente en mi mano. Tenía los recuerdos de la punta arrojando sus chorros de semen, de su rostro enrojecido, de los sonidos ahogados que surgían de su garganta. Cómo le gustaba que le cogiera los huevos al mismo tiempo que se corría.

Ahora, estaba sentado en el sillón de mimbre del prado y hablaba de sus viajes por América, mientras yo no podía dejar de pensar en el pesado saco de sus huevos, y en el vertido de su licor sobre mis manos. Qué gordinflón estaba ahora. Tenía los dedos gruesos, y el bigote muy poblado. Me pregunté si podría sentarme sobre su regazo. Sí, claro que podría. Y cuando me llamó a su lado, me senté en su regazo y le besé en la mejilla.

—Mi pequeña belleza —dijo—. Te has transformado en toda una belleza.

Me dio unas palmaditas en el trasero y me estremecí ante el contacto de su mano. Estábamos a solas en medio de un amplio prado que se extendía desde la casa hasta el borde del seto. Tío Gerald me interrogó acerca de Nigel. ¿Lo amaba? ¿Sería feliz en Londres? ¿Pensaba alguna vez en él? Y mientras me hacía estas preguntas, sus dedos se abrían paso entre las nalgas, apretándome el vestido contra la raja, con los dedos sobre mi sexo, sobre el ojete del culo. Y se reía al notar mis temblores.

Finalmente, llegó la noche del baile. Mamá estaba fuera de sí, como una poseída, lanzando órdenes a gritos a las sirvientas, corriendo de una habitación a otra. Volvía a mostrar en los ojos aquella expresión de locura que ya le había observado antes.

Papá parecía sentirse molesto. ¿Le gustaba mi vestido? Me aseguró que sí, que le gustaba mucho.

Corrí a mi habitación para volver a contemplarme en el espejo. ¿Le gustaría mi vestido a Nigel? ¿Le parecería bonita? Sentí un repentino temor ante la posibilidad de desilusionarle. Odiaba aquel baile y tenía miedo de abandonar mi dormitorio. Cubrí el espejo con la colcha, y luego la quité de allí y abandoné el dormitorio a toda prisa.

Alrededor de la casa se habían ido acumulando un montón de carruajes. Abajo, en el vestíbulo, recibí los cumplidos de los invitados. Oí a los músicos que afinaban los instrumentos en el salón de baile. Entonces apareció Nigel. Sus ojos se fijaron en mí. Me sonrió y me llevó hacia la pista de baile. Y giré en brazos de Nigel sobre el suelo. Me ruboricé al notar que él se fijaba en mi escote. Me pregunté qué delicias particulares serían mías una vez que estuviéramos casados.

Al cabo de un rato, aduje sentirme fatigada y le rogué que pasáramos un rato en el jardín. Nigel se echó a reír y me condujo a través de las puertas vidrieras que daban al pórtico de piedra, desde donde bajamos los escalones que daban al jardín. Allí me besó. Me acarició los pechos y el trasero mientras contemplábamos la luna. Yo me estremecí ante la sensación de sus manos tocándome, al observar sus ojos ardientes, al tiempo que sus dedos me estrujaban los pezones con suavidad. ¿Le gustaban mis tetas? Quería que sintiera lo que pesaban.

Me quedo con la respiración entrecortada, a la espera de notar la sensación de su boca sobre mis pezones. Finalmente, agacha la cabeza hacia ellos, y siento los labios, los dientes, con las manos rodeándome las tetas. Y, por fin, la lengua. Extiendo la mano y le toco la polla por primera vez, su mástil turgente. Puedo notar la fuerza que tiene, a través de la tela de los pantalones. Me pide con voz ronca que le desabroche los botones. Mis dedos actúan presurosos y la verga no tarda en salir a la luz de la

luna, con su carnosos y enrojecido champiñón, mientras yo le aplico la yema de los dedos sobre la raíz de su verga.

Me estremezco sólo de pensar en esa verga metida en mi culo, ante la expectativa de tenerla dentro de mí. Sí, claro que me dará por el culo. Me la meterá por el coño y por el culo. Y mi cuerpo tiembla mientras se la meneo en el jardín.

En ese momento aparecen unos invitados, que pasan ante nosotros riendo. ¿Han visto acaso mi mano? Me siento molesta por la interrupción. Nigel se echa a reír y vuelve a jugar con mis pezones. Qué sensaciones tan exquisitas me produce.

El baile continuó interminablemente, hasta que por fin terminó la velada y los invitados se marcharon o se quedaron a dormir en la casa. Yo misma me acosté en mi habitación, hecha un manojo de nervios. No podía dormir. Me levanté y me acerqué a la ventana, contemplando la luna.

Al cabo de un rato, salí de la habitación y deambulé por los pasillos de la casa. Qué inquieta me sentía. Pasé con rapidez junto a cuadros oscuros y habitaciones silenciosas. Entonces, percibí un ruido. Vi una luz. Había una puerta entornada. Hasta mis oídos llegó el sonido de voces confusas. Avancé como un fantasma hacia la puerta entreabierta.

Era el dormitorio de Nigel. Y él no estaba a solas. Se encontraba de pie, cerca de la cama, con las manos una sobre la otra, echadas a la espalda. Mamá se hallaba arrodillada a sus pies. Tenía su polla metida en la boca, rodeaba su verga con los labios. Se la estaba chupando. Nigel se movía con lentitud hacia adelante y atrás, y mamá le tenía cogido por los huevos, que acariciaba. Tenía la boca muy abierta y se la chupaba con avidez. La verga se deslizaba adentro y afuera de su boca. Mientras les observaba a hurtadillas, percibí un murmullo, un vago golpeteo. Eran los latidos de mi propio corazón.

—Y ahora el final de la mamada —dijo Nigel.

Mamá gorgoteó por un momento, le apretó los huevos, ordeñándole y recibió en la boca todo su chorro de semen.

EN estos días tan inciertos, tan fríos y grises, la señora Hawley mantiene su silencio en la mesa del desayuno.

El desayuno aquí es un ritual: tostadas, mermelada y silencio. Las sirvientas permanecen en silencio; entran y salen de la estancia como un desplazamiento fugaz de delantales blancos.

No hay nada de extraño en esta mesa. Dos mujeres y un hombre que inician su día cotidiano en Londres. Tenemos nuestros entretenimientos, noches de Schumann en el piano. La casa está en orden. Los pasillos permanecen en silencio, a excepción del arrastre de pies de los sirvientes, de la miseria de las criadas.

Y sobre todo eso reina la señora Hawley, mientras el señor Hawley se limita a asentir. Ellos tienen sus propias disposiciones, incluso en el silencio del desayuno. Pienso en la pechuga de la señora Hawley, en los pechos de Margaret. A veces, le gusta que la llamen Margaret, sobre todo mientras se toma el té, o por las noches.

Ahora, se me utiliza para el servicio, y ya estoy acostumbrada a servir. Dispongo de mi propia habitación, de mis comodidades. Hago compañía cuando así se me solicita. Aporto obediencia; soy ya la que se inclina, la que se arrodilla en esta casa.

No es como con los sirvientes. Yo no soy una sirvienta. No soy un fantasma.

La señora Hawley me sonrío a menudo. Es una sonrisa tenue. Debo disfrutar con mi sumisión. Ella insiste en que disfrute con ello.

A ella le gusta ofrecer su trasero. Por las noches, tras haber pasado un rato tranquilo jugando a las cartas, me llama a su dormitorio, para que la bese y la chupe. Le encanta que se lo chupen, y se inclina para que se lo haga.

En otras ocasiones, es ella la que me acaricia: las curvas, los lugares secretos. Le encanta mi culo, el ojete, y le resulta divertido hacerme cosquillas en él hasta que termino por gemir.

Hay momentos en que pierdo los sentidos cuando me encuentro con la cabeza hundida en su matorral oscuro, en su coño, desplegándole los labios con mi lengua.

La señora Hawley es un tanto mezquina en el momento de sus orgasmos. Gira la cabeza hacia un lado, se siente aletargada, emite un suspiro, y su cuerpo se ve recorrido por un rápido estremecimiento cuando su licor se derrama sobre mis labios.

Sólo Jepson me proporciona placer. Un placer completo, del que disfruto después de la medianoche, cuando todos los demás ya se han dormido. Le espero, escucho los sonidos de la casa. Sí, espero a Jepson, expectante y temblorosa.

Una vez terminado el desayuno, la señora Hawley pregunta:

—¿Clarissa? ¿Te gusta lady Aldershaw?

—Sí, creo que sí —contesto con un mohín, dejando la taza de té sobre la mesa.

—Pues a ella le gustaría tenerte y, si lo quieres así, puedes marcharte.

—¿Marcharme?

—A vivir con ella, claro está.

La conmoción que me producen esas palabras me hace temblar. El señor Hawley no parece nada interesado por el tema y toma el periódico, pensando quizá en sus togas.

¿Acaso me encuentran aburrida ahora? ¿Tengo que marcharme a la mansión de lady Aldershaw porque ahora les parezco aburrida? Nigel no me advirtió de eso.

Pienso en lady Aldershaw, en la piel marfileña de sus brazos, en el pesado aroma de su coño.

Sí, me marcharé.

Y así queda dispuesto. Como si fuera una sirvienta, quedo a disposición y manutención de lady Aldershaw.

—Debes llamarme Evelyn —me dice, con una expresión divertida en sus ojos.

Qué divertida resulta con sus posesiones. Nos encontramos en un vestidor, una estancia llena de espejos, cojines y divanes. Veo mi imagen reflejada en cada espejo. Reflejos de mí misma y de la persona que me mantiene.

La modista se arrodilla. No me agradan sus ojos. Parece perseguirme con ellos.

La modista se levanta. Me toca los pechos, la cintura, el trasero. ¿Se ruboriza acaso? Evelyn sonrío, tabaleando con los dedos sobre la sombrilla.

Luego, la modista se marcha. Evelyn me toca, posando las manos sobre mis brazos.

—Adoro la seda. ¿La adoras tú?

—Sí.

—Me siento tan feliz, Clarissa.

Soy como una novia recién desposada, la novia tierna de lady Aldershaw. Nos encontramos aquí, en el vestidor de una tienda de moda, para que me vistan con encajes y sedas. Evelyn me acaricia la boca con las puntas de los dedos.

—Me gustas tanto.

Sonrío, mostrando unos dientes de color blanco perla. Aparta los dedos de mis labios y deja caer la mano, para acariciarme el trasero, el monte. Me susurra una promesa para la noche, y para los días que nos esperan.

Qué ávida se muestra; va de un lado a otro, no deja de hablar, enfrascada en su avidez. Me besa la mejilla, y luego en los labios. Le gusta dar besos capaces de cortar la respiración, con los labios sobre los míos, con la lengua entre mis labios.

—Qué encantadora eres.

Y luego otro beso, y de nuevo los dedos sobre mis labios, que yo debo besarle.

Siempre me está haciendo preguntas. En los momentos más insólitos, en medio de un jadeo, me interroga de pronto. Tengo que admitir mi deseo. Tengo que decir la verdad, ceder siempre.

—Mi amor —me dice mientras yo me arrodillo a sus pies, como sirvienta y como

amante, porque así es como debo rendirme a ella.

Regresa la modista. Evelyn sonrío y me acaricia los hombros.

Las ventanas del salón de Evelyn dan a Eaton Square. A ella le encanta sentarse cerca de una de las ventanas para tomar el té. La chimenea está encendida y la estancia está caliente. Lord Aldershaw se encuentra en las Indias occidentales y nunca se habla de él en esta casa. Evelyn ni siquiera reconoce su existencia. Se loma el té a pequeños sorbos y disfruta de sus comodidades.

Noto la piel caliente. Estoy de pie, cerca de la repisa de la chimenea, observando esas fotografías ovales del clan de los Aldershaw.

—¿Eres feliz, Clarissa? —pregunta Evelyn con una sonrisa.

—No lo sé —contesto evitando mirarla a los ojos—. Sí, supongo que lo soy.

—Quiero que seas feliz, porque supongo que querrás serlo, ¿verdad?

—Sí, así es.

—El fuego de la chimenea es agradable.

—Sí.

—Llamaré a Rooney. Ella te ayudará a desnudarte.

La sirvienta Rooney. Los ojos de las sirvientas son un verdadero tormento para mí. Rooney acude de inmediato. Las sirvientas nunca hablan. No cruzamos palabras entre nosotras y ella no me mira a la cara, también evita mis ojos. Sus dedos actúan sobre mi vestido y las ropas se desprenden. Mi piel caliente brilla a la luz del fuego. También me quita las botas y las medias.

Una vez que se ha marchado, Evelyn sonrío y se acerca. Me sostiene las tetas, con los pulgares haciendo rodar los pezones, observando con atención lo que hace, con una expresión de placer en su mirada.

Me acaricia el trasero, me aprieta la carne.

—Me gustas —murmura besándome el cuello.

La mano, los dedos, siguen acariciándome el trasero. Entonces, sitúa uno de los dedos sobre el ojete del culo. Una suave risita se escapa de su garganta. Me estremezco y ella vuelve a reír.

Me hace posar. Tengo que levantar los brazos, entrelazar las manos por detrás de la cabeza, mientras ella me toca los pezones, bajando hacia el vientre. Sus dedos juegan y tironean del vello de mi pelambrea.

Tengo que tumbarme sobre un diván, como una odalisca, con el cuerpo girado, mostrando las curvas, con las piernas cerradas. Evelyn se sienta cerca de mis piernas, con el rostro arrebolado, al tiempo que me acaricia la cadera.

Luego, tengo que arrodillarme, inclinarme sobre la alfombra turca, apoyada en las rodillas, levantando el trasero.

—No te muevas —dice.

Se me exige una sumisión completa. No puedo moverme hasta que ella no me lo

diga.

Tiene las mejillas sonrosadas, y su piel también aparece sonrosada bajo la luz del fuego.

Luego, tengo que moverme. Debo gatear hasta sus rodillas. Se ha desatado el batín de seda. Se inclina hacia adelante, ofreciéndome una teta, sosteniéndola con una mano, llevándola hacia mi boca, que se llena.

Lleva las piernas envueltas en seda marrón, sujeta por las ligas, por encima de las rodillas. Los muslos son blancos. Le toco la piel de los muslos, sin dejar de chuparle la teta. Le acaricio los muslos. Le paso las manos a lo largo de las piernas y los muslos, subiendo hacia su bajo vientre.

Ella siempre se muestra muy descarada con su sexo. Abre los muslos, mostrando los labios del coño, plétóricos y abiertos.

Qué tentadores son. El fruto de su lugar secreto. Esa carne sonrosada y húmeda.

Le beso el sexo con los labios, extendiendo la lengua, y ella gime. La flor rosada se abre aún más bajo mi lengua.

Revoloteo como una abeja sobre la flor, para encontrar el néctar que atesora.

Me dice que no me dé ninguna prisa. Murmura, y exige que el chupeteo sea lento.

Percibo sus palpitaciones y le recorro toda la raja del coño con la lengua, lentamente, hasta llegar al clítoris palpitante.

Un almuerzo elegante en el Claridge's. Nigel siempre se siente muy cómodo aquí. Éstas son las personas que despiertan su reverencia.

La sala está abarrotada y los camareros se afanan por entre las mesas. Un tintineo de cristal, una suave risa femenina.

En el aspecto de Nigel no se detecta ni un solo defecto. El corte de su traje es perfecto. Observa el comedor con aire de confianza.

Qué absurdo es eso. Aquí estoy, sentada a su lado, como una esposa ordinaria. ¿Es bonito mi sombrero?

Nigel ladea la cabeza.

—Tienes muy buen aspecto. ¿Te sientes bien?

—Sí, creo que estoy muy bien.

—Arthur Hawley me ha hablado muy bien de ti.

—¿De veras?

—Dice que superas todas sus expectativas.

Expectativas y tentaciones. Pero no, no quiero hablar de las tentaciones de Arthur Hawley.

—¿Está bien la casa? ¿Te ocupas tú de las cosas?

—Sí, desde luego —asiente Nigel—. ¿Te sientes sola?

—No, no lo creo.

—Pensé que podrías sentirte sola.

¿Había llegado el momento de las lamentaciones? ¿Lamentaba Nigel que me hubiera marchado? Sigue comiendo su pescado y me mira.

—¿Cómo es ella?

—¿Quién?

—Lady Aldershaw, claro está.

—Creía que la conocías.

—En realidad, no, al menos directamente.

—A veces, es terrible.

—Estás dispuesta a seguir con esto, ¿verdad?

—Sí.

Me toca la mano con suavidad, sosteniéndola entre la suya. Mi carne es como arcilla, como una arcilla obediente a unos dedos insistentes.

¿Cuento con su confianza? Sí, supongo que sí. Conozco bien su debilidad. Conozco todas sus debilidades. ¿Me voy a sentir molesta aquí, en el Claridge's? ¿O acaso es amabilidad lo que deseo? Pienso en todos estos días despreciables, en mi propia despreciableidad.

Y en toda esta gente que abarrota el local. ¿Qué pasiones tienen? ¿La carrera, el hogar y algún que otro almuerzo ocasional en el Claridge's?

Me dedico a mordisquear mi pastel. Luego tomaré el té. Me negaré a reconocer la existencia de todas estas personas.

Colorete en una habitación de color rosado.

Evelyn y yo estamos tumbadas sobre su cama. A veces, su sonrisa es incierta. Le gusta hablar conmigo después de haber tomado el baño. Tiene la piel empolvada y las mejillas cómodamente arreboladas. Suaves gimoteos en la noche. Ella vuelve los labios hacia mí, me acaricia la mano, y sonrío.

Hay cualidades de servidumbre. Una de las partes obedece y la otra parte es obedecida. Evelyn habla del jardín. Dice que en la primavera saldremos a sentarnos en el jardín, que nos besaremos en el jardín. Su voz suena armoniosamente, con una expresión ávida en los ojos. Habla de music-halls, de canciones extasiadas sobre un amor eterno. Habla de pasión. Disfruta con su posesión sobre mí, de la que disfruta desde hace un mes.

Y, sin embargo, ahora, la posesión empieza a deshacerse.

Ella depende de mí. Me he convertido en una necesidad para ella; la prisionera se ha transformado en una necesidad para su carcelera.

En ocasiones, aparecen las lágrimas. Se queja. Yo no la amo. Asegura que sería capaz de arrojarle por el puente de Waterloo, como una tendera ordinaria.

—¿Me amas?

Tiene una mirada de desconcierto en los ojos.

Habla de nuestro viaje a Biarritz, de cenas elegantes en Monte Carlo. Me promete

que nos acariciaremos la una a la otra en las cuevas de Capri.

Luego un beso, con su lengua aleteando entre mis labios. La humedad de nuestros besos.

Yo deseo a un hombre. Quiero recibir la fuerza de un macho en mi sexo y en mi culo, sentir su roce. Evelyn me hace cosquillas y luego tironea de mi sexo con los dedos. Dice que representará el papel de caballero y yo el de doncella. Dice que me conquistará.

A menudo, observo una expresión de temor en sus ojos. En estos días, me dedico a cultivar mis sometimientos.

Esta noche disponemos de un palco en el St. James. Evelyn y yo nos encontramos sentadas, a solas, entre las sombras. Ella me sostiene la mano. La obra de teatro me parece completamente aburrida. Los actores dan la impresión de ser personas muertas que pronuncian las frases escritas por un autor muerto. En los entreactos, Evelyn y yo nos dedicamos a observar al público de la platea, a las gorjeantes damas con sus absurdos sombreros.

—Quiero irme —digo de pronto—. La obra es horrible.

—No está tan mal —replica Evelyn.

—Es terrible, y no quiero quedarme.

Y tras decir esto, me levanto de mi asiento. Su mirada expresó la consternación que sentía. Me rogó.

—Yo adoro que me vean en tu compañía.

Pero me niego a aceptar sus ruegos.

—Entonces, me marcharé yo sola.

Gimotea en sus ruegos. ¿Habrá ojos que nos estarán mirando? Doy media vuelta y salgo del palco, mientras Evelyn se apresura a seguirme.

Ya fuera del teatro, esperamos entre la niebla a que llegue nuestro carruaje. Evelyn me sostiene por el brazo.

—¿Estás enfadada conmigo?

No digo nada. Una vez instaladas dentro del elegante carruaje, permanecemos sentadas la una al lado de la otra. Evelyn espera una muestra de aprobación por mi parte. Me toca. Sus dedos tocan mi capa. Qué diferentes son las cosas ahora. Finalmente, me toma de la mano. Me ruega que no esté enfadada con ella. Me vuelvo para mirarla y me inclino hacia ella.

—Debes admitir que esa obra era estúpida.

—Está bien —asiente, apretándome la mano.

—No me gusta armar jaleo, y lo sabes muy bien, ¿verdad?

No dice nada, pero gimotea hasta que me inclino sobre ella. Le meto la mano por entre los pliegues de la capa, deslizándola por encima de su pierna, tirando del vestido hacia arriba. Ella me abre las piernas. Encuentro su sexo y me apodero de él.

—Por favor, Clarissa...

—Por favor, ¿qué?

—No debes atormentarme.

Ella gime cuando mis dedos presionan y encuentran el camino hacia el interior de la gruta.

Los rincones de la habitación se hallan envueltos en sombras. Evelyn está sentada ante la mesa de tocador. Tiene un brazo levantado y mueve el cepillo del pelo, cepillándolo hacia abajo, levantándolo después y volviendo a cepillar. Va repitiendo los movimientos con un ritmo lento. De repente, se detiene. Se vuelve a mirarme y se ruboriza.

—Te amo.

Le digo que llame a una sirvienta.

—Llama a Rooney para que te ayude a desnudarte.

Evelyn asiente con un gesto. ¿Piensa acaso que soy una insolente? Pero ahora ya estamos más allá de la insolencia.

Acude la doncella, con ojos cansados y vacíos, disponiéndose a desnudar a su señora. Evelyn me mira, orgullosa en su desvestimiento.

Observo cómo la van dejando desnuda. Cintas de seda, encajes, enaguas, ligas y medias. ¿Comprende la doncella lo que está ocurriendo? La muchacha actúa con lentitud.

Finalmente, la despido. Evelyn parece sentirse aturdida. Espera. Se encuentra de pie, inmóvil y expectante, a la espera de que la llame.

—Ven aquí ahora —le digo por fin.

Se me acerca. Le muestro los dedos y se ruboriza al ver el aceite de petrolato con el que me los he untado. Se gira y se inclina ante mí. Visto desde atrás, su sexo no es más que un higo protuberante. Ella se estremece de expectación. Observo los globos de su trasero, los temblores de su cuerpo.

—Por favor, Clarissa...

La toco, aplicándole los dedos contra el sexo, y luego sobre el culo, y le meto los dedos aceitados por las dos entradas. Ella gime y se retuerce. Le he metido todo el dedo gordo en el ojete del culo, y dos dedos en el coño. Lanza un grito en el momento de correrse.

Más tarde, la hago ponerse de rodillas. Evelyn arrodillada a mis pies. Me levanta el vestido hasta la altura de las caderas, dejando al descubierto el bajo vientre, los muslos y las piernas. Hay verdadera adoración en sus ojos cuando abro las piernas. Se relame los labios. Se siente como perdida, pero cuando se inclina hacia adelante la detengo.

—Bésame antes los zapatos.

Ella se inclina y me besa cada zapato. Conoce muy bien cuáles son mis

irritaciones.

Luego, vuelve a adelantarse, esta vez hacia la fuente, hacia mi sexo, mi lugar más ardiente.

Su boca es ávida mientras me chupa la fuente. Yo observo sus labios, la avidez de su boca al chuparme.

Finalmente, le aparto la cara con un empujón, la alejo de mí y ella cae sobre la alfombra con un sollozo.

—No debes hacerlo —le digo.

—¿Por qué no?

No dice nada más. Su cuerpo tiembla. Extiendo un zapato y ella gime al mismo tiempo que me lo besa de nuevo.

Ahora voy a tener mis propias satisfacciones.

DESPUÉS de nuestro matrimonio, Nigel y yo viajamos a Italia. Ése fue mi primer viaje al extranjero. Visitamos Milán, Venecia y Roma. Italia me pareció un país muy diferente a Inglaterra.

Finalmente, llegamos a Nápoles. Nigel prometió que nos dedicaríamos a explorar Pompeya y Capri, y me aseguró que conocería la belleza de las rocas de los Faraglioni.

A Nigel no le gustaron los napolitanos, no le sentaba bien su desbordante alegría. No le gustaban las calles atestadas de niños, ni los olores de las frutas y las especias. Dijo que Nápoles resultaba una ciudad divertida, pero demasiado poblada.

Nos alojamos en una gran habitación de hotel que daba al mar. La atmósfera era vigorizante. Cada vez que salíamos, me ponía un vestido y un sombrero blancos. Y llevaba una sombrilla de color blanco. Nigel decía que así le gustaba más, toda de blanco, y que cuando me vestía así parecía mucho más británica.

Una tarde, nos encontrábamos sentados en la Galería Umberto. Los hombres italianos se hallaban de pie, formando grupos, hablando, asintiendo, moviendo los codos y las manos. El sol penetraba por el techo acristalado de la Galería.

Estábamos sentados ante una mesa de café, hacia el centro. Nigel comentó que, a menudo, los hombres italianos se quedaban mirándome. Me mortificó, me acusó de flirtear con algunos de esos hombres y me vi obligada a negarlo.

—Hablarán de ti —dijo.

—Pero yo no quiero que lo hagan.

—Pues a mí me parece que sí. Eso es algo que les gusta a todas las mujeres. Les encanta que las miren y que hablen de ellas. Disfrutan sabiéndose objetos de la atención de los demás. Les gusta que admiren sus plumas, como esas aves tropicales que vimos en Roma.

—Pero las aves que vimos en Roma estaban disecadas.

—Sí, desde luego.

Un rato más tarde, Nigel adujo sentirse fatigado. La expresión de su rostro era sombría. Dijo que la multitud que llenaba la Galería era demasiado ruidosa.

Abandonamos nuestra mesa y salimos caminando por Via Roma. Encontramos un carruaje. Nigel permaneció sentado a mi lado, mientras las ruedas del vehículo traqueteaban sobre el empedrado de las calles, en dirección al mar.

Cuando el carruaje se detuvo, Nigel pareció sentirse feliz de hallarse de nuevo en nuestro hotel. Pidió que llevaran una cesta de naranjas a nuestra habitación. El director se inclinó e hizo chasquear los dedos, llamando a uno de los mozos.

Me senté junto a Nigel ante la gran ventana abierta de nuestra habitación. Nos dedicamos a contemplar el cielo azul. El aspecto de la bahía era encantador. Algunos pescadores todavía trabajaban en la playa. En la distancia, un vapor se movía

lentamente sobre el mar.

Nigel permaneció en silencio durante un rato, con la mirada fija en la bahía. Luego, me dijo que me desnudara.

—Pero no cerca de la ventana —advirtió—. No quiero que esos pescadores te vean.

Le pregunté si debía quitarme los ganchos del cabello y me contestó que no era necesario, que prefería que mantuviera el cabello tal y como estaba.

Fijó su mirada en mí y me levanté de la silla, contemplando el mar abierto y los pescadores de la playa. Al volverme de nuevo hacia Nigel observé que tenía la mirada fija en mis pechos.

Me desnudé cerca de la cama. Me quité las enaguas, mientras las tetas se balanceaban al moverme.

Al volverme hacia Nigel, éste se fijó en mi matorral mientras daba vueltas entre los dedos al puro que fumaba. Dijo que yo no era como las chicas italianas, que la pelambrea de las chicas italianas mostraba a menudo un desarrollo extraordinario.

—Tienen mucho vello.

Yo sentí el deseo de chuparle la polla. Recordé la sensación de su verga entre mis labios. Anhelaba volvérmela a meter en la boca.

Entonces, Nigel se incorporó. Nos situamos el uno frente al otro, cerca de la cama. Le toqué, pasándole las yemas de los dedos sobre la parte delantera de los pantalones. Su polla estaba rígida; pude darme cuenta de su erección. Se la acaricié por encima de la tela y le pregunté si quería que se la chupara.

—No —me contestó, apartándome la mano y colocándome las suyas sobre mis caderas.

Me tocó el vientre, bajando hacia la entrepierna. Luego me sostuvo las tetas, levantándolas en sus manos, jugueteando con los pezones, que miraba fijamente al mismo tiempo que me apretaba la carne.

Un soplo de brisa procedente del mar entró en la habitación. Nigel me tomó en sus brazos, poniéndome ambas manos sobre las nalgas, estrujándome los globos. Luego, me dijo que me arrodillara sobre la cama.

Obedecí y me di la vuelta, sosteniéndome los pechos con las manos. Sentía sus ojos fijos en mí, en todo mi culo.

Me arrodillé sobre la cama, inclinándome, dispuesta a ser tomada, abriéndome de piernas, ofreciéndome, revelando mi sexo, el ojete del culo.

Nigel me acarició ambas entradas. Sus dedos me cosquillearon, inquisitivos. Me metió uno de ellos en el culo, abriéndome más el agujero.

—No te muevas —me dijo.

Sentí entonces su arma presionando contra mi entrada posterior. Su polla se apretaba contra mi culo, y el agujero se fue abriendo, dilatándose. Nigel lanzó un suspiro en el momento de penetrarme.

Yo me estremecí al sentir su carne caliente en las entrañas, al notar toda su

gordura. Gemí, y él me acarició las nalgas.

Presionó aún más hacia adelante para metérmela toda. Luego, se retiró. Gemí al notar ese deslizamiento dentro de mí. Su polla me dilataba cada vez más el agujero, y luego volvía a meterme la verga hasta las entrañas. La retiraba y la metía.

—Apriétame un poco —dijo Nigel con las manos rodeándome las nalgas.

Le apreté su órgano con mi culo. Su picha palpitó dentro del culo.

Luego, se corrió, lanzándome un chorro dentro, palpitando al hacerlo. Gimió al tiempo que me embestía y derramaba todo su licor. Pude sentir la humedad, la efusión que me llenaba el culo.

Finalmente, se retiró y murmuró algo. Yo me toqué el dilatado ojete del culo.

No dije nada, y permanecí arrodillada. Finalmente, me extendí sobre la cama y oculté el rostro en una almohada.

¿Me sentía abandonada?

Fue una hora más tarde cuando Nigel dijo que se sentía enfermo, que sufría de una profunda fatiga.

Entonces me di cuenta de que el color de sus ojos era amarillento. Me sentí alarmada. Me vestí rápidamente y salí en busca del director del hotel, quien estuvo de acuerdo en llamar en seguida a un médico. Había otros huéspedes en el vestíbulo del hotel y sentí sus miradas sobre mí. Pensé que debía de ir muy mal vestida.

El director del hotel se mostró amable y me trajo un vaso de agua.

Al cabo de un rato llegó el médico. Me sonrió y se inclinó ante mí, presentándose y diciendo llamarse Paroli.

El doctor Paroli fue muy amable. Tenía un rostro delgado y no dejaba de mirarme los pechos. Luego, examinó a Nigel.

Una vez terminado su examen, el doctor Paroli me tranquilizó. Dijo que Nigel sólo sufría de un pequeño problema de hígado, y que se ocuparía de los necesarios arreglos en el hospital.

Los tres nos dirigimos en un carruaje al hospital de Mergellina, situado sobre una pequeña colina, cerca del puerto. Nigel me murmuraba algo, se mostraba dubitativo acerca de la eficacia de la medicina italiana.

—Suelen reír demasiado.

Ya se había hecho de noche y la entrada del hospital estaba oscura. No parecía haber nadie en el gran vestíbulo, como no fueran los fantasmas y las sombras. Unas velas parpadeaban en el pasillo principal, y las sombras se movían a cada parpadeo de las llamas.

El doctor Paroli consiguió una habitación para Nigel. Al cabo de poco tiempo, subimos la escalera de mármol. Algunas personas pasaron junto a nosotros. Percibí susurros de voces. Vi a las monjas. A la luz de las velas, los dedos de las monjas se movían como tentáculos.

El doctor Paroli no tardó en instalar a Nigel en una de las camas del hospital. Llamó a una enfermera para que le limpiara la frente. Al cabo de un rato, el doctor

Paroli me hizo salir de allí y me acompañó de regreso al hotel.

A la mañana siguiente, cuando visité a Nigel, parecía sentirse restablecido, aunque su rostro había adquirido un tinte amarillento. El doctor Paroli no estaba presente. Había hecho su visita antes de mi llegada.

Tras abandonar el hospital, caminé por los muelles de Mergellina, pensando en lo bonito que era todo, en lo feliz que parecía la gente. Decidí regresar al hotel caminando a lo largo de la muralla que bordea el mar. Mientras caminaba, era muy consciente de las miradas de los italianos, que me seguían.

Contemplé los barcos de pesca y abrí la sombrilla mientras caminaba. Aún era temprano y el fresco permitía pasear sin dificultades. La brisa del mar resultaba muy agradable. Caminé a lo largo de la muralla y luego crucé la parte más larga de la Villa Comunale. Los niños jugaban sobre la playa, cubierta de guijarros. Finalmente, llegué al hotel. El director me sonrió, diciéndome que confiaba en que la enfermedad de mi esposo se pasaría rápidamente.

Más tarde, poco antes del mediodía, volví a salir y me dirigí a la Galería. Estuve mirando escaparates mientras caminaba. Ahora, al mediodía, la Galería estaba abarrotada de gente. Pensé en sentarme ante una mesa del café. Entonces vi al doctor Paroli acomodado ante una de las mesas. Estaba a solas. Al verme, se levantó y se inclinó. Me sonrió y me invitó a compartir la mesa.

—Sería un honor para mí.

Me pareció muy amable por su parte. Se trataba de un hombre pequeño, con un bigote gris. Pidió limonada para mí. Sus ojos no se apartaban de mí ni un instante.

El doctor Paroli habló de Nápoles. Me preguntó si había visto ya el museo y aseguró que el museo arqueológico era un lugar extraordinario, ofreciéndose para acompañarme allí si así lo deseaba.

—¿Permitirá que me vean en su compañía? Seré la comidilla de todo Nápoles debido a su belleza.

Me sonrojé. Le dije que me sentiría encantada de visitar el museo y acepté su invitación.

Encontramos un carruaje descubierto en la plaza situada tras la Galería. Avanzamos en el vehículo a través de calles tortuosas. Yo sostenía la sombrilla abierta. Los niños y los padres salían a las puertas de las casas para mirarnos, y la gente levantaba las persianas de las ventanas para mirar hacia la calle al pasar nuestro carruaje. Se decían cosas los unos a los otros, en italiano.

—Se están diciendo lo hermosa que es usted —dijo el doctor Paroli.

Me habló de Pompeya, mientras ascendíamos por las colinas.

Finalmente, llegamos al museo arqueológico. El doctor Paroli me ofreció su brazo al entrar. Dejamos el sol y entramos en las frías salas de mármol del museo.

Al parecer, éramos los únicos visitantes. El doctor Paroli me llevó a una sala llena de estatuas rotas. Nos hallábamos rodeados por un amplio despliegue de pechos y traseros de mármol, y parecían mirarnos cientos de vacíos ojos de piedra.

Al cabo de un rato, regresamos al carruaje. Al descender de nuevo hacia la bahía, el doctor Paroli me invitó a tomar el té en su casa.

—Me sentiría muy honrado, *signora*.

Su casa estaba llena de alfombras turcas y sillas marroquíes. Por todas partes se veían pequeñas botellas de colores, y había figurillas de cuarzo sobre cada una de las mesas.

Me quité el sombrero. Ya era media tarde, y el calor resultaba opresivo. El doctor Paroli me miró.

—Qué hermosa es usted —dijo, mirándome los pechos.

En ese momento apareció su ama de llaves, limpiándose las manos en el gran delantal que llevaba puesto. Tenía unos ojos oscuros, de mirada fija, un busto muy prominente y unos labios anchos.

El doctor Paroli le pidió que nos sirviera el té en la biblioteca. Yo me quedé contemplando el mar a través de la ventana abierta, escuchando al doctor Paroli hablar de su casa en Capri.

—Cuando su esposo vuelva a sentirse bien, serán ustedes mis invitados allí.

Un aroma a lavanda penetró por la ventana abierta.

Luego, el doctor Paroli me acompañó hasta la atestada biblioteca. Sobre una pequeña mesita había un grupo de campanas de bronce, en forma de camello. Había libros polvorientos por todas partes. Nos sentamos cerca de la ventana, y poco después apareció el ama de llaves, para servirnos el té. El doctor Paroli habló de sus viajes por Egipto, mientras el ama de llaves me miraba con descaro, hasta que finalmente se retiró. Fue entonces cuando el doctor Paroli se levantó y se me acercó.

—¿Me la quiere chupar?

Me quedé mirando fijamente la parte delantera de sus pantalones. Me imaginé su polla, y asentí con un gesto de la cabeza.

Sus manos se movieron con rapidez. Se desabrochó los pantalones, metió los dedos dentro y se sacó la verga.

Su órgano era oscuro, de tallo delgado y dotado de una larga capucha. Sus dedos la retiraron hasta dejar al descubierto el glande.

El pene me pareció más pequeño que el de Nigel. Pero el champiñón rojo oscuro pareció crecer ante mis ojos. Observé con atención cómo se ponía rígida su arma, lentamente. Luego, se la palpé, acariciándola. El pene se balanceó entre mis dedos, hasta que se puso muy tieso. Le sostuve el oscuro tallo hasta la raíz.

Entonces, el doctor Paroli se sacó también los huevos. Tenía unos huevos grandes y el oscuro escroto parecía hinchado. Se lo toqué. Mis dedos acariciaron su arrugado saco.

A continuación, le chupé la polla. Su carne caliente llenó mi boca. Ahora, el glande se había puesto muy grueso. Cerré los labios alrededor del tallo, aprisionándolo, y lo sentí muy caliente en mi boca. Me pareció agradable y me lo metí aún más dentro de la boca, profundamente.

El doctor Paroli habló de mujeres a las que había conocido, de sus bocas, de la manera en que se la habían chupado. Al mismo tiempo, se balanceaba adelante y atrás, sobre los talones y el pene se deslizaba al mismo ritmo entre mis labios. Le agarré la raíz con los labios, le sostuve los huevos con las manos. Él dijo que no todas las mujeres utilizaban la boca con la fuerza adecuada. Se la mamé y utilicé la lengua para lamerle el glande, balanceando la cabeza e inclinándome mientras se la chupaba, llenándole el rígido tallo con mi saliva.

Luego, de repente, se corrió y su licor fluyó en mi boca. Le chupé con más fuerza la polla que arrojaba sus chorros y él siguió embistiéndome la boca, sin dejar de arrojar chorros. Su semen era espeso. Le chupé todo el pene, a lo largo, y luego la punta, rodeándosela con los labios. Le mamé la punta del órgano hasta que finalmente lo retiró de entre mis labios.

—Qué encantadora ha sido —dijo.

Después, llamó al ama de llaves. La mujer apareció, mirando con ojos recelosos. Un olor a ajo penetró con ella en la estancia. El doctor Paroli se dirigió a ella en italiano y sus ojos oscuros se posaron sobre mis labios húmedos.

Me estremecí. El ama de llaves se había dado cuenta de lo ocurrido. Estaba convencida de que aquella mujer lo sabía todo.

Una expresión de burla apareció en sus ojos. Seguía mirándome con fijeza los labios, y yo no pude evitar lo que hice entonces. Me pasé la lengua por los labios, relamiéndomelos.

El doctor Paroli volvió a dirigirse a ella en italiano. La mujer se encogió de hombros. Se dirigió a una silla y se sentó. La expresión de su rostro era impasible. Tiró hacia arriba del vestido negro y del gran delantal, y dejó al descubierto las piernas. Tenía unas pantorrillas gruesas, cubiertas por unas medias de algodón negro que le llegaban hasta las rodillas. Más arriba, observé unos muslos blancos y rollizos, y más arriba aún una pelambarrera espesa y prominente. La abundancia de vello era asombrosa.

Abrió los muslos un poco más. Los oscuros labios sobresalían de su coño, y la boca de éste le abultaba entre los muslos.

Qué velluda era. Poseía una verdadera jungla enmarañada. Me estremecí al contemplar su sexo.

—¿No le apetece? —preguntó el doctor Paroli mirándome—. Está esperando a que se lo chupe.

Me levanté de la silla y me arrodillé ante la mujer, que abrió aún más las piernas, mostrándome los muslos blancos, los labios abiertos, pletóricos. Se removió la pelambarrera con los dedos, que movió sobre el abultado coño. Murmuró algo. Yo tenía la mirada fija en el coño, la raja, el clítoris prominente, el matorral humedecido. Ella misma se abrió los labios para mostrarme su humedad, su gruta, atrayéndome aún más con su fuente.

—Ella ha tenido tres maridos —dijo el doctor Paroli—. Uno murió en Calabria, el

otro fue arrollado por un tren, y el tercero desapareció en el mar.

Me incliné hacia adelante. El sexo despedía un fuerte aroma. Se lo chupé, le pasé la lengua por toda la pelambreira, y seguí chupádoselo, metiéndole la lengua en el coño, lamiéndole las paredes de la raja, subiendo después hacia el clítoris, que apreté entre los labios, sin dejar de lamerlo, absorbiendo todo el aroma de su coño. Ella emitió un sonido, un gruñido de satisfacción mientras yo saboreaba su carne.

El doctor Paroli dijo algo en italiano y el ama de llaves volvió a emitir un sonido. Apreté la cabeza contra ella, la boca, los labios sobre su lugar más ardiente, su rezumante sexo y le lamí todas sus efusiones, pasando la lengua arriba y abajo, deteniéndome de vez en cuando en el clítoris, mientras la mujer se estremecía de placer. Dijo algo en italiano. Volvió a estremecerse, y se corrió. Se corrió en mi boca, permitiéndome degustar su licor, con todo su sexo rezumando en mi boca, llenándome los labios y la barbilla.

Finalmente, me aparté de aquel bosque de vello oscuro, relamiéndome los labios. Tenía el sabor y el aroma de su coño sobre mis labios.

—Como una santa —dijo el doctor Paroli mirándome—. Tiene usted la pasión de una santa.

A la mañana siguiente, cuando visité a Nigel en el hospital, su estado parecía haber mejorado mucho. Me dijo que, después de todo, podríamos visitar Capri.

—Y posiblemente Ischia —añadió—. Disfrutarás mucho de Ischia. Tienen un baile muy divertido que llevan a cabo por la noche.

LA señora Hawley está sentada con la espalda recta, los hombros echados hacia atrás y la cabeza erecta. No me mira. No nos mira a ninguno de los presentes. Tiene la mano izquierda apoyada a lo largo del muslo izquierdo, mientras que los dedos de la mano derecha se tocan la larga cadena de oro que cuelga sobre su corpiño. A veces, la mano derecha tiembla un poco, y un destello de luz solar surge del oro de su anillo de casada.

Las ventanas del gran salón están descorridas. Más allá, se observa una amplia extensión de prados. Es la propiedad Aldershaw, hectáreas de superficie verde que rodean la mansión de campo de los Aldershaw.

Ha vuelto el tiempo suave, llevándose consigo el invierno, el invierno de mi sometimiento.

El señor Hawley está sentado cerca de la señora Hawley. Lleva un traje a cuadros, y un cuello alto. Parece sentirse terriblemente incómodo. Permanece sentado, cubriéndose cada rodilla con la palma de una mano. En estos momentos, no tiene el aspecto del abogado seguro de sí mismo, y en su mirada se observa una expresión dubitativa.

Evelyn se levanta. Lleva un vestido azul ligero. Se mueve con facilidad, entrelazando las manos por delante, mirando a la señora Hawley.

¿Y quién es este otro? A la izquierda de Evelyn está el señor Gordon Spencer, empleado del señor Hawley, con su joven rostro adornado por abundantes patillas y bigotes, lo que ya ha dejado de estar de moda en estos tiempos, pero una nunca sabe lo que ocurre en las habitaciones traseras de los despachos de los abogados y sus empleados. Los ojos del señor Spencer son cautelosos, y su incredulidad se percibe en la mueca de extrañeza de los labios. Parece sentirse incrédulo ante su misma presencia en esta habitación.

Tenemos nuestros rituales. Es un momento de mantenimiento y contención, la estructura de las cosas preservadas en el ritual.

Los Hawley, claro está, se sienten extrañados. Han llegado esta misma mañana de Londres, y no han encontrado lo que esperaban encontrar. No han descubierto nada de lo que se imaginaban. Durante todo el invierno, no han recibido una sola noticia de Evelyn ni de mí. Han llegado con la expectativa de pasar un fin de semana divertido, y ahora se encuentran con que no hay diversión alguna.

Les tiemblan las manos. Las de la señora Hawley con mayor frecuencia que las de su esposo. El señor Hawley tiene el suficiente sentido común como para apretar las manos sólidamente sobre las rodillas. Hay momentos en que incluso logra aparentar una actitud de indiferencia. Gira la cabeza, inspecciona la estancia por un momento y luego la vuelve a colocar en su posición original. Pero la señora Hawley no consigue aparentar indiferencia alguna: sus dedos, los dedos que mueven la cadena que decora

su busto, continúan temblando, casi de forma incontenible.

—No lo comprendo —dice entonces la señora Hawley.

Al hablar, no me mira. Siente demasiado temor como para mirarme directamente. Demasiada incertidumbre. El señor Hawley parece sentir lo mismo, y también evita mis ojos, o los ojos de Evelyn. Por lo que se refiere a Gordon Spencer, los Hawley dan la impresión de no querer aceptar su presencia. Reconocer la existencia del señor Spencer significaría verse obligados a reconocer lo que todavía se empeñan en negar.

Lo que les falta es comprensión de las cosas. Los Hawley no comprenden nada. En cuanto a Evelyn, está mucho más preocupada por la diversión que por la comprensión. El señor Spencer, por su parte, está más allá de la comprensión.

—No lo permitiré —dice la señora Hawley.

Ahora, sus dedos se aferran a la cadena, retorciendo los eslabones en un sentido y en otro, retorciendo los dedos para evitar que se muestre su temblor.

Tenemos nuestros tratos. Tratos y rituales, incluso aquí, en este salón situado a sesenta kilómetros de Londres.

Miro a la señora Hawley.

—Creo que lo deseas.

—No, no es cierto.

—Sí, lo deseas. Estoy segura de ello.

Su rostro está pálido. No se atreve a sostener mi mirada, y se vuelve para mirar el reloj de oro molido que hay sobre la repisa de la chimenea. Luego, se gira para mirar una vez más al señor Hawley. Hay desprecio en sus ojos. El señor Hawley no le devuelve la mirada y continúa presionándose las rodillas con las manos. Parece aturdido, con el rostro inmóvil, el cuerpo rígido y las manos siempre sobre las rodillas.

Cómo le odia ella ahora. Haberla traído aquí para esto. Aquí, en la mansión de campo de los Aldershaw.

No dirige una sola mirada hacia Gordon Spencer, ni un solo vistazo de desdén. No a un empleado. La señora Hawley no está dispuesta a admitir la presencia de un empleado. Y el empleado parece sentirse un tanto espantado. Ella observa fijamente las manos del señor Hawley, la blancura de los nudillos, producida por la presión que éste ejerce sobre las rodillas.

¿Y el señor Spencer? No se ha movido. El movimiento sólo se produce cuando se cree algo, y él teme efectuar cualquier movimiento, ante la perspectiva de que la cabeza le estalle en fragmentos.

Evelyn emite una risita, con un suave estremecimiento en el cuello, y luego se queda en silencio.

Un silencio polvoriento se extiende sobre la estancia, dominada por silenciosos Vandykes que cuelgan de las paredes. ¿Quiénes son? ¿Acaso los antepasados de los Aldershaw? Hombres con ojos protuberantes y la espada al cinto, héroes de los mitos de Waterloo.

Permanecen ahí, enmarcados, como centinelas, con los ojos fijos en las hectáreas de prados que se extienden en el exterior.

Entonces, Evelyn parece regocijarse.

—Creo que Margaret se siente molesta. ¿Estás molesta, Margaret?

Ella cierra los ojos. Evelyn es ridícula si se imagina que Margaret estaría dispuesta a admitir que se siente molesta. Y cuando Evelyn me mira, no digo nada. Le dirijo una mirada burlona y ella se sonroja.

La puerta se abre. Van a servirnos el té. La doncella entra y sale en silencio. Sólo se oye el tictac del reloj de oro molido.

Una habitación vacía. No hay nada en ella, excepto un gran canapé de cuatro patas. Y aquí estamos todos: los Hawley, Evelyn, el señor Spencer y yo misma.

Las paredes están desnudas, sin decoración alguna. Sólo las blancas molduras talladas sirven para romper la monotonía de las paredes desnudas. En una pared hay una gran chimenea de ónice, con el hogar vacío, dando la impresión de no haber sido utilizado en mucho tiempo. El suelo está pulido, encerado, y extremadamente limpio, desde la pared donde está la chimenea hasta la pared opuesta.

A excepción de Margaret, todos los demás estamos de pie. Los dos hombres se encuentran un poco retirados, hacia el fondo, apoyados contra la pared desnuda, entre las dos puertas vidrieras.

Margaret está atada e inclinada, con el cuerpo doblado sobre el canapé, con cada uno de los tobillos y muñecas atado a una de las cuatro patas. Está gimoteando. De vez en cuando, se retuerce. Tiene el vestido levantado, y se le han arrancado las bragas. No lleva ligas y las medias le llegan hasta medio muslo. Ahora, gira la cabeza. Vuelve la cabeza a un lado, apoyando la mejilla contra el terciopelo del canapé. Y mantiene los ojos cerrados mientras gimotea.

Evelyn está entre el canapé y la chimenea, con la mirada fija en la señora Hawley, con el rostro encendido.

El señor Spencer mantiene la espalda completamente apoyada contra la pared, y levanta la barbilla. Lleva afeitada la parte delantera de la barbilla, pero todo lo demás está cubierto por las patillas y el bigote. Mira fijamente a la señora Hawley. Se encuentra delante, por lo que sólo le ve el trasero expuesto por encima de la espalda y de los pliegues del vestido subido. Tiene los ojos como congelados, inmóviles, y la boca ligeramente abierta. Entonces, mueve la mandíbula, cierra la boca y empieza a mover los labios.

Margaret agita las caderas. Sigue gimoteando, con los ojos cerrados. Lentamente, mueve las caderas de un lado a otro.

El señor Hawley evita mirar a su esposa; no quiere mirar a Margaret. Está de pie, junto al señor Spencer, con la cabeza girada y la mirada fija en la chimenea. Permanece así, inmóvil. Entonces, de pronto, mueve la pierna izquierda, desplazando

lentamente el peso de su cuerpo de un pie al otro. Al moverse, la boca se retuerce en una mueca. Finalmente, vuelve a girar la cabeza, esta vez hacia el frente, mirando ahora a su esposa, el vestido levantado, el trasero al desnudo, la piel blanca y pálida de las nalgas.

Margaret mueve de nuevo el carnosos trasero de un lado a otro, y sigue gimoteando. Ese trasero marfileño, allí, en medio de la habitación desnuda, se desplaza con suavidad a derecha e izquierda. Mantiene las rodillas apretadas todo lo que puede, mostrando los muslos lechosos por encima de las medias. Las piernas, las rodillas, las partes bajas de los muslos están cubiertas con una fina seda de color gris.

Yo estoy de pie tras ella. Lo veo todo desde mi posición; observo el oscuro abultamiento de su coño desde atrás, la peluda castaña de su sexo, la raja, el culo, la profunda raja que parte los dos globos, y la protuberancia del coño, formando los dos labios.

—Déjame que lo haga yo —dice Evelyn, con sus ojos buscando mi permiso.

Hago un gesto de asentimiento, y Evelyn se acerca a Margaret, le toca el trasero, le acaricia la grupa de marfil, aprieta la carne con las dos manos. Margaret vuelve a gimotear, con la boca abierta. Entonces, en la mano de Evelyn aparece un frasquito. Lo abre, unta un dedo en el aceite y lo acerca al ojete del culo de Margaret.

De ese modo, aceita a la señora Hawley, mientras su esposo lo observa todo, impotente, porque ahora sí que está observando. Evelyn se ríe, llama al señor Spencer y le dice que la ocasión es propicia.

—Propicia, señor Spencer, propicia. No debe ser tímido.

El señor Spencer vuelve a mover una pierna. Dirige una mano hacia la parte delantera de los pantalones, manosea los botones hasta desabrochárselos; se mete la mano y saca el pene: rosado, rígido, con la capucha ya retirada para mostrar el glande carmesí.

Evelyn sigue riendo.

—Venga aquí, señor Spencer. No puede hacer nada desde ahí. Tiene que acercarse.

El señor Hawley se estremece, con los ojos medio cerrados, como si aparentara ceguera. Le tiembla el cuerpo mientras observa al señor Spencer acercándose al trasero de su esposa.

Margaret gimotea de nuevo. Ella también pretende ceguera, con los ojos fuertemente cerrados, la boca abierta y la respiración produciendo delicados bufidos.

La verga del señor Spencer está completamente despierta. De proporciones modestas, con el glande redondo y de un rojo oscuro, con el tallo sobresaliendo de sus pantalones como una suave protuberancia rosada. Se sitúa detrás de la señora Hawley, justo detrás del trasero levantado, con la mirada fija en las nalgas, en la raja, en todos los detalles íntimos que contempla con incredulidad.

Ahora espera, temblando, la voz de la autoridad. Evelyn se siente muy regocijada. Le acaricia la mejilla, las patillas.

—Qué preciosa es —dice tomándole la polla en la mano.

Él levanta la barbilla y emite un sonido gorgoteante, como si se hubiera atragantado. Los dedos de Evelyn se introducen por la abertura, bucean y le sacan los huevos. El saco queda suspendido por debajo de la verga enhiesta. Evelyn ríe.

—Parece disponer de todo lo que se necesita —dice.

El señor Spencer abre la boca, pero no dice nada. Los labios se mueven y vuelven a caer sin pronunciar sonido alguno, con la barbilla todavía levantada en su aturdimiento.

Pero ahora, la situación es más que evidente. Evelyn maneja la polla del señor Spencer, los dedos le levantan los huevos, jugueteando con ellos, haciéndole cosquillas en la raíz de la verga. Él se retuerce, abre la boca. ¿Muestra acaso una expresión de desafío?

Ante él permanece arrodillada la esposa de su patrono, en un estado de completa sujeción, con el trasero levantado, y el peludo sexo elevándose hacia él, con la oscura rosa del culo apretada en un nudo de mortificación.

Evelyn sigue manoseándole la polla. La acerca hacia el objetivo. Un bufido escapa por la nariz levantada del señor Spencer. Bajo él, la señora Hawley vuelve a agitarse. Qué madura está; la oscura gruta palpita en su preparación y los globos marfileños se deslizan de un lado a otro. La carne tiene sus propias necesidades, sus propios desbordamientos.

Ella se inclina obediente, a la espera de la verga, expectante, primero en un orificio y después en el otro. Es Evelyn la que elige, y coloca la polla del señor Spencer entre los labios del hinchado sexo de Margaret. En el momento siguiente, un sonido crujiente escapa de la garganta del señor Spencer y su órgano se desliza hacia las profundidades.

La señora Hawley gime. El sonido se extiende y se desvanece por la habitación vacía. Le tiembla el cuerpo, impotente, mientras la polla del señor Spencer se mueve en el fondo de su gruta. Ella tiembla de consternación. Cómo aborrece esta situación, con su centro atravesado por el órgano de un empleado de su esposo, por este joven de patillas que lo mira todo con ojos de perplejidad.

El señor Spencer emite un gruñido, y otro, que se añaden a los sonidos húmedos que produce la conexión carnal. Luego, Evelyn tira de él, le hace sacar la verga, salir de un orificio para entrar en otro, guiando la polla con los dedos, apretando la punía contra el culo, hasta que la verga se mete en las entrañas de la señora Hawley.

Margaret gime. Le están dando por el culo, su entrada posterior está siendo conquistada por este empleado. Gimotea ante su propia ternura. Ahora, el señor Spencer ya ha perdido todo atisbo de deferencia. Se agita y la embiste, penetrando en el culo de la señora Hawley, metiéndosela hasta que los huevos chocan contra las nalgas. Mueve las manos y las coloca sobre la grupa para apretujar los globos carnosos. Se llena las manos con la carne marfileña de Margaret, que vuelve a gimotear, balanceando las caderas de un lado a otro, perdida ya en la sensación de

aquella verga metida en las profundidades de su culo, abandonada por completo, levantando al culo para que la penetre aún más.

Ahora, me acerco a ellos. Evelyn se aparta a un lado. El señor Hawley sigue como petrificado junto a la pared. Margaret mantiene los ojos cerrados, la mandíbula abierta. El señor Spencer sigue levantando la barbilla, tensando el cuello, con los labios retirados sobre los dientes, en una mueca de desesperación.

Le sostengo los huevos, sopesándolos, y el saco se balancea con violencia al tiempo que él sigue embistiendo el culo con fuertes movimientos. Tomo los huevos con una mano y se los aprieto con firmeza. El joven lanza un grito, se sacude y se corre en el culo, con un grito estrangulado. Se la mete más a fondo al correrse, y vuelve a embestir. Su efusión chorrea en el interior del culo, y rezuma por el orificio cuando él continúa moviéndose.

Evelyn tironea de las patillas del señor Spencer.

—No se olvidará de esto, ¿verdad?

Evelyn y yo hemos dejado a Margaret a solas sobre una cama adoselada. Una cama de terciopelo y seda. Hay un aroma a jazmines. Se percibe un susurro. Margaret está arrodillada, con el rostro apoyado sobre la colcha. No lleva nada, excepto un collar de perlas. Tiene la espalda arqueada, las caderas firmes, el trasero blanco y los muslos lechosos.

Evelyn sostiene un látigo. Ella también está desnuda, con una expresión desenfadada en el rostro. Ahora se mueve, extiende el brazo y deja caer el látigo entre las nalgas de Margaret.

Observo los azotes, los estremecimientos de Margaret, que tiene toda la pelambrea humedecida, que gime. Evelyn vuelve a azotarla, balanceando las tetas al moverse. Luego, echa el brazo hacia atrás, levanta el látigo, lo sostiene en alto un momento y lo deja caer de repente. Margaret solloza cuando el látigo le azota el trasero.

Tiene la carne muy tierna. El látigo vuelve a caer, estableciéndose una cadencia rítmica. Y Margaret solloza a medida que su trasero va quedando marcado por los latigazos. Tiene los ojos cerrados. ¿En qué estará soñando? Me subo a la cama y me sitúo delante de ella, me inclino, con los muslos abiertos y le empujo la cabeza con un pie.

Ella abre los ojos, y gime al ver la cercanía de mi coño. Se desplaza hacia adelante para besarme los muslos, el coño. Su boca chupa con avidez. Me va chupando toda la fuente mientras Evelyn sigue azotándola. Me mete la lengua en el coño y la retuerce allí cada vez que recibe un azote en el trasero. Sus labios y su lengua buscan mi raja.

—Voy a meterle un palo —dice Evelyn—. Voy a meterle un palo en ese grueso coño que tiene.

Arroja el látigo a un lado, se acerca presurosa a una cómoda, abre un cajón y regresa con un enorme falo. Margaret gime mientras me chupa el clítoris. ¿Ha oído lo que ha dicho Evelyn? Pero no lo parece, porque sigue chupándome los labios, el coño, tironeando de mi carne, mientras Evelyn le acaricia el culo levantado y, entre risitas, abre un frasco y aceita el falo que luego extiende hacia su coño.

—Querida Margaret. Quieres que te lo meta, ¿verdad?

Y al cabo de un momento Margaret gime cuando el cilindro de cuero penetra en su coño abierto.

Evelyn tiene el rostro encendido y los ojos brillantes. Observa fijamente la penetración. Sostiene las caderas de Margaret y empuja hacia adelante, metiéndole el falo por completo.

—¿Verdad que es agradable? Anda, dímelo, Margaret. Tienes que decírnoslo.

Margaret emite un sonido, pero su boca está muy ocupada entre mis muslos. Evelyn tiembla de satisfacción. Se aparta, retirando el falo y Margaret se estremece al notar el coño repentinamente vacío. Mordisquea el mío y gime al sentir el falo metiéndose por su culo.

—Dios santo, qué hermoso —exclama Evelyn.

Una vez más, se lo aprieta adentro, introduciéndoselo esta vez hasta las entrañas.

Me corro en la boca de Margaret, mientras ella chupa mis líquidos con avidez, tironeándome de la carne, lamiendo todo mi jugo. Evelyn sigue dándola por el culo con el falo, con la mirada fija en el deslizamiento del instrumento de cuero, que sale y entra del culo de Margaret. Luego, Margaret tiembla de pies a cabeza en un violento espasmo, sintiendo cómo le trabajan el culo, al mismo tiempo que su lengua sigue lamiéndome el coño.

Yo lo observo todo. Observo su posesión. Y entonces, aparto a Margaret y ofrezco mi propio trasero a su frenesí.

NIGEL y yo visitamos Stockbridge después de nuestro viaje a Italia. Me encantó volver a ver a mis padres. La vieja casa parecía tan tranquila. A pesar de que era una casa vieja y grande, ahora me parecía más pequeña. Al fin y al cabo, ya era una mujer casada, y me dije a mí misma que debía mostrar la apropiada dignidad y el porte adecuado.

Mis padres parecieron sentirse felices de vernos. Nos dieron un dormitorio situado junto al suyo. Mamá no quiso que nos instaláramos en mi antigua habitación, y fue papá quien insistió en que Nigel y yo compartiéramos la misma cama, diciendo que no quería hacernos pasear por los pasillos toda la noche. Mamá se echó a reír. Se encontraba en uno de sus estados de ánimo desbordantes y nos contemplaba con orgullo, aunque sus ojos adquirían un brillo intenso al mirar a Nigel.

Durante la cena, Nigel y yo contamos historias de nuestros viajes. Se bebió mucho vino en la cálida sala. Los sirvientes entraban y salían, ellas con sus actitudes sombrías. Siempre los ojos vacíos y sombríos de las criadas.

Y hablamos. Nigel y yo tendríamos una casa en Londres. El tío de Nigel había encontrado varias posibilidades. Yo tendría que elegir a la servidumbre. Sí, tendríamos casa nueva, servidumbre nueva y muebles nuevos.

Después de cenar, le eché un vistazo a mi antigua habitación. Me vi asaltada por recuerdos de mi niñez. Me dije a mí misma que el pasado era como un mundo perdido, y que ya no debía seguir pensando en él. Acaricé cada una de las muñecas que guardaba en mi dormitorio. Pensé en Nigel, en nuestro viaje por Italia, en la Galería Umberto, de Nápoles.

Luego, me dirigí a la habitación que compartiría con Nigel, la que estaba situada junto a la de mis padres. Se trataba de un dormitorio de invitados que normalmente no se utilizaba. Me parecía ahora tan extraño ocuparlo como una invitada. Contemplé fijamente mi propia imagen, reflejada en el espejo y volví a decirme que ya no era una niña, que ahora tenía todo el aspecto de una mujer, que llevaba vestidos a la última moda, y que mis sombreros serían la envidia de todas las jóvenes de Stockbridge.

Esa primera noche fui poseída por Nigel en nuestra habitación. Qué extraño resultaba. Me estremecí bajo sus besos. Creí oír el relincho de un caballo bajo la ventana. Nigel dejó al descubierto mis pechos. Hizo que me inclinara, me levantó el vestido hasta la cintura, y me empujó con suavidad sobre la cama, inclinándose después sobre mi espalda. Me besó en el cuello y me susurró junto a la oreja.

Me preguntó si me agradaba volver a estar en casa de mi padre. Le dije que sí, que me encantaba, al tiempo que me estremecía de placer, sólo de pensar en estar así, inclinada sobre una cama extraña, en casa de mi padre. Nigel se apretó contra mi trasero, lanzando su cálida respiración sobre mi cuello. Al otro lado, frente a mí, la

pared aparecía amarillenta bajo la débil luz de la lámpara de gas.

—Sí, claro que te gusta —dijo Nigel.

Luego, se retiró para contemplarme el trasero, para atisbar mi sexo. Me hizo cosquilleos en el coño y yo enterré el rostro sobre la almohada, a la espera. Un momento más tarde, su verga presionó contra mi sexo, abriéndose paso, metiéndomela, embistiendo mi sexo, follándome allí mismo, en aquella cama, en casa de mi padre. Y con mi esposo. Me estaba follando mi marido. Sus huevos me rozaban la parte inferior de los labios, y él se apretaba sobre mi clítoris.

Luego, me dio por el culo. Nigel lanzó un gruñido en el momento de metérmela, de llenarme las entrañas, de abrirme el ojetete con su gruesa raíz. Me arrodillé sobre la cama, levantando el trasero, saliendo al encuentro de su polla. Me pregunté si las sirvientas andarían deambulando por ahí. ¿Estarían escuchando junto a la puerta? ¿Emitirían risitas en los pasillos al pasar por delante?

Nigel murmuró algo mientras me daba por el culo, apretándome con las manos los globos del trasero, acariciándome el coño con los dedos. Cuando me pidió que le apretara la verga con mayor firmeza, así lo hice. Y entonces habló de nuestra casa en Londres y dijo que yo debía conocer a todos sus amigos.

—Vendrán a visitarnos —dijo—, y comprobarán lo bonita que eres.

Yo gemí, y me cubrí la boca en el momento de correrme, en el momento en que se corría Nigel, que murmuró algo. Y sentí la humedad de su chorro dentro de mi culo.

A la mañana siguiente salí a pasear por los jardines, en compañía de mi padre. Hacía un día precioso. Me colgué del brazo de mi padre mientras caminábamos. Él me habló de Inglaterra, de su ilimitado amor por Inglaterra. Me interrogó acerca de mis viajes. ¿Me sentía feliz de volver a encontrarme en Inglaterra? Se echó a reír al hablar de sus propios viajes por el continente. Dijo haber conocido lugares donde la gente parecía ser abismalmente estúpida y con costumbres ridículas, y afirmó que no resultaba nada extraño que Inglaterra gobernara el mundo; no, eso no tenía nada de extraño.

—Esta isla es una gloria sobre la tierra —dijo.

¿Acaso no estaba yo convencida de ello? Sí, desde luego, claro que estaba convencida. Me dijo que yo era una flor entre las mujeres inglesas. Nigel y yo nos estableceríamos en Londres, y él se sentiría orgulloso de hablar de nosotros.

—Nigel es un hombre con muchas alianzas, por el campo, por la escuela y ahora por la esposa. Y tú disfrutarás de todos los beneficios que eso comporta.

Luego, volvió a hablar de Italia. ¿Me habían parecido atractivos los hombres italianos? Me hizo hablar de Milán y de Roma. Pero yo recordaba Nápoles. Hablé de los días que Nigel había pasado en el hospital, a pesar de que estaba pensando en otras cosas ocurridas al mismo tiempo: en el doctor Paroli y su ama de llaves. Papá me preguntó si Nigel había sido amable conmigo durante el viaje.

—Parece que le gustas mucho.

Le dije a papá que no me sentía desgraciada. Él me tomó de la mano y continuamos nuestro paseo por el jardín. Luego, me puso la mano sobre el trasero, y cuando nos encontrábamos en el extremo más alejado del jardín, cerca del alto seto, me metió mano. Yo llevaba bien poca cosa por debajo del vestido de verano. Apenas unas delgadas enaguas. Papá me dio unas palmaditas en las nalgas.

—¿Estás contenta, Clarissa? He pensado mucho en ti. Supongo que tu madre también. Uno trae los hijos al mundo y, al cabo de un tiempo, vuelan del nido. Pero, claro está, ahora ya eres toda una mujer, porque lo eres, ¿verdad? ¿Eres toda una mujer, Clarissa?

Me tomó la mano y la acercó a la parte delantera de los pantalones, donde palpé el bulto de su pene, de su verga por debajo de la tela. Estábamos allí, de pie, en el extremo más alejado del jardín y yo tenía la mano sobre su pene. Entonces, me levantó el vestido y me metió la mano por entre los muslos, colocándome los dedos sobre el coño. Apoyé la cabeza sobre su hombro y gemí de placer. Al cabo de un momento, hizo que me corriera, con los dedos metidos en el coño, mientras yo le sostenía la polla a través de los pantalones, frotándosela hasta que él también se corrió.

En los días que siguieron, me sentí un tanto incómoda en presencia de Nigel y de mi madre. Durante la cena, les oía hablar. Mamá movía mucho las manos. Hablaban de política y de moda. Mamá parecía saber mucho sobre las cosas que ocurrían en Londres. Conocía todos los nombres, y estaba enterada de divertidos chismorreos. Nigel parecía sentirse muy a gusto con mi madre, mientras papá permanecía en silencio, tomando su vino a pequeños sorbos y sonriéndome de vez en cuando.

Yo me estremecía ante los recuerdos. Observé el parpadeo de las velas, el movimiento de los labios de mi madre. Guardaba el recuerdo de aquella noche en la que había visto a mamá y a Nigel. Qué obediente me había parecido ella, arrodillada sobre la alfombra, a los pies de Nigel, que la miraba desde lo alto, metiéndole la polla en la boca, deslizándola sobre sus labios. El húmedo deslizamiento de la boca sobre su carne dura. Y luego, el derrame del licor en la boca. Nigel corriéndose en la boca de mi madre, arrodillada ante él, recibiendo toda su leche, con los labios apretados alrededor de la verga, chupándola y tragándose lo que recibía. Observé ahora cómo hablaba y pensé en aquel otro momento en que se había tragado el semen de Nigel.

—Iremos a visitaros —dijo mamá—. Siempre he tenido muchas dificultades para conseguir convencer a tu padre de que viajáramos a Londres. Por lo visto, se imagina que todo lo que necesita se encuentra aquí, en Stockbridge. A mí me parece que la gente sensata tendría que visitar Londres con tanta frecuencia como le fuera posible, aunque sólo fuese por las diversiones. La gente de Londres es tan divertida.

Y siguió hablando y hablando. Me pareció extraño que ambas hubiéramos conocido al mismo hombre, que hubiéramos chupado el mismo pene. Me imaginé la polla de Nigel metida en mi propia boca, recibiendo su caliente efusión sobre mi lengua. ¿Le gustaba realmente a mamá? Pensé en sus estremecimientos. Ahora, tenía

la mirada posada sobre él, y movía los labios rojos mientras hablaba. Ella disfrutaba de sus propias ventajas.

—Escribiré a todos mis conocidos de Londres —le dijo a Nigel—. Insistiré en que no traten con ningún otro abogado que no sea Nigel Denbigh. ¿Crees que mis amigos me obedecerán? Oh, ya sé que en el fondo no te importa. Supongo que mis estúpidos amigos no serían más que una molestia para ti. Los hombres son a veces tan remilgados, ¿verdad? ¿Eres tú remilgado, Nigel? No, no creo que lo seas. No me lo pareces. Y Clarissa tampoco parece pensar eso de ti. Además, tienes una sonrisa tan agradable. Estoy segura de que tendrás un éxito enorme en Londres. Sí, estoy convencida de ello. Tienes carácter y educación para conseguirlo. Eso lo vi desde el principio. Y tienes unas manos maravillosas.

Al día siguiente, en el dormitorio que compartía con Nigel, me senté sobre el regazo de mi padre. Mamá y Nigel habían salido a cabalgar juntos. Estaba sentada sobre el regazo de mi padre, completamente desnuda, con el trasero apoyado sobre sus muslos también desnudos.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó haciéndome cosquillas en las tetas con el bigote.

Su polla palpitaba dentro de mi coño. Le rodeé el cuello con los brazos y me agité sobre su verga, mientras él me acariciaba el trasero, me apretaba las nalgas, me hacía cosquillas con un dedo en el ojete del culo, y me metía el dedo, al tiempo que yo me movía arriba y abajo sobre su verga.

—Mi amazona —dijo—. Eres mi amazona, ¿verdad?

Me estremecí sobre mi cabalgadura. Arriba y abajo, arriba y abajo. Me gustaba mucho la sensación de una polla gruesa bien metida en mi coño. Casi podía sentir su órgano en el vientre, y sus labios sobre mis tetas, mordisqueándome los pezones entre los dientes, haciéndome cosquillas con el bigote. Me eché a reír al sentir las cosquillas entre las tetas, el dedo metido en el culo. Sí, claro que era su amazona. ¿No estaba montada ahora sobre su polla? La humedad se extendía sobre mi trasero.

Oí sus gruñidos, percibí el mordisqueo de mis pezones, sentí el calor de mi sexo al cabalgar sobre su verga, su gruesa polla. Al darme cuenta de que iba a correrse, le cogí los huevos. Me gusta cogerle los huevos a un hombre en el momento de correrse. Él se agarró a mi culo al correrse. Mi coño absorbía todo lo que procedía de su verga, su leche. Gemí y me agité sobre ella. Había gotas de sudor entre nosotros.

—Así es como se hacen las cosas —dijo.

Me preguntó si Nigel me había follado alguna vez de esa manera, haciéndome cabalgar sobre su regazo, y tuve que admitir que no lo había hecho. Mi padre se sintió regocijado y me mantuvo donde estaba, con la verga todavía metida en mi coño, con las tetas entre sus manos, sosteniéndome una en cada mano y mordisqueándome los pezones.

—Y ahora vuelve a moverte.

La tenía tiesa otra vez. Me agité de nuevo sobre la polla endurecida, disfrutando de ella, con la boca de mi gruta apretándola al mismo tiempo que movía el culo. Papá

se echó a reír y dijo que movía el culo como una prostituta de Bombay. Giré la cabeza para ver cómo lo movía. Los labios de mi sexo se deslizaban sobre su grueso tallo.

—Vamos, cabalgaremos juntos —dijo más tarde mi padre.

Sus manos me levantaron. Me sentí extrañada, hasta darme cuenta de que se refería a montar a caballo en el exterior. Me acarició y me besó el bajo vientre.

—Vayamos a los establos —dijo.

Mamá y Nigel todavía estaban fuera, cabalgando. Nos vestimos rápidamente. Hacía un día exquisito para salir a cabalgar, y nos sentimos alegres al abandonar la casa. Papá y yo juntos. Él adoptó una actitud dominante en los establos, pidiendo que prepararan los caballos. Lynch el viejo, y Lynch el joven se apresuraron a obedecerle. Yo los ignoré. Conservaba el semen de mi padre dentro de mi coño, goteándome entre los muslos. Papá me tocó el cuello y le sonreí. Nos echamos a reír al ver a un conejo dando saltos hacia la protección de unos matorrales.

—Ésta es una buena época —dijo papá—. A veces, pienso que continuará siempre así.

Nos trajeron los caballos. Ignoré a Lynch, el joven, que me ayudó a montar sobre la silla. Despreciaba el contacto de sus manos sobre mi pie. Aquellas manos que ahora me parecían tan toscas. No me gustaba el olor de los caballos, ni los recuerdos que tenía de Lynch, el mozo de cuadras. Pensé en la prima Gertrude y en sus diversiones.

Me aparté de Lynch y salí a cabalgar con mi padre. Qué bien montaba. Me desafió a un trote. Luego, volviéndose hacia atrás, gritó diciéndome que me visitaría en Londres. Pensé en lo agradable que eso sería. Sí, esta época continuaría indefinidamente. Luego, al encontrarnos al borde de un bosque, papá me dijo que desmontara, y dejamos allí los caballos. Me sostuvo de la mano y echamos a caminar entre los árboles. Dijo que debía andar con cuidado. ¿Me gustaban los bosques?

Me deslizó una mano alrededor de la cintura. En ese momento, pensé en el coronel Dawson, en aquel día que había estado con él en el bosque, cuando me dio por el culo, levantándome el vestido hasta la cintura y dejando al descubierto mi trasero.

De repente, papá y yo llegamos a un claro, una abertura iluminada por el sol, en medio de la cual vi a Nigel y a mi madre. Nigel estaba de pie. Mamá estaba de espaldas e inclinada, levantando el culo hacia las embestidas de su polla.

Papá y yo lo observamos. Mamá gruñía, absorta en su disfrute de la verga. La gruesa polla de Nigel le abría todo el ojete. Ella apoyaba las manos sobre el tronco de un árbol y tenía las piernas abiertas. La humedad brillaba sobre el tallo de Nigel y sobre el trasero blanco de mi madre. La luz del sol penetraba por entre los árboles.

Mamá volvió a gruñir. Era un sonido extraño. Nigel volvió a metérsela hasta el fondo con una embestida y luego se retiró un poco. Y entonces, de repente, ambos giraron las cabezas en nuestra dirección. Nigel y mamá nos miraron, a mi padre y a

mí. Luego, mamá volvió a gruñir con la boca abierta, mientras Nigel le llenaba las entrañas. Ella agitó el trasero y sus ojos se encontraron con los míos en ese preciso instante. Me estremecí de ver la moverse, al oír los sonidos sibilantes que se escapaban de sus labios.

Nigel volvió a embestirla y ella cerró los ojos. Giró la cabeza y su cuerpo se estremeció al recibir la embestida. Dejó caer la cabeza, y Nigel la sujetó con firmeza por las caderas, metiéndosela hasta el fondo.

—Le gusta que le den bien por el culo —comentó mi padre con una risita.

Y allí mismo, a mi lado, empezó a desnudarse. Yo no lo miré. No podía apartar la mirada de Nigel, que seguía dándole por el culo a mi madre, ni del rítmico balanceo de los huevos de mi marido. Entonces se corrió. Emitió un sonido gutural al hacerlo. Sus dedos agarraron con fuerza la carne del trasero de mi madre, y permaneció dentro de ella por un momento más, hasta vaciar el contenido de sus pelotas. Luego, se retiró. Tenía la polla blanda al sacarla del culo que la había absorbido, casi como si se la hubiera chupado.

Observé su polla, su raíz rosada. Se me acercó lentamente, y mi padre se apresuró a ocupar su lugar con una expresión de lascivia y avidez en su rostro. Papá se situó tras ella, con el órgano tieso, balanceándose de un lado a otro, le puso las manos sobre el trasero y se la metió en el culo de una sola embestida, encontrando el camino ya abierto y deslizante, bien preparado por la polla de mi esposo, que acababa de sacarla. Mi madre gimoteó al sentir la verga de mi padre en sus entrañas.

—Quédate quieta —le dijo él con la voz ronca—. No hagas el menor movimiento, y deja que te dé bien por el culo, como a ti te gusta.

Mamá se volvió a mirarme de nuevo, con los ojos muy abiertos, con las manos todavía apoyadas en el tronco del árbol. Me sonrió y se puso a mover voluptuosamente el trasero, apretando la polla de papá, metida en sus entrañas.

—Le encanta —me dijo Nigel—. Le gusta la fuerza de una buena verga, y está muy bien dotada para recibirla por detrás. El agujero se le dilata en seguida. Resulta bastante agradable darle por el culo.

Me acarició mientras nos dedicábamos a observarlos, absortos en el meneo de las caderas de mi madre, en los huevos de mi padre, que chocaban contra sus nalgas de una forma rítmica y sostenida. Nigel acariciándome el trasero, metiéndome los dedos entre las nalgas. Sentí sus dedos cosquilleantes sin dejar de observar las embestidas de la verga de mi padre en el culo de mi madre.

¿Estaban relinchando los caballos? Por un momento, me pareció que los caballos relinchaban.

Más tarde, nos encontramos en el dormitorio de mi madre, sobre su cama. La oscuridad se había hecho en el exterior y los sonidos de la noche penetraban por la ventana abierta. Me arrodillé sobre la colcha, desnuda y gimiendo de placer, con el cabello suelto. Estábamos todos desnudos. Nigel se hallaba detrás de mí, con su polla medio metida en mi culo. Yo gruñía de placer, y alguien me sobó las tetas que

colgaban. Gemía y gemía. Mi madre estaba debajo de mí, entre mis piernas abiertas, con la boca apretada sobre mi coño, con los labios lamiéndome la raja para chuparme todos mis jugos, recibiendo mis estremecimientos de placer, mientras papá le metía los dedos en el coño y sostenía la polla delante de mí. Me la metí en la boca. Le chupé el glande y volví a estremecerme al sentir la nueva embestida de la verga de Nigel en mi culo. Y la lengua de mi madre en mi coño, sobre el clítoris.

—Tendremos una cacería dentro de una semana —dijo entonces mi padre—. Una zorra inteligente y una buena cabalgada entre los bosques. Le diré a Lynch que se ocupe de hacer los preparativos.

EVELYN es constante en sus atenciones. Representa el papel de la amante noble y me lee líneas tiernas a la luz del sol, en el jardín. Hay toqueteos y besos en lugares públicos. Tiene los labios sobre mi cuello. Noto las caricias de sus yemas.

Y luego están sus regalos: brazaletes, chales, cajas orientales llenas de ristras de perlas. Le encanta ocuparse de vestirme. Cada semana visitamos a su modista para mejorar mi guardarropa. Nunca hay ninguna vacilación en sus indulgencias, como tampoco la hay en su obediencia. Porque es muy obediente. Se arrodilla en cuanto se lo pido. En realidad, adora arrodillarse delante de mí. Es una obediencia muda en una habitación silenciosa. Y en el aire hay un aroma de jazmines mientras me besa las botas.

Además, están sus promesas. Recibiré más joyas. Tendré más vestidos. Iremos a pasar un par de semanas a París. ¿Me gustaría eso? ¿No quieres venirte a París conmigo? Deja que te bese, ya sabes lo mucho que me gusta besarte.

Y los besos. El cosquilleo de su lengua, los lametones. A Evelyn le gusta lamerme, me vuelve loca con su lengua, una lengua que agita como la lengua rosada de una serpiente. Una lengua ágil, que se desplaza juguetona a lo largo de la parte interior de los muslos, hasta llegar a mi pelambreira, a los labios de mi coño. Una lengua rosada metida en mi raja, agitándose dentro de mi gruta. Una lengua que mama mis pezones, me chupa el vientre, los muslos, girando hacia las nalgas, cosquilleándome en el ojete del culo, en mi sexo, en el clítoris. Oh, el golpeteo de su lengua sobre mi clítoris. La punta de la lengua agitándose ahí, o toda la lengua abierta repasándome el coño, azotándome, adelante y atrás, como un metrónomo que se mueve con regularidad. Su cosquilleo me enloquece. Qué juguetona es. Su lengua se mueve desenfadada en su locura.

Está tumbada sobre la cama, como hipnotizada por sus propias pasiones. Tiene una pierna extendida y la otra levantada, doblada por la rodilla, con el rostro sobre la almohada y la mirada distante. No hay nada en esos ojos, excepto una sensación maravillada. Juguetea con sus pezones, y las puntas de los dedos tironean de la carne. Tiene la otra mano metida entre los muslos, con los dedos entre los labios. Unos dedos húmedos, que siguen moviéndose, que brillan con la humedad. Separa los labios, permitiendo que escape de ellos un sonido. El suave gemido que parece flotar entre los labios, para ir a morir allá lejos, sobre la luz del gas. Evelyn se estremece. Su cuerpo se retuerce al tiempo que se corre, con los dedos mojados por el producto de su orgasmo. Un estremecimiento final y gira la cabeza a un lado para evitar mi mirada.

Sí, me gusta. Me gusta la languidez de esta confrontación femenina. Nos

confrontamos la una a la otra, nos tocamos. Las caricias de las yemas de los dedos en nuestros lugares más íntimos. Estas caricias relajadas. Esta suavidad. Una disfruta con la suavidad del marfil y la seda. Nos volvemos la una hacia la otra, entrelazando nuestros cuerpos.

A veces, yo la tengo encima de mí, con el coño apretándose sobre mi boca, con la enmarañada jungla de su sexo sobre mis labios. Y ella gime al tiempo que se aprieta. Baja la cabeza para mirarme, con una expresión de locura en los ojos.

Me gusta el olor que despide su coño, sus goteos, el chupeteo de sus jugos, su sabor, las lágrimas que resbalan de un sexo abierto. Su clítoris, tan tierno a veces y otras veces tan rígido y colérico. Recibo sus jugos. Mi lengua los recoge, los chupa, los absorbe. Y ella gime, sin dejar de mirar cómo le chupo la fuente de su placer.

El mozo de cuerdas de Evelyn se llama Boyle. Tiene los ojos y el cabello negros, así como el vello de los brazos y el pecho. Está de pie, desnudo, con sus atributos a plena vista, con la polla gruesa y colgante, mostrando el rojo oscuro de su glande hinchado. Y tiene unos huevos enormes, y unas nalgas y muslos musculosos. Ni un solo temblor en su cuerpo. Mantiene las manos entrelazadas, a la espalda. Evelyn ríe, disfrutando con la tortura. Me susurra algo al oído. ¿Me parece agradable? ¿Me gusta su polla? ¿Y esos huevos macizos que tiene?

Yo ignoro sus preguntas, incapaz de apartar la mirada del mozo de cuerdas, del vello negro y ensortijado, que le sube desde la raíz de la verga hasta el vientre, hasta el ombligo, ese vello que se enmaraña alrededor de sus pelotas. Y que se extiende también por debajo, formando rizos. Ahora se mueve. La polla se balancea. Aparto la mano de Evelyn de mi teta.

—Deja que te folie.

Evelyn se inclina. Se arrodilla sobre la cama para mostrar las blancas lunas de su trasero, revelando el coño y la rosa del culo. Ahora, Boyle se estremece. Se adelanta, arrastrando los pies, balanceando la polla arriba y abajo, por encima de los huevos, con la mirada fija en el trasero levantado de su señora.

Le toco. Primero con las yemas de los dedos sobre la arrugada piel del escroto. Luego la polla, recorrida por venas visibles. Noto su palpitar. La dirijo hacia la entrada. El glande se aprieta contra el coño de Evelyn. El mozo gruñe, mientras ella mueve las caderas de un lado a otro. La embiste con la verga, vuelve a gruñir y la polla penetra por completo en su coño.

Ahora es Evelyn la que gime. Los huevos se aprietan contra el trasero. Ella espera. El mozo de cuerdas emite un sonido, un débil gorgoteo, al tiempo que retira su mástil humedecido. Yo le toco esa humedad, le rodeo la polla con la mano. Los labios del coño de Evelyn se abren aún más para recibirlo de nuevo, mientras yo le sostengo los huevos, notando su peso en mi mano. Luego, la garganta de Boyle emite un gruñido furioso en el momento de correrse, y Evelyn también se corre. Los dos se

corren al mismo tiempo. El mozo bombea y embiste, mientras ella mueve y agita el culo, con el coño absorbiendo hasta la última gota de su leche.

En otra ocasión, ella vuelve a inclinarse. Le toco el ojete del culo, su entrada trasera. Se lo aceito con los dedos. Y luego me meto el falo en el coño. El falo doble. Aceito también la otra punta, y Evelyn gime cuando se la meto, abriéndole el culo. Ella se corre entre gemidos, notando el deslizamiento del cuero aceitado en sus entrañas.

—¡Oh, santo Dios! —exclama.

Me gusta. Me gusta mucho follármela así, darle estas embestidas en sus profundidades, oír los gemidos de su rendición, notar la carne de sus nalgas apretadas bajo mis manos, meterle este desgarró de placer hasta en el alma.

¿Me cansaré alguna vez? Sí, claro, con el tiempo una termina por cansarse de los momentos repetidos, de todos los rincones familiares, de los besos demasiado húmedos, de los cosquilleos demasiado insípidos. Evelyn puede llegar a ser tediosa. Se regodea en un frenesí de gimoteos. Extiende las piernas, luego las levanta y las abre. Ruega ser poseída. Me ruega que me alimente con su fuente. Y también tengo que alimentar sus labios y su lengua, sus frenesíes petulantes, su necesidad de ser tratada con dureza. Me lame las botas hasta que le saca brillo al cuero. Tengo que cerrar los muslos sobre su rostro, apretarlos mientras ella me chupa el coño, dejando fluir mis jugos.

Pero mis placeres ya no son infinitos. Ahora pienso en otros, miro a otros. A personas extrañas en el parque, cuando nos dirigimos a Oxford Street. Siento una verdadera necesidad de lo desconocido. Pienso en los amores de otros.

Margaret Hawley viene a tomar el té. Mantiene un silencio obediente, sentada en el salón de Evelyn, como si el pasado no existiera. Pero cada vez que despiertan sus recuerdos, deja oír un tintineo de la taza. Recuerda cómo se la folló el empleado de su esposo, y delante de nosotras.

—Por favor, Clarissa...

¿Por favor, qué? ¿Qué es lo que quiere ahora? Evelyn tiene ganas de reír, pero se contiene.

—¿Has estado bien últimamente?

—Sí, creo que sí.

—¿Y cómo está el señor Spencer?

La taza vuelve a tintinear.

—No quiero hablar de eso.

No, claro que no. No quiere hablar de eso. Evelyn me mira y sonrío. Llama a la

doncella. La muchacha acude como un pájaro presuroso, deslizándose a través del umbral como un faisán rollizo y joven.

—Ayuda a la señora Hawley a desnudarse.

—No quiero —se apresura a decir Margaret.

—Adelante, muchacha —dice Evelyn mirando a la criada.

Ahora, la taza de té está sobre la mesa. Margaret se incorpora para ser desnudada lentamente por la sirvienta, dejando al descubierto los muslos blancos, el abultado trasero, y el oscuro matorral por debajo de su vientre. Se cubre los pechos con las manos. Se frota una rodilla contra la otra, como la seda frotándose contra la seda.

Evelyn despide a la sirvienta, aunque a ella le gustaría quedarse para ver los ejercicios que practican estas damas, para conocer por sí misma sus secretos. La puerta se cierra y la muchacha desaparece.

—Anda, Margaret, siéntate. Siéntate y abre bien las piernas.

Un sonrojo. Un gemido suave. Pero hace lo que se le dice. Se sienta frente a nosotras, con las piernas abiertas, revelando todo el coño, sin dejar de mirarnos. Se toca el vientre con los dedos. Luego desciende y manosea su matorral, los labios de su coño. Busca entre los labios con las yemas, hasta encontrar el clítoris, y hace rodar una yema sobre el botón. Abre más las piernas. Evelyn se echa a reír. Margaret se estremece y abre mucho los ojos, sacudiéndose la mano entre las piernas, moviendo los dedos con rapidez, mientras se corre.

—No debes volver aquí. No volveremos a llamarte.

Ella solloza. Pronuncia palabras de súplica, mientras sus dedos continúan frotándose el clítoris.

¿Me tiene miedo Evelyn? A veces, me dirige una mirada de consternación cuando la masturbo meneando los dedos sobre su clítoris. Luego, se sonroja y me dice lo mucho que me ama, abriendo más las piernas.

Anhela que la posea, que ejerza mi posesión sobre ella. Retuerce el cuerpo con un gemido al tiempo que me chupa la fuente del placer, que recibe el goteo ardiente de mis jugos, que disfruta de mi sexo, de mi culo. Su lengua es como un instrumento rosado dotado de obediencia. Me lame hasta limpiarme con su lengua. Siempre dispuesta. Siempre está a mi servicio. Me atiende en el baño. No permite que las criadas lo hagan. Su rostro enrojece por el esfuerzo, mientras mama de mis pezones.

Pasamos nuestro par de semanas en París. Dos damas y sus sirvientas, transportadas en ferry hasta las orillas del Sena. Evelyn se siente muy excitada en mi presencia. Sus manos se apoderan de las mías, mientras somos conducidas a través de los bulevares. Me interroga continuamente. ¿Me parece el hotel lo bastante elegante? ¿Me gustan los vestidos que llevo? Me asegura que ordenará que nos confeccionen docenas de

ellos, aquí, en París.

Paseamos por las Tullerías. Reímos y hacemos girar las sombrillas. Y luego las neblinas de los bosques, por las mañanas. Evelyn se echa a reír al ver los rostros que aparecen ocasionalmente entre los árboles. Se siente feliz. Me coge de la mano, me mira a los ojos y me acaricia los dedos.

La segunda mañana de nuestra estancia en París, tomamos el té en mi habitación. La camarera acude para cambiar las flores. Evelyn le acaricia el rostro. La muchacha no es ninguna estúpida. Tiene los ojos negros y una boca de labios llenos, que adelanta en un mohín. Mira a Evelyn, y luego me mira a mí. Evelyn se siente verdaderamente ansiosa por complacerme. Le susurra algo a la camarera. La muchacha parece desconcertada y luego se sonroja al contacto de las manos de Evelyn, al notar sus besos y toqueteos.

Se acerca adonde yo estoy y le acaricio la hinchazón de los pechos, las puntas de las tetas, y luego el trasero, ese joven trasero, a través del algodón negro. Fija la mirada en la mía y mueve el culo contra mi mano. Luego, le toco las rodillas y subo por los muslos, hasta el bajo vientre.

Evelyn le habla a la camarera, le dice que se desnude, y un momento después han caído al suelo el vestido de algodón negro y la ropa interior de algodón blanco. Tiene las tetas pequeñas y un matorral abundante y oscuro. Por lo visto, quiere que se lo chupen. Se toca el nido y se pasa la lengua por el labio inferior. Juega con nosotras. ¿Cuál será la dama inglesa que beberá en su fuente?

Le ordeno a Evelyn que lo haga ella. La muchacha se echa a reír cuando Evelyn la empuja hacia la cama, con avidez. Levanta las rodillas, abre los muslos, y Evelyn se instala bajo ella y empieza a hacer trabajar la lengua. La muchacha emite unos suaves gritos agudos, murmurando palabras en francés, sin dejar de mirar el rostro de Evelyn. Ya ha experimentado esto antes, en otras ocasiones. Damas inglesas entregadas a un arranque de indulgencia. Les gusta la oscuridad de su matorral, el fuerte aroma de su sexo.

Ahora, la camarera se estremece y gruñe al correrse. Evelyn la deja para secarse los labios. Yo acaricio la pelambreira de la joven, le hago cosquillas en la humedad del coño abierto. Luego, dedico mi atención al agujero del culo. Ella se ríe al notar la penetración de mi dedo y abre más el culo. Primero le meto un dedo, y después dos. Me apodero de su culo, hasta que se corre de nuevo, hasta que se estremece y hace rodar los ojos en sus órbitas.

Volvemos a estar en Londres. Evelyn está tumbada conmigo en la cama.

—Querida, dime qué deseas hacer.

—¿A qué te refieres?

—Quiero dártelo todo. ¿Hay algo que deseas?

—Sí, lo hay.

—Dime qué es.

—Estoy pensando en ese hombre.

—¿En qué hombre?

—Estábamos en aquella habitación, con lord Belfield y su esposa, y los Hawley. Y había un hombre con nosotras.

—¿El conde de Greyswood?

Sí.

—Pero si nunca me lo habías mencionado.

—Quiero tenerlo.

—Entonces, lo tendrás —dice Evelyn riendo.

Y llega el momento. El conde parece aturdido. Está sentado en el salón de Evelyn, con su rostro huesudo, los ojos azules y la nariz puntiaguda. Se llama Bertie, Bertie, conde de Greyswood. Por el momento, Bertie permanece sentado, a la espera. ¿Me recuerda? No, no se acuerda de mí, de aquella mujer tumbada sobre la mesa, en la mansión de los Aldershaw. A quien está viendo ante él es a alguien muy diferente. ¿Y qué es lo que desea esta mujer de él? La pregunta bailotea en sus pálidos ojos azules, en su rostro huesudo. Me mira fijamente y yo siento un cosquilleo en mi sexo al observar su aturdimiento. Evelyn se agita en su silla, con el rostro arbolado. ¿Lo está lamentando?

—¿Será él obediente? —pregunto.

—Sí, creo que sí. ¿Lo serás, Bertie?

Él asiente con un gesto. Le tiembla la mano derecha y coloca la izquierda sobre la derecha para detener el temblor. Parece sentirse desconcertado. Los hombres son diferentes. Las mujeres aceptan estas situaciones con mucha mayor naturalidad. Se estremecen en su sumisión. Los hombres, en cambio, se sienten consumidos por sus incertidumbres.

—Levántate, Bertie. Queremos que te pongas de pie.

Se incorpora, aunque parece hacerlo de mala gana. Lleva ropas elegantes, pero su postura necesitaría mejoras. Mira a Evelyn y luego se vuelve a mirarme a mí. Mueve ligeramente los delgados labios. Mueve los pies. Arrastra un pie y luego el otro. Y espera, como un muñeco obediente y feliz.

—Sácatela, Bertie. Desabróchate y sácatela.

El anguloso rostro se sonroja. Sus dedos temblorosos se mueven sobre la bragueta, sobre los botones, casi tirando de ellos. Finalmente, se la saca. Es un colgajo rosado, con el glande medio expuesto. La verga se balancea lánguidamente.

—Ahora, adelántate.

Arrastra los pies hacia nosotras. Se pasa la lengua por los labios. La verga sigue colgando, flácida. No le tocamos. Se encuentra de pie delante de nosotras, pero no le tocamos. Le brillan los ojos. Ahora, la polla se agita, y engorda poco a poco, a

medida que se va poniendo tiesa. El prepucio se extiende sobre el abultamiento del glande.

Y yo recuerdo, recuerdo esa polla metida en mi culo, mientras estaba tumbada en la mesa, en la mansión de los Aldershaw. La polla de Bertie dándome por el culo. Pero ahora habrá algo más que eso. Ahora, el conde de Greyswood me aportará otro recuerdo. No tenemos nada más que nuestros recuerdos, y ninguna otra cosa sirve de nada. Bertie se estremece cuando su instrumento alcanza la plena erección delante de nuestras miradas.

Recuerdo a Lynch, el mozo de cuabras. La palpación de su polla. El que tengo delante no es un mozo de cuabras, sino el conde de Greyswood, con su polla extendida, con el glande de un color rosado oscuro.

Evelyn se está divirtiendo.

—Se ha puesto cachondo, ¿verdad? ¿Te has puesto cachondo, Bertie?

—Sí —contesta él ruborizándose.

—No te acuerdas de Clarissa, ¿verdad?

En su rostro aparece una mueca al mirarme.

—No, no la recuerdo.

Le ordeno que se saque los huevos.

—Rápido.

¿Qué?

—Tus huevos. Sácatelos.

Y aparecen sus huevos rosados, balanceándose en su saco colgante. El tallo de su órgano se levanta y oscila, y vuelve a levantarse.

Entonces, hago que Evelyn se la chupe. Ella abre la boca, fijándose en los ojos de Bertie al mismo tiempo que la engulle. No le gusta. Me doy cuenta de que no le gusta mucho; ella preferiría chupársela a una mujer. Pero acepta hacerlo. Evelyn le toca, sopesa los huevos, con la polla metida en la boca, llenándose con su carne tiesa. El conde gime y cierra los ojos. Un sonido sibilante escapa de sus labios. Su tallo se humedece al compás de los movimientos de la boca de Evelyn, adelante y atrás. Le aprieta los labios sobre la polla y desliza la boca sobre la polla de Bertie.

No le permitimos que se corra. Evelyn se la chupa hasta que está a punto de correrse y entonces, bruscamente, se detiene. El tallo sale de su boca, rosado y humedecido, agitándose en su malestar. Evelyn se echa a reír y se relame los labios. Bertie se estremece, fijando la mirada en su raíz goteante.

Me lo tiro sobre la alfombra, tumbado de espaldas, con el rostro vuelto hacia arriba, con la boca abierta, notando el sonido de su respiración agitada, observando sus ojos.

Me levanto el vestido y dejo al descubierto las piernas y el trasero. Me sitúo a horcajadas sobre él, montándolo, de cara a sus pies. Su polla palpita. Abro más las piernas y desciendo el trasero hacia el rostro de Bertie, el conde de Greyswood, hacia su boca, apretando el ojete del culo sobre su puntiaguda nariz, metiéndome la punta

en la raja.

De su garganta surge un sonido de satisfacción. Todos ellos se sienten satisfechos con esto. Una sólo tiene que saberlo.

—TIENES necesidad de diversión —me dijo Nigel un día—. No lo niegues, Clarissa. Uno no debería negar esa clase de cosas.

Yo me consumía con los recuerdos de Stockbridge. Ya hacía cuatro meses que estábamos casados. ¿Pensaban los sirvientes que yo era realmente su señora? Guardaba mis silencios. Silencios de los que Nigel no llegaba a darse cuenta.

Por la noche, acudimos a un palco del Coliseum para ver a un grupo de bailarines españoles. La atmósfera del gran salón vibraba con la música meridional. Nigel me indicó a una de las bailarinas y me preguntó si me parecía bonita. La joven tenía los ojos oscuros y los labios rojos.

—Sí —asentí.

La observé bailar, la forma que tenía de mover los pies, la piel blanca de sus brazos. Me pregunté qué clase de vida llevaría en España. ¿Tenía un amante? ¿Reía cuando hacía el amor? Me sentí cautivada por la fiebre del baile, de la música, por el ritmo de las palmadas.

Después de la representación, Nigel me acompañó a nuestro carruaje y una vez instalada me dijo que esperara en él.

—Regresaré en seguida —añadió.

Y volvió a entrar en el teatro. Yo me quedé esperando, dedicada a observar a la gente. Nigel reapareció al cabo de un rato. Subió al carruaje y se sentó a mi lado.

—Ya lo he arreglado —dijo.

¿Arreglado, el qué? Me mostré escéptica. No estaba segura de saber a qué se refería. Quizá no fuera nada. Empezó a llover. Oía el repiqueteo de la lluvia mientras el vehículo avanzaba por entre las calles oscuras.

Una hora más tarde, tuvimos una visitante, que se presentó ante nuestra puerta. Era la bailarina española, la joven en la que nos habíamos fijado en el escenario del Coliseum.

Me sentí sorprendida, pero no descontenta. Ahora, la joven me parecía incluso más hermosa. Seguía llevando una rosa roja en el cabello, en su cabello negro. Tenía los ojos y el cabello negros. La rosa era perfecta.

Nos dirigimos al salón. Los grandes ojos de la joven parecieron tragarse la estancia. Se fijó en la colección de jarrones orientales de Nigel, en el retrato de su padre.

—Se llama Arabela —dijo Nigel.

Admiré las botas que llevaba la mujer. Eran unas finas botas de cuero, puntiagudas, con los tacones de bronce. Recordé cómo había visto moverse sus pies sobre el escenario, y sentí un repentino deseo de verle los dedos de los pies, los rosados dedos de los pies. Deseaba chuparle los pezones, sus botones negros, porque seguramente serían negros; sostenerlos como puntos temblorosos bajo mi lengua.

¿Era ella consciente de lo que yo pensaba? Nuestras miradas se encontraron y ella sonrió.

Arabela no hablaba inglés, pero Nigel sabía unas pocas palabras de español. Reímos, intentando comprendernos. Tomamos una copa de oporto y Arabela hizo unos gestos. Usaba las manos y la boca para darnos a entender que el vino le parecía delicioso.

Qué hermosa era. Una flor meridional acababa de irrumpir en nuestra casa gris de Queensdale Road. Una muchacha con los ojos negros y una rosa en el cabello. Nigel se sentía muy satisfecho de sí mismo.

—Es bonita, ¿verdad?

—Es encantadora, Nigel.

—No es ninguna novicia, claro está. Ninguna de esas bailarinas lo es. Me atrevería a decir que ya ha conocido a muchos amantes, tanto hombres como mujeres. Por allí empiezan temprano con esas cosas, a los doce o trece años, en cuanto muestran las primeras señales de madurez. Supongo que se debe a la sangre caliente.

Me estremecí. Me sentía calentada por el vino, por la belleza de la joven, por la belleza de su nombre, por la belleza de sus ojos, de su piel blanca. Deseaba tenerla entre mis brazos. Deseaba saborear sus labios, probar el sabor de su piel meridional.

Nigel me miró y emitió una risita.

—Dice que quiere hacer el amor contigo.

Temblé al escuchar sus palabras.

—Eso no es cierto.

—Sí, lo es. Le diré que quieres besarla y luego ya verás.

Habló con Arabela en español. La joven se volvió y me sonrió. Se levantó, se acercó a donde yo estaba y me tomó de las manos, ayudándome a levantarme. Y al instante siguiente me la encontré entre mis brazos.

La besé en la boca, en sus labios rojos, en su boca roja y dulce, que ella abrió para saborear mi lengua. Luego, introdujo su propia lengua entre mis labios. Nos chupamos, y nuestras lenguas aletearon, entrelazadas. Me acarició, me tocó las tetas, recorriéndolas con las palmas de las manos.

Me entregué por completo. Sentía los fuertes latidos de mi corazón, me estremecía en la entrega. Qué agradable era. La suavidad de la joven, su aroma, la rosa que llevaba en el cabello. Deseaba tenerla desnuda. Vería su madurez, el calor de su sexo, sus estremecimientos. ¿Me comprendía ella?

Me abrió el corpiño y el vestido, dejando mis pechos al descubierto y me los sostuvo entre las manos, al tiempo que susurraba una suave palabra en español. Luego, inclinó la cabeza hacia ellos y me chupó los pezones.

Sus labios tiraban de mi carne. Su boca roja. Los labios absorbentes de su boca roja. Me sostuve los pechos contra su boca, temblando, avanzando los pezones hacia sus dientes.

Luego, ella le dijo algo a Nigel, que seguía tomando su vino y que me miró.

—Pregunta si has amado ya a otras mujeres.

La miré a los ojos, y asentí con un gesto. Ella sonrió y me mostró la lengua, una lengua húmeda y rosada, que se pasó sobre el rojo de los labios. Seguía sosteniéndome las tetas con las manos, y yo era incapaz de apartar la mirada de su boca.

Volvió a besarme los pezones. Reía, al tiempo que pasaba de un pezón al otro. Me tiró de la falda, hasta que tuve que subírmela, hasta que pudo meter la mano por debajo, entre mis muslos, buscando mi fuente, mi lugar más íntimo. Me sostuvo el sexo en la mano como si se tratara de un pequeño animal.

—*La chicha* —dijo.

Me acarició con los dedos, unos dedos que sabían muy bien lo que hacían, sin dejar de mirarme directamente a los ojos, sonriendo al verme temblar, abriendo los labios rojos mientras yo temblaba y me corría.

—Es una chica lista, ¿verdad? —dijo Nigel, complacido.

—Sí.

Arabela volvió a besarme y se apartó. Yo me senté y la observé, mientras ella empezaba a desnudarse. Sus dedos actuaron sobre los botones y las hebillas. Eran unos dedos largos, los mismos que me habían acariciado el clítoris.

Terminó de desnudarse, revelando por completo su cuerpo. La piel mostraba la suavidad del marfil, con unos pechos pequeños, en forma de pera, y unos pezones oscuros. Un matorral abundante, oscuro, el sexo protuberante. El trasero era espléndido, agresivo, y cada nalga mostraba una curvatura exquisita. Tenía las piernas de una bailarina, fuertes y musculosas, envueltas ahora en seda negra, con ligas rosas que se las sujetaban alrededor de unos muslos extraordinarios.

Posó para nosotros. Hizo una pirueta, un solo giro sobre las puntas de las botas que todavía llevaba puestas. Nigel aplaudió.

Me imaginé el sol de España. Aquella joven había surgido del sol. Sus pechos habían madurado bajo el sol de España, lo mismo que la curvatura de su trasero, el maduro abultamiento de su sexo. Qué exquisita era.

Se acercó de nuevo a mí y yo me levanté y la besé en la boca. Ella frotó mis tetas contra las suyas. Luego, tomé entre las manos aquellas pequeñas peras, con los oscuros pezones convertidos ahora en pequeños puntos endurecidos. Le sostuve una teta en cada mano, besándola en los labios. Luego, mis manos abandonaron los pechos para descender por la suave piel de su espalda, hasta la curvatura del lomo, hacia el trasero, hasta tomarle una nalga en cada mano, llenándomela. Qué firme era su carne. Qué deliciosa resultaba la sensación de aquella carne complaciente entre mis dedos.

Le chupé las tetas, sosteniéndole los pezones entre los labios, apretando la lengua sobre los puntos endurecidos.

Luego, le metí la mano entre la pelambarrera, en su nido oscuro. Emitió sonidos de placer mientras yo tanteaba el coño, la carne rolliza de su sexo, sus labios inferiores,

la dureza de su clítoris. Le froté la raja, temblando al hacerlo.

Nigel observó el efecto que todo ello causaba en mí, con expresión burlona. Permaneció allí sentado, como si estuviera contemplando un acontecimiento deportivo.

—Sólo es una bailarina, Clarissa. No vayas a perder la cabeza a estas alturas.

Pero yo ya me sentía totalmente perdida. La joven gesticulaba. Quería que me desnudara por completo, y sus dedos me ayudaron a hacerlo. No tardé en hallarme desnuda ante ella, a excepción de las botas y las medias. Arabela me besó, me obligó a sentarme y luego se arrodilló ante mí para besarme la fuente de mi placer.

—Levanta las piernas —me aconsejó Nigel—. No seas tímida, querida. Deja que la muchacha lo disfrute por completo.

Todo su rostro estaba sobre mi lugar ardiente. Le observé la boca. Estaba conquistada por los movimientos de aquella boca que sabía muy bien lo que hacía, de su rosada lengua, de los lengüetazos rítmicos de su lengua.

Nigel seguía observándonos. Se desabrochó los pantalones y liberó la verga atrapada en ellos, su mástil rígido. Empezó a menearse el hinchado tallo mientras observaba el aleteo de la lengua de Arabela.

La joven volvió la cabeza para mirarle, para fijarse en su pene. Tenía el rostro húmedo y una expresión ardiente en los ojos. Luego, me miró a mí y me hizo una seña con los labios y un dedo. Quería que se la chupara a Nigel. Se volvió de nuevo a mirarle y él sonrió.

—Sí —dijo.

Nigel se situó a mi lado, con el órgano en la mano, apretando el hinchado glante sobre mis labios. Abrí la boca y me la llené con su carne caliente, con su raíz masculina.

Le chupé la polla a Nigel mientras Arabela me chupaba el coño. Sentía la boca llena por el pene, percibiendo su fuerza palpitante. La lengua de la joven actuaba con rapidez y agilidad sobre mi raja, chupándome la dureza del clítoris, agitando las humedades. Me estremecí y lancé un gemido. Me corrí con un fuerte espasmo y mis flujos se derramaron sobre la lengua de la muchacha, que seguía chupándome toda la fuente.

Era verdaderamente voraz. Me introdujo la lengua profundamente en el coño y me mordisqueó el clítoris sin dejar de chuparme la fuente.

—Y ahora quiero follármela —dijo Nigel.

La polla abandonó la abertura de mi boca, oscilando su tallo arriba y abajo, mostrando su glante enrojecido. Le vi acariciar a la joven, que tenía la boca y la barbilla húmedas con las efusiones de mi orgasmo.

Un instante más tarde había hecho inclinar a Arabela sobre una silla, arrodillada y mostrando el trasero levantado, enseñando las redondas nalgas y la oscura raja en medio. Nigel situó la punta de la polla sobre la entrada posterior y ella emitió una especie de maullido cuando la penetró. Agitó el culo con la polla dentro, y él la

embistió con más fuerza, hasta que sus huevos se presionaron contra los labios inferiores, dilatándole todo el ojete, que ella tenía ya muy abierto para recibir su verga.

—Está muy bien hecha —comentó Nigel—. Tiene un culo delicioso.

Me acerqué a ellos. Observé la penetración y el deslizamiento de la polla dentro del culo. Acaricié las tetas colgantes de Arabela, cogiéndole los pezones entre los dedos. La joven lanzó un gemido y agitó las caderas, mientras la verga seguía bombeando en sus entrañas. Luego, le toqué el sexo. Encontré el clítoris y lo pellizqué, pasándole la mano a lo largo de la raja, sintiendo la ardiente humedad de su carne. Los huevos de Nigel chocaban contra mi mano y le sostuve las pelotas, sin dejar de frotar el coño.

Al cabo de un momento, él se retiró. Hizo que Arabela se diera media vuelta y se tumbara sobre la alfombra. Volvió a montarla, una vez más dentro de su culo. Ella mantenía las rodillas echadas hacia atrás, con las piernas apoyadas en los hombros de Nigel.

La joven murmuró algo en español y me miró, al tiempo que se pasaba la lengua por los labios. Me acerqué a ellos y me espatarré, situando el coño sobre la boca que lo esperaba.

Nigel se echó a reír.

—Ahora ya lo tienes, Clarissa. Eso está muy bien.

No dije nada y froté mi sexo sobre la boca de la bailarina española, sobre su hermoso rostro que mostraba un fuego apasionado.

En cierta ocasión, en Stockbridge, mi madre me había preguntado: «¿Eres una chica lista, Clarissa?».

QUERIDA mamá, tan madura en sus estremecimientos.

Al final de nuestro primer año de matrimonio, Nigel tuvo que volver a marcharse al extranjero. Al principio, me quedé a vivir en Stockbridge, con mis padres. Luego, acordamos que regresaría a mi casa de Londres, en compañía de mi madre. La idea consistía en que mamá se quedara conmigo hasta el regreso de Nigel.

Mamá y yo disfrutamos del tiempo que pasamos juntas en Londres. Procuramos estar siempre la una en compañía de la otra. Volvíamos a estar cerca, entrelazadas en la armonía doméstica, intimando en todas las cosas.

Mamá siempre andaba ocupada, siempre se mostraba incansable. Su vitalidad contribuyó a revivir la vieja casa Denbigh. Hizo que el servicio pasara una época frenética. La servidumbre iba de un lado a otro, para cumplir apresuradamente los encargos de mamá. ¿Gruñían por lo bajo? Claro que tenían pocas alternativas como no fuera obedecer. Una de las chicas fue despedida y después de eso todo el personal se inclinó a los pies de mamá. Supongo que rezaban para que Nigel no permaneciera demasiado tiempo en el extranjero.

Aunque mamá y yo pasábamos mucho tiempo juntas, ella nunca mencionó lo que había sucedido en Stockbridge, en el bosque, ni las diversiones a las que luego nos entregamos en la casa, los cuatro entrelazados en un montón, sobre la cama de mamá, con aquella mezcolanza de cuerpos cuyo recuerdo permanecía tan firme en mi memoria.

También guardaba el recuerdo de mamá y Nigel, tal y como los había visto con anterioridad, ella arrodillada a los pies de él, con su polla en la boca, chupándosela. A veces, cuando nos hallábamos en el salón, tomando tranquilamente el té, me quedaba mirando la boca de mamá y me la imaginaba actuando sobre la polla de mi esposo.

Pero nunca nos dijimos nada, no expresamos ninguna verdad, ni hicimos ninguna alusión. Mamá se entregó por completo a sus incansables actividades, a fastidiar a la servidumbre, a visitar a sus amigos de Londres, a ejercer su dominio maternal sobre cada momento de mi existencia cotidiana.

Entonces, un día, percibí que se había producido un cierto cambio en mi madre, una alteración de su estado de ánimo. Nos encontrábamos en un salón de té en Mayfair. Mamá había estado hablando de los principios de su vida en Stockbridge y, de repente, se mostró ingeniosa. Habló de mi matrimonio. Expresó lo extraño que le parecía el hecho de que ya no fuera una niña, sino una mujer madura, con un esposo y una casa. Me acarició una mano y luego se echó a reír y me apretó un muslo por debajo de la mesa. ¿Vio su gesto el camarero? Mamá sonrió, al tiempo que apartaba la mano.

—¿Piensas en ello, Clarissa?

—¿Que si pienso, en qué?

—Vamos, no finjas.

—Pero mamá, si no estoy fingiendo nada.

—¿Piensas en nosotros, allá, en Stockbridge? En todos nosotros juntos, tal y como estuvimos. Sí, claro que piensas en eso. No debes negarlo.

Al cabo de un rato, abandonamos el salón de té. Ya en el carruaje, mamá habló acerca de mis actitudes. Dijo que había momentos en que yo le parecía demasiado silenciosa. ¿Acaso me sentía molesta por su presencia en Londres? Expresó su esperanza de que no fuera así, y dijo que las dos deberíamos encontrar algo de diversión.

Luego, bruscamente, se puso a hablar de otras cosas, de un vestido que se había comprado, de los sirvientes, de la aparente amenaza de un tiempo horrible. Me sostuvo la mano, dándome pequeños golpecitos con los dedos en los nudillos, sin dejar de hablar. Finalmente, dijo que ya no me veía como a una niña.

—La época de la niñez ya ha pasado —afirmó.

Al llegar a la casa, bajamos del carruaje y subimos los escalones que daban al pórtico delantero. Pensé que mi madre tenía una figura elegante. Era una mujer con un busto impresionante y la cintura de una jovencita. Se sentía de muy buen humor y ya en el vestíbulo de entrada, me dijo:

—Tomaremos una copa de champaña. ¿Te gustaría eso? Creo que a mí sí me gustaría mucho.

Me acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

Tomamos champaña en el salón y algo más tarde continuamos bebiendo en el dormitorio de mamá.

—Echo de menos las comodidades de casa —comentó—, pero es maravilloso volver a estar en Londres. Y yo no te causaré ninguna molestia, ¿verdad, querida?

Se echó a reír y me besó. Yo me fundí contra ella, apretada la mejilla contra la suya. Mamá me acarició el trasero y murmuró junto a mi oreja:

—¿Quieres que nos lo pasemos bien las dos juntas? ¿Qué nos consolemos como hacen las mujeres? ¿Lo has hecho ya con otras? Me atrevería a decir que sí.

Oculté el rostro sobre su hombro, mientras ella me abrazaba.

—Sí —contesté.

—Tenemos que cerrar la puerta con llave.

Volvió a besarme, esta vez con los labios sobre mis labios. ¿Lancé un gemido al recibir su beso? Tras un momento de vacilación, su lengua se deslizó por entre mis dientes.

Luego, se apartó y me tocó los brazos, los pechos y puso las manos sobre el busto, desabrochándome los botones, dejando las tetas al descubierto. Me quitó el vestido y jugueteó con mis pezones entre sus dedos.

—Pequeña zorra. Esto es algo que te gusta tanto como a mí. Estos pezones están completamente duros. Qué hermosos son.

Me retorció los pezones entre los dedos, tironeándome de la carne, emitiendo un

suave chasquido gutural al observar cómo se agrandaban.

—Querida, estas tetas se parecen mucho a las mías. ¿Te habías dado cuenta de eso?

Yo sentía las piernas debilitadas. Luego, su boca cayó sobre mis pechos y los labios me chuparon primero un pezón y luego el otro. Me acarició las tetas con los labios y la lengua. Al cabo de un rato, levantó el rostro de mi busto.

—Primero bebamos algo más de champaña y luego nos desnudaremos por completo la una a la otra. —Se echó a reír y añadió—. Tiemblo de emoción, Clarissa. Me tienes sumida en la más completa confusión.

Bebimos lentamente el champaña, entre susurros y besos suaves, entre el roce de la seda. Sus manos no tardaron en actuar hábilmente sobre mis ropas y pronto quedé completamente desnuda, ante los ojos maternos, ante la mirada de mi madre. Me acarició los pechos, el trasero, los labios del coño, y sus dedos me produjeron cosquilleos en el clítoris.

—Qué húmeda estás. Anda, abre las piernas, cariño. Deja que te meta los dedos.

Y me los fue metiendo poco a poco, unos dedos femeninos acariciando mi carne, con mi cuerpo apretado contra el suyo. Luego, con suavidad, hizo que me tendiera sobre la cama, dejándome sobre la colcha.

Sus besos me recorrieron las tetas y el vientre. Mordisqueó los rizos de mi vello, me pasó los labios sobre el nido. Adelantó la lengua, explorando, chupándome el botón del clítoris. Oh, cuánta ignorancia tienen los hombres sobre la constitución femenina. Los labios del coño se me abrieron como los pétalos de una flor ante los besos de mi madre. Me sentía totalmente extasiada en sus brazos. Su lengua revoloteaba como un pájaro alocado sobre mi matorral y de vez en cuando me chupaba tranquilamente, absorbiendo mis jugos, haciéndome estremecer de placer.

—Me estás empapando, querida. Qué parecidas somos en la forma de emitir nuestros flujos.

Me corrí percibiendo el sonido de sus chupeteos en mi fuente. Levanté las rodillas rindiendo el sexo a su boca absorbente.

Después, ayudé a mamá a desnudarse. Éramos como dos dríadas desnudas, una mayor y más entrada en carnes que la otra. Nos besamos delante del espejo, con las tetas de mamá colgando por su peso y mis manos apretándole las dos magníficas medias lunas del trasero. Pensé que su cuerpo era digno de ser esculpido por Rodin. Me sentía tan insignificante junto a la madurez de sus formas. Le besé las tetas.

Me dijo lo hermosa que estaba con la boca abierta sobre su pezón.

—Eres como un pequeño bebé. Anda, cariño, chupa, mama todo lo que quieras. Chúpame el pezón, mordisqueálo. Mézetelo dentro de la boca. Oh, qué maravilla, la boca de mi propia hija chupándome.

—Adoro tus tetas.

—Mi querida niña...

Me deleité con el calor de su cuerpo, con sus curvas de marfil, con la carne de su

trasero bajo mis manos. Mamá se estremeció cuando mi boca húmeda descendió por la pendiente que conducía a su bajo vientre.

—Sí, cariño, sí, chúpame ahí.

Posé la boca sobre su centro y ella se abrió de piernas, sosteniéndose las tetas con las manos y adelantando la pelvis hacia mi boca. Mis labios tocaron los labios inferiores, los pétalos protuberantes y enmarañados por el vello de su sexo, unos labios llenos e invitadores, que se abrían bajo mis dedos para mostrar su rosado interior, el hinchado botón de su clítoris.

—Siento tu respiración... —gimió.

¿Y la respiración de mi padre? ¿Notaba a menudo la respiración de mi padre sobre los pliegues de su coño? Repasé sus pétalos con la lengua, arriba y abajo de cada pétalo, metiéndosela después en la raja, subiendo hacia el clítoris, que se estremeció bajo mi lengua. Mamá emitía gruñidos y gemidos de placer. Mis manos le apretaban las nalgas contra la lengua que le lamía toda la fuente, que se introducía en ella, que chupaba el botón hinchado de su clítoris.

—Oh, cariño, me voy a correr. ¡Oh, qué maravilloso es correrse así!

Mi lengua aceleró sus movimientos sobre el coño, al tiempo que uno de mis dedos le tocaba el ojete del culo, cosquilleándole en el orificio que se abría. Ella gimió y se estremeció, experimentando varios espasmos al correrse, retorciéndose de placer.

Después, permanecimos tumbadas sobre la cama, la una en brazos de la otra. Ella me acariciaba con suavidad las tetas, mientras hablábamos entre susurros. Me habló de mi padre, de la delicia que le producían sus atenciones, de sus atributos masculinos.

—Tiene una polla deliciosa, y tan fuerte. Hace que me estremezca sólo de pensarlo. ¿Te ha parecido a ti lo mismo? Sí, claro que sí. Ese glande tan hermoso que tiene. Adoro que me lo meta por cualquier parte, pero sobre todo en el culo. Cuando era una jovencita fue por ahí por donde experimenté mi primer placer. Fue tu propio abuelo quien lo hizo. Insistió en enseñarme él mismo. Y vaya si me enseñó, Dios mío. En estos días que paso en Londres, echo mucho de menos una verga lujuriosa metida en mi culo. Desde luego, no hay nada que pueda sustituir eso. ¿Y tú, querida? ¿Echas de menos a Nigel?

Sí, lo echaba de menos.

—Siempre estoy pensando en él.

Mamá se echó a reír, moviendo la mano sobre mi trasero, cosquilleándome con los dedos en el ojete del culo.

—Tal y como debe ser. Pensar en su polla metiéndose en este agujero tan estrecho. Qué apretado lo tienes, cariño. Anda, ábretelo. Así. ¿Te gusta? ¿Te gusta?

Se deleitaba, susurrándome las palabras junto a la oreja. Entonces, se apartó y al volverme para mirarla observé una expresión de recelo en su rostro.

—Vamos a tener nuestra pequeña diversión. Espérame aquí.

—Pero ¿por qué, mamá?

—Dentro de un momento te lo explicaré, cariño —dijo, tirando del cordón para llamar a una sirvienta.

Transcurrieron momentos, minutos, durante los cuales su promesa pareció quedar suspendida sobre la estancia, como un ramillete de violetas. Primero acudió una sirvienta, y el rostro de la muchacha se sonrojó al recibir las instrucciones que le dio mi madre. Esos estúpidos rostros sonrojados.

Diez minutos más tarde se oyeron unos golpes vacilantes sobre la puerta, ésta se abrió y no pude evitar un gemido al ver entrar a Munson.

Munson, el lacayo, con sus melancólicos ojos negros. Se quedó de pie en el umbral, desconcertado, manoseándose la chaqueta con sus enormes manos.

Mamá parecía sentirse regocijada. Yo me había cubierto con la sábana, pero ella insistió en que permaneciera al descubierto.

—No tienes por qué ocultar nada, cariño.

—Pero mamá, ¿es Munson!

—Sí, claro que es Munson. Yo misma lo veo.

—¿Por qué lo has hecho venir?

—Para divertirnos un rato, cariño. ¿Para qué otra cosa creías que era?

El rostro de Munson permaneció inexpresivo. Su mirada se movía desde las pesadas tetas de mi madre hasta mis piernas, que habían vuelto a quedar al descubierto. Y eran unos ojos muy observadores. Todo era inútil. Mamá estaba decidida a pasárselo bien, aunque fuera con un lacayo.

—Descúbrete, Clarissa —insistió de nuevo—. Muéstrale algo a ese pobre bruto.

Aparté la sábana, dejando al descubierto las piernas, los muslos, el vientre y finalmente las tetas. Mi cuerpo quedó a la vista, completamente desnudo. Mamá asintió con un gesto de satisfacción.

—¿Verdad que es bonita, Munson? Anda, di algo, ¿o se te ha comido la lengua el gato? Vamos, habla, estúpido.

Unos sonidos surgieron de su garganta, unas palabras inaudibles, una especie de gruñido. Sus ojos se llenaron con mi desnudez, y en ellos apareció una expresión de lujuria.

Yo hubiera querido salir volando de allí. Detestaba aquellos ojos, la excitación que había en ellos, como un cerdo.

Pero, claro, mamá no estaba dispuesta ahora a dejarlo correr. Me encontraba a su merced, siendo un objeto de sus caprichos. Tenía las mejillas encendidas y los pezones gruesos y duros como dedos gordos. Hubiera preferido chuparle aquellos pezones suyos, antes que jugar con un lacayo. Pero ¿en qué pensaba ella? Me sonrojé y me estremecí. Abrigaba mis propios temores. Pero había que obedecer a mamá, quien ordenó a Munson que se desnudara.

—Quítatelo todo, y date prisa, ¿quieres?

Los torpes dedos del hombre manosearon sus ropas, que dejó caer sobre la

alfombra, como harapos inútiles. Finalmente, quedó allí de pie, ante nosotras, como una aparición surgida de entre los bosques, completamente desnudo, con aquel pelo negro sobre el pecho, los muslos y sus partes masculinas.

Estaba bien constituido. Mi lacayo. Había mucho que admirar en él. La verga era gruesa y pesada en su balanceo, los huevos grandes y oscuros. Anhelaba agarrar aquellos huevos con las manos. Mamá adivinó mis deseos y le ordenó a Munson que se acercara a la cama. Luego, me animó a toqueteárselos.

—Tienes que sentirlos, con los dedos.

Le metí mano. Mamá le acariciaba el trasero mientras yo le manoseaba el grueso pene, los grandes huevos. Se los sopesé entre los dedos, levantándolos con las yemas.

Mamá emitió un sonido de aprobación.

—Fíjate cómo se le pone tiesa —dijo observando la erección, la hinchazón de la polla, pero mirándome a mí.

Los brillantes ojos de Munson también me miraban mientras le sostenía las pelotas. Ahora, su pene era como un garrote fuerte, enrojecido, balanceándose arriba y abajo, con el glande muy hinchado. Qué grueso era aquel instrumento. Lo rodeé con mis dedos.

—Sí —asintió mamá.

Le sostenía la raíz palpitante en la mano. A mis oídos llegaron las risitas divertidas de mi padre, sus gestos de ánimo. Pero ahora ya no me importaba eso. Qué placer poder sostener las partes hinchadas de un macho excitado.

Ahora, Munson temblaba de avidez, y un leve gruñido surgía de su garganta. La sangre parecía latirle en las venas, a juzgar por el tamaño y el calor de la polla que tenía en la mano.

—Es una polla muy bonita, ¿verdad? —me preguntó mamá, con acento burlón—. ¿Verdad que es una polla muy bonita?

—Sí.

—Tírale la capucha hacia atrás, descúbrela. Eso es, así, oh, qué encantador. Estoy pensando en tu padre. Anda, déjame que se la toque yo también.

Me apartó la mano y sus dedos se cerraron sobre la verga de Munson, tirando de ella. Se la meneó y le agarró los huevos, tirando de ellos también.

—Tiene unos huevos deliciosos, firmes y gruesos. Me gustan que sean gordos. Hay una buena promesa de vigor cuando los huevos son gordos.

Y entonces, de repente, se inclinó hacia adelante para meterse la polla entre los labios, para chuparle el glande. Yo me sentía como transfigurada, hirviendo con el recuerdo de mamá y Nigel, de ella arrodillada ante su verga, como lo estaba ahora ante la de Munson, chupándosela, llenándose la boca, lamiendo la herramienta palpitante. Ella se la chupaba con glotonería, apretujándole toda la ciruela con evidente placer.

Me gustaba observarlo. Yo tenía mi propia excitación, mis propios estremecimientos. Me levanté y los rodeé para ver los movimientos del trasero de

Munson, la profunda raja que le dividía las nalgas.

Sentía el ardor sobre mi rostro, el ardor del anhelo, de la envidia, mientras veía cómo se la chupaban, contemplando el fervor con que lo hacía mi madre. La mujer servicial, con la boca llena de carne masculina. De pronto, retiró la boca, dejando al descubierto la brillantez húmeda del tallo.

—Ahora ya lo tienes preparado. Anda, arrodíllate sobre la cama, Clarissa. Te la meterá por detrás. —Me estremecí y mamá observó mi vacilación—. Vamos, cariño, en realidad no será él quien te folie, sino tú quien se lo folie a él. No es más que un servicio que te presta, ¿no te parece? Aprovéchate de esta maravillosa polla. Mira qué fuerte la tiene.

Sabía muy bien cuál era mi conflicto interno. Como mujer, conocía el fuego que ardía en mi interior. Se colocó detrás de mí y me acarició las nalgas, los labios inferiores y el ojete del culo. Sentí el aceite. Mi entrada posterior estaba siendo lubricada por el dedo de mi madre. Percibí un sonido de aprobación cuando ella ejerció presión sobre el ojete y me abrió el orificio, penetrándome con un dedo.

—Ábrete más, cariño. Eso es, así está mejor. Abre las piernas. Una siempre quiere tener las piernas bien abiertas para recibirlos.

—Por favor, mamá...

—Paciencia, cariño.

Y a continuación aceitó también la verga del lacayo. Oí los murmullos de éste mientras ella se la meneaba, untándola de aceite, empapándosela bien.

Luego, Munson se situó detrás de mí. ¿Fueron las manos de mamá las que se posaron sobre mi trasero? ¿Sus dedos los que me separaron las nalgas? Note una embestida sobre mi rosa y la verga presionó.

—Tienes que abrirte, Clarissa.

Sí, tenía que hacerlo. Tenía que abrirme a aquella polla deslizante. Munson lanzó un juramento en el momento de metérmela en las entrañas. Mamá parecía encantada.

—Qué maravilloso es verlo. La tienes toda dentro, cariño. ¿Es más grande que la de Nigel? Sí, supongo que sí.

Experimenté una gran presión sobre el pecho y apoyé el rostro sobre la almohada. Pensé en Nigel, y en el doctor Paroli, y en mi padre, y en el coronel Dawson. Y ahora en este bajo lacayo que me estaba dando por el culo con su enorme polla. Sentí todo su calor, la presión de sus grandes huevos contra los labios inferiores.

Mamá le ordenó a Munson que se moviera, que deslizara el pene, que me la metiera bien a fondo. Arqueeé la espalda y él me sostuvo por las caderas. No podía negar el placer que estaba sintiendo. No tenía necesidad de negarlo pero, de haberlo querido, no habría podido. No soy precisamente de las que niegan esas cosas. Hay mujeres a las que les dan por el culo y, sin embargo, lo niegan, niegan el placer que experimentan, la sensación de sentirse llenas, la dilatación, la presión deslizante que las vuelve locas. No, yo no niego esa clase de placeres.

¿Se dio cuenta mi madre del estado de frenesí en que me hallaba? Volví la cabeza

para mirarla. Se sostenía las tetas con las manos, con toda la atención fija en mi lujuria, con la boca abierta y húmeda. Entonces, se metió una mano entre los muslos, se metió los dedos entre los labios del coño y empezó a frotárselos, a masturbarse.

—Qué polla tan fuerte tiene. ¿Te gusta, Clarissa?

Sí.

—Y esos maravillosos huevos, tan llenos. Tienes que apretarle bien la polla cuando se corra. Tienes que ordeñarle, sacarle toda la leche.

Ahora me sentía completamente conquistada. Me toqué el coño, los labios, el clítoris. Munson continuaba embistiéndome, y su tallo salía y entraba de mi culo, mientras yo me frotaba el coño con los dedos, corriéndome. Me corrí sobre los dedos, y contraí el culo, apretándole la polla.

Munson emitió un ronco gruñido y me entregó su espeso licor, la ardiente efusión de su semen en mi culo.

Giré la cabeza para mirar a mi madre. Tenía los dedos metidos en el coño, frotándose, corriéndose, con una expresión burlona en los ojos.

Y ahora Bertie, el conde de Greyswood, con sus delgadas manos, su palidez y esa tenue sonrisa, con sus ojos azules siempre lentos en sus movimientos.

Estamos todos juntos, Bertie, yo y dos chicas londinenses. La rubia Kate está desnuda y sentada sobre una silla, con sus grandes rizos dorados y unas tetas grandes, de enormes pezones rosados. La piel rubia de su rostro se sofoca al mirarnos. Pero ella sabía a qué venía.

Llegaron con Bertie esta misma noche, una cogida de cada brazo, y él mostrando una sonrisa ante su inteligencia. Dos jóvenes muchachas del East End: Kate y Anne.

—Permitidme presentaros a la señora Denbigh —dijo.

Las muchachas se ruborizaron. No habían esperado conocer a la señora Denbigh. La más morena es Anne. Tiene largas pestañas, el cabello largo, el cuerpo esbelto. Fija los ojos morenos sobre mí y luego se vuelve. Sus labios son rojos, y tiene el cuerpo ágil, y una pelambreira oscura. Su nido forma un triángulo exacto. Es la más contenida de las dos, menos frenética que Kate. Pero una vez que la haya excitado la haré gemir de placer.

Estoy desnuda, tumbada en el diván, cerca del escritorio de Bertie. A él siempre le gusta verme así, bajo la luz de la pantalla rosada. Desnuda y con el coño al descubierto, en una cómoda posición, con una rodilla levantada. Siento todas las miradas sobre mi cuerpo. Las dos muchachas me miran asombradas, y hay fiebre en los ojos de Kate. Muevo la rodilla. Anne vuelve a mirarme. Las dos lo hacen: Anne y Kate. Y también Bertie, que entrelaza las manos sobre su vientre y abre los labios para luego volver a cerrarlos, sin decir nada.

La casa de Bertie en Londres se halla situada en Holland Park Road, y tiene un gran jardín en la parte de atrás. Cuando hace un tiempo suave, me gusta sentarme en el jardín, sobre un banco de color blanco, envuelta por el silencio. No se oye ningún sonido, excepto el canto de los pájaros. Y dentro de la casa todavía reina un mayor silencio. Los sirvientes hablan en susurros.

La casa contiene suntuosos muebles y verdaderos tesoros artísticos. En el vestíbulo de entrada hay una estatuilla de bronce representando a Ícaro. Alfombras de Damasco, persas y de Rhodas se ven desparramadas por los lugares más insólitos de la casa. Delicadas tallas en madera de El Cairo; mosaicos y azulejos, curiosos candelabros.

Bertie en una habitación vacía, dedicado a hacer sus ejercicios matutinos. Le gusta la extravagancia. Sus trajes son elegantes, bien cortados. Su mayordomo es un estúpido simplón. Bertie tiene sus propias diversiones. Le encantan los ejercicios respiratorios, el bufido del pecho agitado. En sus ojos azules no se observa la menor

astucia mientras mueve los brazos. Le gusta quedarse de pie, desnudo, junto a la ventana, contemplando el jardín, con la luz del sol cayéndole sobre los flancos blancos. No tiene la menor preocupación por la vida cotidiana y le encanta dejarse cuidar por su ama de llaves. Él es el conde de Greyswood, el último de su línea noble, una especie de consecuencia final.

Por las noches, cena como un sultán y hace amontonar sobre la mesa bocados exóticos y exquisitos platos gastronómicos. Bebe vinos exquisitos, desde un Burdeos a un Bologna. Dice que soy la mujer más maravillosa que ha conocido jamás. Le gusta ver a una mujer envuelta en seda, en terciopelo azul. Cuando estoy en el salón, me pongo pijamas de seda azul, y zapatillas de terciopelo del mismo color.

A menudo, Bertie me lee. Sabe leer a Dante en italiano, y las palabras de los cantos parecen surgir de sus labios como la espuma. Hace girar los ojos, inclina la cabeza y yo escucho las canciones, reclinada en el diván, envuelta en mi pijama de seda y escuchando los versos.

Ahora, las muchachas se dedican a besar a Bertie, que introduce los dedos en el coño de Anne. Ella le sonrío y se estremece. Con la otra mano, Bertie acaricia las tetas de Kate, llenándose con su carne joven, rodeándole el pezón con los dedos, retorciéndoselo.

Luego, Bertie y las chicas se separan. Se tumba sobre la alfombra, de espaldas, y se echa a reír, divertido. Tiene la piel pálida y la polla rosada. Anne se acerca sobre él. Lo monta, situándose de cara a sus pies, descendiendo sobre él, que gime cuando ella se instala sobre su cara y mueve el trasero.

A él le encanta chupar, y recuerdo muy bien la sensación de su nariz metida en mi coño, de su lengua. Le gusta que me agite, que apriete las nalgas sobre su rostro, que mis jugos le goteen sobre la barbilla. Observo el endurecimiento de su polla. Qué maravilloso es sentirla dentro de una, notar la nariz y la boca del macho, sus embestidas en mis orificios, la insistencia de la nariz de Bertie, tratando de metérmela en el culo.

Ahora, la polla palpita y Anne sigue moviéndose sobre su cara, que ella observa, inclinada, por debajo de su propio trasero, con una expresión de conocimiento en los ojos. Una muchacha del East End con conocimiento en los ojos. Kate se desliza entre las piernas de Bertie para chuparle el pene, para metérselo en la boca húmeda, con las tetas colgando. Le sostiene los huevos con las manos, levantándoselos al mismo tiempo que mama de su raíz. Bertie levanta las rodillas. Kate le mete un dedo en el ojete del culo y él balancea las rodillas de un lado a otro.

Soy la señora de esta casa. Eso es lo que Bertie le ha dicho a la servidumbre, a su ama de llaves. La vieja mujer gruñe. Las sirvientas tiemblan cuando me cruzo con ellas en

los pasillos. Estas enormes habitaciones, estas columnas corintias y esas máscaras antiguas. Algunas de las habitaciones llevan años sin utilizarse. Doy instrucciones a las sirvientas. Les acaricio las mejillas al tiempo que les hablo, y las chicas se ponen a temblar y yo percibo el temblor en sus miradas.

El ama de llaves de Bertie no es más que una continua molestia para mí. Bertie necesita de sus cuidados maternos, del potingue que le prepara por las mañanas, de la agitación que produce su presencia entre la servidumbre. Las sirvientas son torpes. Ojos asustados en rostros jóvenes y pálidos. Las regaño con frecuencia y ellas se apresuran a escabullirse, entre susurros, golpeando los almohadones de las habitaciones atestadas, sacándoles el polvo acumulado.

—Nada de eso importa —dice Bertie.

Pero finalmente está de acuerdo en despedir a algunas de ellas. Las pobres se desvanecen entre susurros. Unas se van, y otras llegan, y las nuevas resultan ser tan torpes como las viejas. Esos rostros pálidos, siempre sonrojándose por nada. Tiemblan cuando yo los toco. No poseen el orgullo de mostrarse al mundo. Una de las chicas nuevas gimotea cuando la obligo a enseñar el trasero. Le hago cosquillas con una pluma, le meto la mano entre los labios del coño, y luego un dedo por el ojete del culo. ¿Cuántas veces se la han metido por ahí? ¿Lo ha hecho el lacayo alguna vez? La chica asiente con un gesto, y luego emite un gimoteo, inclinándose para mostrarme de nuevo el trasero.

Bertie se divierte, con los ojos húmedos. Toca la entrada posterior de la muchacha con la punta de un dedo. Siente curiosidad. El dedo se agita y se retira. No siente el menor interés por ese culo. Asiente con un gesto, sonrío y se retira a su habitación, arrastrando los pies.

—Qué agradable volver a verle por aquí, señorita.

Almuerzo en el Claridge. Llevo un vestido de seda azul, y un gran sombrero con plumas azules. Bertie saluda a los amigos con gestos deferentes, avanzando entre las mesas. Todas las miradas se fijan en mí. Percibo los susurros y murmullos de sus voces. Creo que se llama señora Dunlop, ¿o quizá sea Dewberry? Hay expresiones interrogativas en esas miradas. ¿Me encuentran elegante? ¿Me imaginan desnuda en compañía de Bertie? ¿Con el culo sobre su cara, agitándolo sobre su lengua?

Son las mujeres las que imaginan las cosas, ellas son las que comprenden. Agradables susurros en el atestado comedor del Claridge. A menudo cenamos aquí. En una ocasión, creí ver a Nigel. ¿O fue a uno de sus amigos al que vi? A uno de sus influyentes conocidos. Bertie se siente orgulloso de sus amigos, de todos esos saludos y sonrisas al pasar.

Almuerzos en la terraza del Parlamento, bajo la brisa. El lucimiento de los vestidos. Las curvaturas de los traseros y las pechugas de las damas. Los sombreros cubiertos de flores y plumas, y hasta de frutas tropicales. Y los ojos de todos los

presentes mirándome, con las damas jóvenes haciendo girar las sombrillas, nerviosas.

Me doy cuenta de cuáles son los compromisos; conozco bien sus secretos; observo la brillantez de los ojos, la suavidad de los labios. Me fijo, sobre todo, en los ojos de las mujeres al avanzar por entre las mesas. Esa palomita de muslos esbeltos. Seguro que le encanta que le chupen el coño, que obliga a su acompañante a chuparle el clítoris hasta fatigarlo, para luego montarla cuando ella lo pida, temblándole las rodillas, mientras ella levanta las piernas y se mete la polla en el coño húmedo y deslizante. Seguro que le coge por los huevos afanosamente y que tironea de ellos, ordeñándole, haciéndole chorrear toda la carga de semen dentro de su flor, sonrojándose con la victoria al tiempo que recibe la leche.

Oh, puede adivinarse la inteligencia que hay en sus manos. ¿Sienten envidia de mí? Bertie me da unas palmaditas en el brazo y me pregunta si soy feliz.

Evelyn viene a visitarme. Lleva un enorme sombrero rosado. Tomamos el té en el salón de música. Bertie está en el jardín, cuidado de sus rosas. Evelyn toma el té a pequeños sorbos, hace rodar los ojos y habla continuamente.

—¿Te gusta Bertie?

—Sí, creo que sí.

—No has sido muy amable conmigo. Me has ignorado en todo este tiempo.

—¿De veras?

—Sí, eso es lo que has hecho. Y no resulta agradable para mí. Pero háblame de Bertie. ¿Te parece divertido? Te echo mucho de menos. Siempre estoy pensando en ti. ¿Te parece extraño? Pues no debería parecértelo, y lo sabes muy bien. ¿Y tú? ¿No piensas en mí a veces? Dímelo, por favor, dime que a veces sí que piensas en mí. No soportaría que no lo hicieras. Simplemente, no quiero escuchar otra cosa. Por favor, Clarissa.

—Sí, pienso en ti.

—No me despedirás, no te olvidarás de mí, ¿verdad? No podría soportarlo. Resulta tan terrible estar sentada aquí, hablándote así. No me siento cómoda. Pensé que podríamos hacer algo más que permanecer sentadas tomando el té. Pensé que te alegrarías de verme. Pero no pareces alegrarte. No es agradable, Clarissa. Realmente, no es nada agradable. ¿Y qué dice Bertie de todo esto? ¿Habla alguna vez de mí? A veces, pienso que he sido traicionada. Querida, creo que me has traicionado. Sí, eso es lo que has hecho conmigo. ¿No quieres volver a hacer el amor conmigo?

—Por favor, Evelyn...

—Deja que te bese. Sabes muy bien lo mucho que me gusta besarte, aquí y aquí, en los labios. Anda, tócame Clarissa. Vuelve a tocarme, por favor.

Se estremece al tocarla, al recibir mis caricias. Le tiemblan las rodillas. Se sube la falda por encima de las rodillas, y le meto la mano entre los muslos, acercándosela al coño. No lleva bragas. Se ríe al notar mis dedos sobre su pelambreira. Le encuentro el

clítoris y se lo acaricio, le froto el pequeño botón rígido. Evelyn se estremece y se corre con un espasmo, emitiendo un sonido sibilante entre los dientes. Evelyn se halla totalmente conquistada, y entonces aparecen las lágrimas.

—Por favor, Clarissa...

Cae de rodillas ante mí y me suplica, con el rostro sobre mi regazo, levantándome la falda, metiendo la cara entre mis muslos, derramando sus lágrimas sobre ellos, acercando la boca hacia mi fuente, sacando la lengua. Empieza a chuparme y emite una especie de maullido de satisfacción.

Estas noches tan desesperadamente aburridas, con los amigos de Bertie reunidos alrededor de la mesa. Un brindis por el rey. Todas esas conversaciones sobre la inteligencia de los japoneses en su lucha contra el zar. Tomamos el vino en el salón, servido por un criado vestido con librea. ¿Cómo están las cosas en Gales? ¿Vuelven a sentirse inquietos los mineros? Un caballero de porte militar, con uniforme de verano, narra un incidente ocurrido en Peshawar. Luego se habla de criquet y de la Cámara de los Lores. Y de esposas. Y todos ellos sonrían al mirarme.

—He oído hablar tanto de ti. Bertie no hace más que hablar de ti. Se siente muy orgulloso. Es un verdadero encanto, ¿verdad? ¿No te lo parece? Todos nosotros guardamos recuerdos tan agradables de Bertie.

Seré una dama en Ascot y ofreceré una visión digna, con un sombrero muy elegante, con encajes apretados alrededor de la cintura, mostrando la plenitud de mis pechos, haciendo sonar la tela del vestido sobre la hierba pisoteada.

Y la seda. A Bertie le encanta la seda. Esta mañana le he hecho cosquillas con las enaguas de seda, y luego con las bragas, y con las medias. Y él se ha arrodillado detrás de mí, para olisquearme el culo, para meter la nariz y el rostro entre las nalgas.

Las esposas tienen las manos de color de rosa. Son las esposas de los amigos de Bertie, envueltas en sus pliegues de seda. Y ahora percibo otra voz masculina. Una voz retumbante. Se cuenta una historia de Jartoum en el salón. Risas apagadas por debajo de la enorme araña.

—Necesitan a la Corona. No hay nada mejor para manejarlos que la Corona. Terminarán por descubrirlo así y lo aceptarán, ¿verdad? Finalmente, se darán cuenta de que hay una gran diferencia entre un inglés y cualquier pordiosero con arena metida en las narices.

Los hombres hacen girar los puros entre los dedos. Bromean con Bertie. ¿Volverá a ir a Monte Cario? Bertie sonrío. Parece sentirse tan feliz aquí. Gusta a las mujeres, que le miran con los ojos hambrientos de una condesa. Estas mujeres de pechos blandos, medio descubiertos por encima de los escotes. Ojos brillantes y labios rojos. Las miradas aterciopeladas de hombros empolvados. La música en sus voces al hablar. Los dedos enjorjados. Los delicados giros de sus dedos enjorjados.

Y otros amigos. Lord y lady Belfield acuden a tomar el té. Recuerdo muy bien aquella noche, en la mansión de los Aldershaw. Ahora, en cambio, hace una tarde gris y la lluvia golpetea contra las contraventanas. Lady Belfield lleva un caro sombrero de Biondinetti. Y nada más. Está completamente desnuda e inclinada, con el rostro oculto sobre un cojín, mostrando el rollizo trasero blanco, el sexo protuberante. Tiene los labios del coño totalmente desnudos, sin pelos, como calvos. Lord Belfield ríe al explicar lo ocurrido. Según afirma, ha sido por insistencia de ella misma. A Lady Belfield le pareció que a él le gustaría eso. ¿Nos gusta a nosotros? ¿Nos gusta ver este coño sin pelos?

Se nos muestra ligeramente abierto y se pueden ver las paredes rosadas de su interior. Lord Belfield se lo acaricia con la punta de un dedo, que pasa a lo largo de la raja, abriéndosela del todo para mostrar el clítoris. Lady Belfield murmura algo y agita las caderas de un lado a otro.

Luego, lord Belfield se sitúa detrás de ella, con los pantalones bajados hasta los tobillos, colgándole los huevos y la polla. Le acaricia las nalgas y ella vuelve a murmurar algo. Le mete un dedo por el ojete del culo.

—No tiene la menor paciencia —dice él—. Siempre ha sido así. Es una mujer sin paciencia.

Y luego le acerca la polla y presiona con fuerza. Lady Belfield gime, abriéndose la rosa, y lord Belfield se la mete con un gruñido, agarrándola del culo, que aprieta contra su verga.

Bertie me sostiene la mano, mientras tomamos el té y observamos. Lord Belfield lanza un bufido cada vez que la embiste y se aprieta el culo.

Más tarde, lady Belfield me besa los zapatos. Le cuelgan las tetas como frutas pesadas, arrodillada delante de mí, observadas por Bertie y lord Belfield. Tengo las piernas y los muslos abiertos, revelando mi coño, mi sexo. Lady Belfield me besa los muslos, y desparrama sobre ellos besos húmedos, a medida que va subiendo hacia mi coño. No se escucha en la habitación ningún otro sonido que no sea el de su chupeteo.

Bertie tiene sus diversiones íntimas. Al anochecer, en el salón, se desnuda y se arrodilla sobre la alfombra, esbozando una tenue sonrisa. Gatea a cuatro patas sobre la alfombra, con la verga colgándole, balanceando los huevos. Hace rodar los ojos al tiempo que se ríe. Se me acerca de ese modo para lamerme los muslos. Me olisquea el coño y me acerca la lengua. La punta de la lengua se mete entre mis labios, y chasquea la lengua sorbiéndome los jugos. Levanto las rodillas, y me abro por completo a sus lengüetazos, al cosquilleo de su nariz, de esa nariz tan puntiaguda y viva que tiene.

—Continúa haciéndolo, Bertie.

Él vacila. Le gusta hacerme sufrir. Se relame los labios con la lengua y vuelve a

olisquear el aroma de mi coño. Luego, aproxima la nariz a la raja abierta. Me la mete dentro y la sube y la baja, deteniéndose después en el clítoris, frotádomelo con la punta de la nariz, apretándola contra mi botón. Arriba y abajo, de un lado al otro. Qué bien lo hace. Levanta la mirada para ver mi aprobación.

—Sí, así me gusta que me lo hagas, Bertie. Pero no debes permanecer al frío; no querrás resfriarte, ¿verdad, Bertie?

Vuelve a emitir una risita, murmura algo y hunde la nariz dentro de mi coño. La nariz de su señoría. Y al mismo tiempo que me mete la nariz empieza a trabajarme con la lengua, descendiéndola hacia el ojete del culo. A Bertie le encanta lamerme el culo. Agita la cabeza al tiempo que reza ante su altar, con la lengua húmeda.

—Sí, así Bertie.

Me mete la lengua dentro del ojete del culo. Oh, qué maravilloso cosquilleo enciende su chupeteo.

A veces, por las noches, me acuesto con Anne y Kate, mientras Bertie permanece dormido en la gran cama adosada de su dormitorio. El conde de Greyswood duerme, mientras que, en mi propia cama, yo permanezco desnuda con Anne y Kate, con los cuerpos entrelazados, con todo este montón de carne femenina, gozando de su suavidad, del aroma de los polvos y perfumes.

Ahora, las chicas han encontrado aquí un lugar. Comparten una pequeña habitación, cerca del invernadero. Bertie estuvo de acuerdo, como siempre. De ese modo, yo podría gozar de las chicas cada vez que quisiera.

—Desde luego —asintió a mi propuesta—. Pues no faltaría más.

Me encuentro entre los cuerpos desnudos de las chicas, que me besan, me acarician, me chupan las tetas, al mismo tiempo que ríen. Labios y dientes sobre mis pezones endurecidos. Kate es la más hambrienta.

Luego, es la propia Kate la que mete el rostro entre mis muslos, acercándose a mi fuente, levantándose las piernas. Anne se sitúa sobre mí, colocándose el coño sobre la boca, abriéndose la raja con los dedos, dejándome sus jugos sobre los labios. Nos estremecemos las tres como si fuéramos un solo ser, al tiempo que gemimos. Tres cuerpos femeninos estremeciéndose sobre mi cama. Y, mientras tanto, Bertie duerme.

LA señora Poole está celosa. El ama de llaves de Bertie no aprueba mi presencia en esta casa. Y ella es una mujer fuerte. Aprieta los dientes, adelanta la barbilla y camina por los pasillos. Yo me burlo de ella. A veces, me divierto con Bertie en lugares y momentos en los que nos descubrirá la señora Poole, y ella adelanta aún más la barbilla al vernos, al contemplar mi trasero sobre el rostro de Bertie, sus chupeteos mientras yo me restriego contra él. Y entonces veo los celos en los ojos de la señora Poole. La regaño delante de los demás sirvientes y observo con satisfacción cómo enrojecen esas mejillas ajadas. Ahora me odia, y sus labios tiemblan al girarse y darme la espalda.

Por la mañana, llamo a la señora Poole a mi habitación. Me quedo acostada y tomo el té.

—Las ventanas están sucias.

—¿Las ventanas, señora?

—¿Acaso estás sorda, Poole?

Aparece el rubor en su rostro.

—No, señora.

—Hará limpiar las ventanas esta misma mañana.

—Sí, señora.

Tiene las caderas anchas. Por un momento, pienso en la carne blanca de su trasero.

—Y ahora, llévate esta bandeja. Ya no quiero más té.

Más tarde, me quejo a Bertie acerca de la señora Poole. Al principio, él no comprende. Cree que le estoy hablando de una de las sirvientas. Luego, aparece la extrañeza en su expresión.

—¿La señora Poole?

—Sí, querido.

—Oh, ¿te refieres a la señora Poole?

—Sí, me refiero a ella. Quisiera que se marchara de esta casa. Es una verdadera molestia, y tú no querrás que yo me sienta molesta, ¿verdad, querido?

Bertie está extrañado. Se ríe por lo bajo, tocándome el trasero. Protesta, diciendo que la señora Poole ha sido su ama de llaves desde hace muchos años. Luego, termina por ceder, al tiempo que me frota el trasero con la mano. Yo recompenso a Bertie como se merece. Tengo que recompensarle. Le palpo el bulto de los pantalones, a través de la tela, y él se estremece. Le desabrocho la bragueta y él abre ojos como platos, observando lo que hacen mis dedos. Le descubro el capuchón y se la pongo bien tiesa, meneándosela. Luego, retiro la mano.

—Adelante —le digo—. ¿No quieres hacerlo tú mismo? Yo veré cómo te corres.

Bertie tiembla y se la coge con la mano, bajando la mirada hacia ella, con la boca

abierta, apretándosela. Emite un sonido y empieza a meneársela, con los dedos cerrados sobre el tallo. Luego, boquea repentinamente. Su cuerpo se pone tenso y de pronto surge el chorro de su leche, con el pene palpitando al tiempo que se corre.

Una vez que la señora Poole se ha marchado de la casa, la servidumbre tiene miedo. Y yo me siento contenta. La observo marcharse de la casa y luego pido que me sirvan una taza de té en el salón.

Me visita mi prima Gertrude. La recibo en el salón de música. Me mira con ojos inquisitivos. Qué elegante está. Ahora se ha convertido en una mujer casada y quiere saberlo todo sobre Bertie.

—Es un hombre un poco extraño, ¿verdad? He oído decir de él que es raro.

Dentro de veinte años Gertrude tendrá todo un edificio en Belgravia y dirigirá a batallones de mujeres en sus salones de recepción. Los empleados de Worth temblarán sólo de verla aparecer.

Qué orgullosa es. No me mira al hablar, sino que se dedica a observar el salón, fijándose en las chucherías de Bertie. Me echo a reír y ella gira la cabeza, extrañada, viéndome reír sin comprender.

—Querida Gertrude, háblame de tu mozo de cuadras.

—¿Mi mozo de cuadras?

—Tengo entendido que tienes un mozo de cuadras.

—Sí, desde luego.

—¿Es como Lynch?

Al oír la pregunta, se ruboriza.

—Anda, no seas tonta.

—¿Está enterado Peter de lo de Lynch?

—Desde luego que no.

—En ese caso, se lo diré. En cuanto conozca a tu marido, será lo primero que le diga.

Estamos sentadas la una junto a la otra, sobre un canapé. Le pellizco la barbilla y ella vuelve a ruborizarse ante mi audacia. Qué cómico resulta. Mi prima Gertrude totalmente perpleja y confundida. Desaparece el rubor y ocupa su lugar la palidez. Ahora tiene el rostro pálido.

—Clarissa, por favor...

—¿Estás cansada? Pareces sentirte cansada.

—Sí, supongo que lo estoy.

Se reclina sobre mi hombro y le acaricio el brazo, luego los pechos, y ella se estremece. Le toco las rodillas, le meto la mano por entre los muslos.

—Debes abrir las piernas —le digo.

Ella suspira y aparta las rodillas, dejando paso a mi mano, a mis dedos, que le acarician el sexo. Vuelve a suspirar, se estremece, gime... y se corre. Se corre sobre

mis dedos, humedeciéndolos con sus jugos.

—Por favor, Clarissa...

Más tarde, tomamos el té con Bertie, qué cuenta historias originales sobre sus viajes por Oriente. Mi prima está como hipnotizada por las narraciones de Bertie sobre los eunucos de Damasco. Yo me burlo de Gertrude.

—¿No te gustaría uno de éstos? ¿Un hombre sin huevos?

—Creo que sería horrible —dice ella ruborizándose.

—Sí, supongo que sí, pero creo que a ti te gustaría.

Bertie se ríe al observar la incomodidad de Gertrude, que tiembla cuando él vuelve a hablar de los eunucos. Entonces, le ordeno que se levante de la silla y se arrodille sobre la alfombra. Al principio, ella se niega, pero finalmente cede. Y al ceder, me mira fijamente, con el rostro ruborizado. Mientras tanto, Bertie asiente con un gesto y sonrío. Hago que Gertrude se adelante hacia nosotros, avanzando sobre las rodillas. Le toco la boca, pasando las yemas de los dedos por la curva de los labios.

Luego, Bertie se saca la polla, la corona de su raíz, su glande rosado. Gertrude se la queda mirando fijamente. Se estremece.

Mi prima está completamente vencida. Abre la boca, con los ojos brillantes, me mira y yo asiento con un gesto. Se adelanta sobre la alfombra, se desplaza sobre las rodillas para acercar la boca a la polla de Bertie y se mete el glande entre los labios, y luego el tallo, hasta engullirla toda.

Hay fiebre en su mirada. Un momento antes se comportaba de una forma tan dócil. Ahora, en cambio, hay fiebre en su mirada. Abre mucho la boca y tiene las mejillas ardientes, y lanza bufidos mientras se la chupa.

Bertie suspira y le acaricia la sien.

—Se lo he contado todo a Julia —dice Bertie, que quiere presentarme a su hermana—. Estoy seguro de que ella te gustará. Quieres conocerla, ¿verdad? Por favor, dime que sí. —Me habla de Julia con un tono de reverencia—. A veces, pienso que es una verdadera santa. —Insiste en que le acompañe a conocer a su beatífica hermana—. Oh, sí, tienes que venir conmigo. Julia quiere conocerte.

¿Me resultará tediosa?

—Eso no es necesario, ¿verdad?

Al principio, me niego, mientras mis dedos acarician la parte delantera de sus pantalones.

—Tienes que venir conmigo, Clarissa —me suplica Bertie.

—¿Tengo?

Pero finalmente me muestro de acuerdo. Haremos el viaje juntos hasta el santuario. Conoceré a Julia. Bertie se siente feliz y me besa en la mejilla, riendo mientras yo se la meneo.

—A veces, creo que pierdo la razón contigo.

Desde luego que sí. Y eso es exactamente lo que él desea: perder la razón. Cierra los ojos. La polla se le endurece por debajo de mis dedos cerrados a su alrededor. Le tiro hacia atrás el capuchón, dejo el glande al descubierto y le meneo el tallo hasta que se estremece y se corre, derramando el semen sobre mis dedos. Su licor.

Así que, ahora, Bertie y yo cruzamos Hyde Park en un carruaje abierto. Hace una tarde espléndida. Me he puesto un sombrero de color azul pálido, ribeteado con pequeñas flores amarillas. Bertie me sostiene la mano y miramos por entre los árboles a los viandantes que caminan por las aceras. Entrelazamos los dedos.

Entonces, de repente, Nigel aparece delante de nosotros, en la acera, a mi derecha. Es mi esposo. Camina en compañía de otro caballero. Tantos meses sin vernos. El carruaje sigue su camino y nos vamos acercando. Nigel levanta la mirada hacia el carruaje que se aproxima, el carruaje de Bertie, en el que yo estoy sentada, cogida de su mano, de la mano del conde de Greyswood. Y mi esposo nos mira. Me mira a mí. Nuestras miradas se encuentran y observo su rostro. El rostro vacío de Nigel. Aparece en él una expresión de toma de conciencia. Bertie me sostiene la mano y no hace ningún caso del aspecto de Nigel. ¿Le ha hecho acaso un leve gesto de saludo? Quizá lo ha hecho. Pero él lo disimula. El carruaje sigue rodando y Bertie murmura algo sobre las multitudes que pasean por el parque.

Pienso en Nigel. Una tiene que pensar, a veces. En su vida, en sus diversiones, en la casa, aquella casa que yo había cuidado. En mi habitación, en el salón, en las fotografías de mi madre y de mi padre colgadas de la pared del salón; en los recuerdos de nuestro viaje a Italia, en mi viaje en compañía de mi esposo.

¿Y Nigel? ¿En qué estará pensando Nigel? ¿Estará pensando en mí? ¿Piensa en su esposa y en el conde de Greyswood? Sí, seguro que sabe dónde estoy: en la casa de Bertie. Seguro que está enterado de las fiestas, que sabe que Bertie y yo acudimos a un palco a la ópera. Nigel conoce muy bien la temporada.

Bertie vuelve a murmurar algo. Ahora habla de coches. Dice que algún día los veremos rodar por el parque.

—Sería horrible —dice—. ¿No te parece que sería horrible?

Llegamos a la casa de Julie. Bertie es todo reverencia. Se trata de una casa grande, con enormes balcones, con la fachada cubierta de hiedra. El pórtico tiene una digna elegancia. Una puerta muy amplia se abre para permitirnos la entrada en un vestíbulo de mármol. El mayordomo levanta la mirada hacia el techo, indicándonos el camino hacia uno de los salones, decorado en blanco y azul, con elaborados cojines, reposapiés y sillones exquisitamente tapizados. Sobre las mesas hay jarrones con flores. Este mayordomo tiene un aspecto alto y cadavérico. Asiente con un gesto y se retira. Bertie se siente regocijado al observar mi incomodidad.

Entonces, aparece su hermana. Y así conozco a Julia. Tiene una piel blanca y pálida, y lleva una peineta de marfil en el moño. Es una mujer imperiosa. Le dirige una tenue sonrisa a Bertie. El perfil de su rostro es noble y la voz suena serena mientras nos sirven el té. Hablan de gentes a las que no conozco, mientras yo contemplo los aburridos paisajes de los tapices que cubren las paredes. Bertie reverencia a su hermana y está pendiente de cada una de sus palabras, mirándola con ojos de verdadera adoración.

De vez en cuando, Julia me mira. ¿Se siente extrañada? No les escucho mientras hablan. Entonces, Julia se dirige a mí:

—Parece usted gustarle mucho a Bertie.

Tiene la mirada fija en la mía. Qué dominante que es. Hay pasión en los ojos de Bertie, que no aparta la mirada de su hermana. Su actitud es de obediencia, y muestra cierto nerviosismo en las manos. Ella le trata como si fuera un muñeco. ¿Es desdén lo que hay en sus ojos? Se burla de él, que le ofrece una sonrisa aburrida mientras habla de uno de sus amigos, sin poder dejar las manos quietas.

—Oh, Bertie, no seas tonto.

—Pero si creía que me habías preguntado por él —dice Bertie ruborizándose.

—Sí, te había preguntado, pero ya me has contado más que suficiente. No debemos ser aburridos, y menos teniendo aquí a Clarissa, entre nosotros. ¿Por qué no practicamos uno de nuestros pequeños juegos?

¿He oído bien? Uno de sus pequeños juegos. Pronto salgo de dudas. A Bertie se le ordena que se desnude. Y Julia se lo ordena con una sonrisa. Bertie se levanta, temblando y sus manos manosean nerviosas los botones. Deja caer las ropas sobre la alfombra. Tiene la piel muy blanca y la verga ya está tiesa, y rosada, balanceándose arriba y abajo al moverse, con los huevos también rosados. Parece un muchacho. Julia se muestra firme en sus directrices, en la dirección de su pequeño juego. Mortifica a Bertie, que tiene que inclinarse, se vuelve y se inclina, apoyado sobre un reposapiés. Julia se vuelve a mirarme, sonriente.

—¿Te gusta verle así?

Su hermano nos muestra las nalgas blancas, con las pelotas colgándole. El balanceo de los atributos masculinos.

—Sí, así es como me gusta.

—Separa las piernas, Bertie.

Ella le acaricia suavemente, con los dedos sobre el trasero, sobre la piel pálida de las ancas. Luego, le coge por los huevos, que levanta con los dedos, tirando del saco hacia ella para soltarlo después y ver cómo se balancea. Julia sonrío mientras le manosea las pelotas.

—Querido Bertie.

Le coge el pene y empieza a meneárselo. Bertie se estremece al sentir el contacto de su mano, que ahora le hace una prolongada caricia, desde la punta hasta la raíz, pasando los dedos por encima de los huevos y recorriéndole toda la raja del culo.

A continuación, le mete el dedo por el ojete. Primero sólo es uno, pero cuando dispone de espacio suficiente le mete dos dedos. Bertie gime mientras ella le da por el culo con los dedos, deslizándolos adentro y afuera, sosteniéndole los huevos con la otra mano, tironeándole del escroto. De la garganta de Bertie surge un gemido profundo, y Julia emite una risita.

—Querido, no tienes por qué contenerte.

Y en cuanto lo dice, él se corre, lanzando el chorro desde la punta del glande hinchado, mientras Julia le aprieta los huevos, ordeñándole, sacándole hasta la última gota de semen. Luego, se vuelve a mirarme y me sonrío, con su tenue sonrisa. Y observo fiebre en sus ojos, mientras sigue tironeando de los huevos de su hermano.

Por la mañana, vuelve a llover. Hace un triste día gris. Las sábanas están húmedas. Permanezco echada en la cama, sin ganas de levantarme, con las extremidades encogidas, mientras pienso en ellos, en Bertie y en Julia, en aquel salón blanco y azul que constituye los dominios de Julia.

Más tarde, me entregan una carta. Es una nota de Nigel. Reconozco su letra. Retraso el momento de leerla. Lo recuerdo en el parque, los ojos con los que me miró en el parque. Finalmente, abro la carta. Querida Clarissa. Observo la curvatura de las letras. Te vi en Hyde Park el otro día. ¿Escribe acaso con la mano temblorosa? Me solicita una entrevista. Mi esposo. Pienso de nuevo en esos ojos, en el parque.

Llamo a la sirvienta y le pido una taza de té. Tengo que pensar. ¿Debo pensar en Nigel? Sus ojos, mientras Bertie y yo cruzamos el parque, cogidos de la mano. Pero, en realidad, sólo puedo pensar en Bertie y en Julia, en los dedos de Julia.

Ahora, la lluvia cae sobre las contraventanas. Sí, me veré con Nigel. Y en el momento en que lo pienso aparece la doncella, trayéndome el té. Le escribiré una nota. Nos encontraremos en el Savoy. Me siento contenta, y me solazo con ello. Tomo un sorbo de té y vuelvo a llamar a la sirvienta para que me prepare el baño. Una vez que se ha marchado, estudio mi rostro reflejado en el espejo. Hay sombras por debajo de mis ojos. ¿Aparecen unas arrugas en mi cuello? Al fin y al cabo, la vida sigue, ¿no? Me tiemblan las manos. Incertidumbres en medio de los estremecimientos. Una sonrisa casual al pasar ante un macizo de bonitas flores. El traqueteo constante del carruaje por la calle atestada. El sonido de los cascos del caballo sobre el empedrado. Un grito ocasional dirigido a alguien, en la calle. Y la gente que llena las aceras. Todo ese desfile de payasos. Todas esas elegantes damas haciendo girar sus sombrillas.

Ahora, vuelve a llover. Tengo que pensar en mi baño. Me quedaré tumbada en la cama, pensando solamente en el baño.

Nigel en el Savoy. Me espera sentado ante una mesa, situada en un rincón. Se oyen

voces apagadas en el salón. Observo un destello de enormes sombreros. Los camareros se deslizan por entre las mesas. Nigel sonrío y me piropea.

—Estás encantadora, Clarissa. Más encantadora que nunca.

Fija la mirada en mi cuello, y yo observo su palidez. Sí, está pálido. Una mirada fugaz hacia mis pechos. Los recuerdos de susurros en la intimidad conyugal. Supongo que, a veces, piensa en mí. Sí, seguro que sí. Y yo también pienso en él, en nuestros recuerdos italianos. En aquel interludio de Nápoles, en aquellas noches románticas en Venecia.

Pero ahora Nigel se muestra bastante inseguro de sí mismo. La incertidumbre se percibe en sus manos, en la forma que tiene de retorcerse el bigote. Qué fácil resulta comprenderle, descubrir esa expresión de anhelo en sus ojos. Gira la cabeza y aparta la mirada.

—Hay una nueva ama de llaves.

—¿Se ocupa de las cosas?

—Sí, desde luego.

—Siempre hay que decirles las cosas. No se puede confiar en ellas, lo sabes muy bien. Hay que estar encima de ellas.

—Ésta es muy eficiente.

Luego me hace preguntas sobre Bertie. ¿Se muestra amable conmigo? ¿Disfruto de la casa de Bertie? ¿Del lujo de sus propiedades?

Yo tomo el té a pequeños sorbos.

—Él me gusta.

—No debes ocultarme nada.

—Querido, no hay nada que ocultar.

—Pues yo diría que es un hombre aburrido.

¿Es Bertie aburrido? No, creo que es encantador. Y muy cariñoso. Qué dócil se muestra en sus inclinaciones. Y me muestra el trasero blanco al inclinarse, mientras yo me apodero del trasero y le doy por el culo, metiéndole el consolador de cuero hasta las entrañas.

Alguien se echa a reír en una mesa cercana. Las risas serenas de estas gentes, las mujeres en estos salones atiborrados.

La mirada de Nigel se posa de nuevo sobre mí.

—Vuelve conmigo, Clarissa. ¿No quieres volver conmigo?

—¿Volver?

Volver, volver, el eco va muriendo en mi mente.

—Sí, desde luego.

No, nada de desde luego.

—Pero si yo no quiero.

Él finge no haber oído mis palabras. Me interroga sobre el futuro. ¿Me quedaré con Bertie?

—Es posible que haya llegado el momento de ser prácticos.

—Eso es ridículo.

Parece confundido, y se retuerce las manos en su confusión. Su mirada se desliza a derecha e izquierda, antes de fijarse de nuevo en mí.

—¿Le gustas?

—Eso no importa.

—La casa está muy vacía sin ti.

—Eso tampoco importa.

—A tu padre no le gustará.

—Querido, no seas estúpido.

—No es correcto, Clarissa. Debería haber exigido tu regreso en cuanto los Hawley te trasladaron. No sé por qué no lo hice. Supongo que en aquellos momentos pensé que tú misma encontrarías el camino de regreso a casa. Sí, eso es. Pensé que tú misma decidirías regresar. Podrías haber vuelto, ¿sabes? Podrías haber regresado a mi lado, después de lo de los Hawley.

Ese horrible asunto. Nigel y sus incomprensiones de las cosas. La tristeza de sus ojos. Y yo conservo los recuerdos de Italia, las habitaciones que ocupamos en Florencia.

Me suplica que regrese a su lado y, una vez más, me niego. Su voz suena débil, y hay verdadera súplica en sus ojos. Giro la cabeza y miro hacia otro lado. Me encuentro con la mirada de una mujer, sentada en otra mesa. Observo sus brazaletes. Nigel vuelve a rogar y yo vuelvo a negarme. No, no regresaré al lado de Nigel.

Ahora, su voz tiembla.

—Tienes que hacerlo, Clarissa.

—No, no tengo que hacer nada.

BERTIE y yo llegamos a Monte Carlo en la primera semana de junio. Trajimos con nosotros una doncella, un ayuda de cámara y ocho grandes maletas. Después de bajar del tren, nos dirigimos al hotel, en la Place du Casino, montados en un carruaje abierto. Hacía un día espléndido, con un cielo azul y el aire impregnado por el aroma de las flores. Bertie se sentía feliz de estar de vuelta en Monte Carlo. Dijo que siempre se había divertido pasando las vacaciones allí, que a mí también me gustaría y que siempre volveríamos.

Había palmeras en el vestíbulo del hotel. Los mozos ya se habían ocupado de llevar el equipaje a nuestras habitaciones. Bertie era bien conocido por el personal del hotel, y parecía caerle bien a todo el mundo.

Teníamos habitaciones conectadas, con vistas a la gran plaza. En cuanto nos hubimos instalado, Bertie pidió champaña, e insistió en brindar por nuestra llegada.

—Por nuestra felicidad en Monte Carlo.

Tomamos el champaña y Bertie me besó en la mejilla. Después, pedí que me prepararan un baño. Sarah, la doncella que había traído conmigo desde Londres, se sentía llena de excitación. Bertie quiso volver a besarme, pero yo le detuve.

—Tengo que tomar mi baño.

—Está bien, entonces te besaré más tarde.

Más tarde, me senté junto a las abiertas puertas vidrieras de mi habitación y me quedé allí, contemplando la plaza. Bertie descansaba de rodillas, a mis pies, con el rostro entre mis muslos, apretando la nariz contra mi sexo, chupándome, metiéndome la lengua en el coño, mientras yo me abría de piernas a sus lengüetazos.

Entonces, Bertie se detuvo y levantó la mirada.

—¿Eres feliz conmigo?

Creía que lo era.

—Sí, supongo que lo soy.

—Quiero que seas feliz conmigo.

—En tal caso, no deberías haber dejado de hacer lo que estabas haciendo.

Volvió en seguida a chuparme. Su lengua se movió arriba y abajo de mi coño abierto, mientras yo le acariciaba la cabeza.

Por la noche, nos vestimos para la cena. Bertie sugirió que, después de cenar, visitáramos el casino. Habló de las muchas temporadas que había pasado en Monte Carlo.

—Me gusta estar aquí, disfrutar del mar, del aire, de estos encantadores y pequeños parques. Y, desde luego, pasar una noche en el casino resulta de lo más divertido. Ver a toda esa gente entregada a un frenesí de autodestrucción. Son capaces de perder verdaderas fortunas en una sola noche. Y después hacen su aparición las lágrimas y la cólera, y más lágrimas. Siempre hay lágrimas. Yo nunca juego para

ganar, claro está. Sólo juego para observar el diluvio de las lágrimas.

Y al decir esto, se echó a reír. Deambuló por la habitación, moviendo los codos y riendo.

Cenamos en un gran salón, iluminado por enormes arañas. Allí debía haber por lo menos cien personas, pero Bertie insistió en que había más.

—Procedentes de todas las capitales del mundo —aseguró—. Llegan hasta aquí desde todas partes.

Y ya podía ser así, con esos hombres dotados de feroces ojos y poblados bigotes, con sus mujeres vestidas de forma opulenta.

Bertie era bien conocido. Tuvimos que soportar un verdadero desfile de salutations antes de tener la oportunidad de degustar el vino. Pero él parecía sentirse tan feliz, parecía hallarse tan en su lugar.

Entonces apareció junto a la mesa una mujer llamada Máxime. Bertie dijo que se trataba de una vieja conocida de Biarritz.

—Oh, sí —asintió Máxime—. Desde luego que lo soy. —Y se apresuró a añadir—: Pero no creerás que soy tan vieja, ¿verdad, Bertie? —Se volvió hacia mí, sonriéndome. A continuación, habló de otras temporadas, de lo bien que se lo había pasado con Bertie en Biarritz—. Es un chico muy listo, querida. Consigue que todas las damas le adoren, ¿verdad que sí, Bertie? Yo sigo adorándote.

La cena me pareció interminable, pero por fin abandonamos el comedor y caminos hasta el casino. En el vestíbulo de entrada, un funcionario acudió a saludar a Bertie y nos indicó el camino hacia las salas privadas. Bertie encontró un puesto ante la ruleta e insistió en que yo me sentara a su lado e hiciera todo lo posible por aprender a jugar.

Pero yo no sentía el menor interés por ello. Me dediqué a observar la sala de juego, la mesa de tapete verde, los jugadores, el croupier, la bola que tintineaba y saltaba de un lado a otro sobre la ruleta. Recordé lo que había dicho Bertie. Allí se perdían y ganaban fortunas en una sola noche.

Entre los presentes, había rostros gruñones, rostros de dolor, pero no vi ninguna lágrima. Me dije a mí misma que las lágrimas debían derramarse en algún otro lugar. Finalmente, le susurré a Bertie. Ya me parecía suficiente para una noche. Él se echó a reír y se jugó todo el dinero que tenía ante él. Y volvió a reírse cuando lo perdió.

—Esta noche tendremos que dormir en el asilo —dijo.

Una mujer sentada cerca de nosotros, alta y con el cuello cubierto de joyas, se echó a reír e hizo rodar los ojos.

Bertie me acompañó desde la sala de juego a uno de los salones. Me trajo una copa de vino. Entonces, apareció un caballero, a quien me presentó como el señor Roland Crawford, un conocido de Bertie, de Londres.

—Es un buen tipo —dijo Bertie—. ¿Verdad que eres un buen tipo, Roland?

Y se echó a reír y le hizo levantar la copa y brindar por la buena suerte en las mesas.

—No debemos dejarles a estos diablos la riqueza de la corona. En modo alguno.

Bertie sugirió que Roland y su esposa almorzaran con nosotros al día siguiente. El señor Crawford aceptó. Parecía sentirse complacido.

—Creo que eso le gustará mucho a Lydia.

—¿Cómo está ella? ¿Cómo se encuentra la encantadora señora Crawford?

—Oh, bastante bien. Un poco aburrida aquí, como siempre, pero está bastante bien.

—Las damas necesitan sus diversiones, Roland. Deberías encontrar a alguien con un yate elegante y llevarla a dar una vuelta por San Remo.

—Eso es una buena idea.

Yo los ignoré. El señor Crawford me pareció tedioso. Me dediqué a observar a las mujeres que pasaban, con sus largos vestidos de seda, los hombros blancos y las refulgentes chucherías que llevaban puestas. Traté de imaginar cuáles serían sus secretos. Y me divertí mucho con ese ejercicio.

Más tarde, mientras paseábamos a solas por los jardines, Bertie me reveló que el señor Crawford le debía mucho dinero.

—Es un descuidado en cuanto se sienta ante las mesas. Tiene un gran deseo de ganar, pero yo creo que despilfarra su dinero. En cualquier caso, ya ha perdido una fortuna. No creo que le quede mucho más. Eso es lo que sucede en este lugar, ¿sabes?, que la gente se arruina. Me imagino que su esposa le odia por ello. Sí, supongo que le odia. En realidad, me imagino que a estas alturas odiará a todo el mundo en Monte Carlo.

De nuevo en nuestras habitaciones del hotel, no tardé en tener a Bertie dedicado a sus devociones preferidas. Me arrodillé sobre la cama, mientras él me lamía el culo. Como siempre, era como un gatito, olisqueando y lamiendo y presionando la nariz y la lengua sobre mi culo, acariciándome las nalgas mientras metía la cara entre la raja. Y yo le animaba a lamerme el culo. Cómo le gustaba que lo animara.

—Vamos, continúa —le dije, estremecida ante la sensación de su lengua húmeda en mi entrada posterior, de su rostro metido entre mis nalgas, de su nariz, su boca y su barbilla sobre mi culo.

Moví las caderas de un lado a otro y él gimió, sin dejar de chupar y lamerme el culo. Luego, avanzó la cabeza para chuparme la fuente.

Al día siguiente, almorzamos con el señor y la señora Crawford en el comedor del hotel. Lydia Crawford era una mujer elegante, con una piel blanca lechosa y un porte orgulloso. Era evidente que no le gustaba Bertie. En cuanto a mí, adoptó una actitud de serena condescendencia. A Bertie parecía resultarle divertida. Bromeó con ella acerca de su nueva presencia en Monte Carlo.

—El año pasado dijiste que no volverías nunca más. Vamos, Lydia, tienes que asegurarnos que no te han hipnotizado. ¿Es posible que Roland haya encontrado a un hipnotizador en Londres? Recuerdo perfectamente la promesa que hiciste.

Pero la señora Crawford mantuvo la compostura.

—Todo es por culpa de Roland. Y te puedo asegurar que nadie me ha hipnotizado.

Más tarde, caminando por la plaza, los dos hombres quedaron un poco rezagados. La señora Crawford siguió mostrándose distante. Le hice preguntas relativas a su vida en Londres, pero ella no quiso revelarme nada, excepto el aborrecimiento que sentía por los teléfonos.

—Tendrían que ser ilegales. ¿No le parece que constituyen un fastidio? No me gustan, y tampoco me gusta la gente que los utiliza. Es una intrusión brutal, ¿no le parece? Todos los charlatanes los utilizan. Es horrible.

Era más alta que yo, y caminaba con el porte de una reina. A mí me pareció bastante regia.

Más tarde, en nuestras habitaciones, Bertie me dijo que había hablado con el señor Crawford acerca de sus deudas.

—Quiere que le perdone el préstamo. El pobre diablo asegura estar en las últimas, y dice que lo único que le queda por hacer es ahorcarse.

—¿Lo ha dicho en serio?

—Bueno —contestó Bertie riendo—, lo único que sé es que no lo sé.

—¿Y qué harás con su deuda?

—Pues la verdad es que tampoco lo sé. Supongo que necesitaré pensarlo un poco. Significa una verdadera molestia para mí. Me estaba casi suplicando. ¿Te lo imaginas? Casi me estaba suplicando.

Sí, podía imaginármelo muy bien. El señor Crawford retorciéndose las manos, con una mirada de súplica en los ojos. Pero no sucedería lo mismo con la señora Crawford, seguro que no.

Aquella noche, Bertie y yo volvimos al casino y los Crawford estaban allí. La señora Crawford se hallaba sentada al lado de su esposo, ante la mesa de la ruleta. ¿Acaso esperaba traerle buena suerte con su presencia? Cuando nuestras miradas se encontraron, asintió con la cabeza, en un gesto de saludo que no acompañó siquiera con una sonrisa. Parecía muy compuesta. Llevaba unos pendientes caros y en sus mejillas mostraba un poco de colorete. Me pregunté cómo se comportarían los dos juntos. De qué forma se la follaría él. ¿Le susurraría ella en la oscuridad de su dormitorio? Pensé en la amenaza del señor Crawford de ahorcarse, pero supuse que, en caso de hacerlo, lo haría en su despacho. No era la clase de hombre capaz de ahorcarse en el dormitorio de su esposa.

Estuvimos ante las mesas durante casi dos horas y, a pesar de mi ignorancia sobre el juego, pude darme cuenta de que el señor Crawford no hacía más que perder. En su rostro fue apareciendo poco a poco una rigidez grisácea, y sus ojos parecían completamente vacíos de todo atisbo de sentimiento. Junto a él, la señora Crawford parecía cada vez más encolerizada. Si el rostro del señor Crawford tenía el color de la ceniza, el de su esposa mostraba en las mejillas el color de la cólera. Contemplaba fijamente la ruleta, sin hacer ni un solo movimiento, sin dar ninguna señal de vida,

excepto el rubor de su rostro.

Bertie se regocijaba y me susurró:

—Bueno, está recibiendo lo que se merece, ¿no crees? Supongo que volverá a pedirme un préstamo.

Más tarde, tras retirarnos a nuestras habitaciones, Bertie volvió a hablar de Roland Crawford.

—Deberíamos marcharnos de aquí. Podríamos ir a Niza, si eso te complace. No quiero que ese tipo vuelva a gimotear delante de mí.

—Podrías llegar a un acuerdo con el señor Crawford.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Un compromiso relacionado con la señora Crawford.

—¿Lydia?

—Sí, ¿por qué no?

Bertie se echó a reír.

—¿Lydia a cambio de la deuda?

—¿No te parece buena idea? Creo que a mí me gusta.

Y fue así como un mes más tarde, en Londres, Lydia Crawford llegó a la casa de Bertie para pasar en ella su temporada en la adversidad. Ella se había mostrado de acuerdo en someterse por completo a todo. Bertie, a cambio, le perdonaría el préstamo a Roland.

¿Habían acordado los Crawford ese arreglo sin ninguna dificultad? La señora Crawford llegó a la casa trayendo consigo un sólo baúl de ropas, y en seguida mostró una tendencia a no hablar ni siquiera de la existencia de su esposo.

Yo insistí en ello, claro está. El primer día que tomamos el té en el salón insistí en que me hablara del señor Crawford.

—Tiene que decírmelo todo —le pedí.

Bertie no estaba en casa. Había salido a jugar un partido de críquet, con la promesa de regresar por la noche. La señora Crawford se ruborizó.

—No sé lo que quiere usted de mí.

Parecía sentirse tan insegura.

—Lo quiero todo, Lydia.

—Nadie puede tenerlo todo.

—Debemos hacer todo lo posible para que esa afirmación sea una falsedad. ¿Odia ahora a Roland?

—Siento lástima por él.

Estaba sentada, con la espalda erecta. Realmente, era una mujer elegante, y mantenía la compostura a pesar de la incomodidad, sin ningún color en el rostro, ahora que había desaparecido el rubor inicial.

—¿Qué le ha dicho Roland?

—Que prestaría mis servicios aquí.

—¿Qué clase de servicios?

—Los que se me pidieran.

—¿Y usted ha estado de acuerdo?

—Sí —admitió volviendo a ruborizarse.

—En ese caso, lo primero que tiene que hacer es desnudarse. Creo que eso es lo primero que deseamos, ¿verdad? Así que, toda la ropa fuera.

Abrió la boca de asombro. El sonido que emitió fue suave, apenas un ligero silbido entre los labios. Luego, lentamente, se incorporó. Sus dedos temblorosos manosearon el vestido, evitando la mirada de mis ojos, con el rostro vuelto hacia otro lado. Era evidente que se necesitaba la presencia de una doncella, pero yo retrasé deliberadamente ese momento hasta que el vestido hubo caído al suelo.

—No sigas. Esperemos ahora a la sirvienta.

Llegó la muchacha. Lydia permaneció inmóvil. Le ordené a Sarah que desnudara a la señora Crawford. Lydia tembló al sentir las manos sobre su cuerpo. Se apoyó sobre el hombro de la doncella para terminar de quitarse el vestido. Después se quitó las enaguas, y la camisa que llevaba debajo. El encaje y la seda desaparecieron y Lydia quedó totalmente desnuda, ruborizada, con la piel de los pechos y del vientre de un color tan blanco como la leche. Tenía unos pechos largos, con pezones grandes que se extendían hacia adelante, señalando ligeramente hacia arriba. En la juntura de los muslos aparecía un matorral de color castaño, el mismo color del cabello que enmarcaba su cabeza.

Entonces, despedí a la sirvienta y le dije a Lydia que me complacía mucho su aspecto.

—¿Tienes hijos?

—Sí —contestó, mirándome.

—¿Cuántos?

—Dos.

—Pareces sentirte extrañada, Lydia. ¿Qué ocurre?

Ella vaciló un momento antes de contestar. Apartó nuevamente la mirada y dijo:

—Bueno, creía que sería Bertie.

—¿Y no yo? ¿Que no sería una mujer?

—No puedo evitarlo. Pensé que sería Bertie quien lo hiciera.

—¿Has conocido a otras mujeres? ¿Te ha tocado alguna vez otra mujer?

—Desde luego que no —contestó, levantando el rostro.

Qué divertida era.

—Tírate de los pezones.

—¿Qué?

—He dicho que tires de los pezones. Los coges entre los dedos y tiras de ellos.

Un gran estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Movié las manos, con lentitud. Las fue subiendo poco a poco hasta tocarse los pechos, las puntas de las tetas. Y tironeó de los pezones, extendiendo cada punta, dilatando la carne.

—¿Están duros?

—Sí.

—Vamos, acércate a mi lado, Lydia. Ponte aquí, delante de mí, de pie.

Ella avanzó hacia donde yo estaba. Las tetas le temblaron al moverse. Se me acercó hasta que las piernas casi me tocaron las rodillas.

Le acaricié el bajo vientre, y luego los pechos. Le toqué cada pezón, colocando sobre ellos la punta de un dedo y haciéndolos oscilar de un lado a otro. Le dije que se diera media vuelta.

—Tu trasero, Lydia. Ábretelo para mí.

Un sonido apagado se escapó de su garganta. Se dio media vuelta y me mostró el trasero, redondo y glorioso. Movié las manos sobre las nalgas, tirando de ellas, una a cada lado, revelándose ante mi mirada, estremeciéndose.

La toqué. Le hice cosquilleos con los dedos en el sexo y luego a lo largo del valle, hasta acariciarle la rosa cerrada.

Empezaron los temblores. Percibí los primeros sonidos de la entrega, al tiempo que mis dedos regresaban a su sexo. Luego, emitió un quejido cuando los dedos la penetraron.

—Estás mojada, Lydia. Estás bastante mojada. ¿Verdad que estás empapada?

—Sí.

Le hice darse media vuelta y levanté los dedos.

—Anda, chúpamelos, querida. Métetelos en la boca.

Observé su rostro, sus ojos cerrados, sus labios, la lengua húmeda que me chupaba los dedos, que hice girar dentro de su boca.

Después, hice que se arrodillara ante mí, con las tetas temblándole, con los ojos fijos en mis piernas, las rodillas, los muslos, el coño, que ahora había dejado al descubierto, levantándome la falda. Su mirada quedó fijada en mi sexo, y yo me abrí el coño con los dedos.

Lydia gimió. Se movió hacia adelante y hundió el rostro entre mis muslos abiertos, con la boca abierta, ávida, y su nariz se apretó contra mi carne.

Y mientras me chupaba, cerré los muslos sobre la cara de Lydia, que siguió chupándose la fuente.

Más tarde, aquella misma noche, Bertie y yo poseímos a Lydia en mi cama. Bertie le dio por el culo. Lydia me lamió el culo, y los gemidos surgían de su garganta mientras Bertie le daba por el culo una y otra vez, y me chupaba el coño. ¿Acaso pensaba ahora en Roland? Ella volvió a gemir, estrujándose las nalgas con avidez.

ME siento a merced de los caprichos y las fantasías. Camino por entre sombras profundas, a lo largo de pasillos llenos de fantasmas, sintiendo sobre mí las miradas de los espectros, que a veces me miran con una asombrada estupidez.

En ocasiones, sueño que hay un nuevo principio, pero entonces me despierto, y descubro que todo continúa igual. Los días se transforman en polvo, y cada uno de ellos se desmorona sobre sí mismo, a su propio modo.

Estoy sentada delante del espejo, con los pechos al desnudo, el vientre, los muslos. Abro los muslos y dejo al descubierto mi sexo.

Ahora, la señora Crawford desprecia a su esposo. Las lágrimas han desaparecido por completo. Ya no llora más. De ella no surge más que un gimoteo ocasional, mientras permanece arrodillada.

Me gusta ser conducida a solas en el carruaje de Bertie. El otro día, en el parque de St. James, me encontré con una mujer que pasaba en otro carruaje. Llevaba un vestido azul, como el mío. Y un sombrero de terciopelo azul, también como el mío. Nuestras miradas se encontraron, al pasar la una junto a la otra. ¿Vivirá quizá en una gran mansión? ¿Dispondrá de una habitación con vistas a un jardín? ¿Guardará acaso recuerdos de Nápoles? ¿Tendrá los muslos suaves? Sí, ¿tendrá muslos suaves?

Las piernas me están temblando...